

56

IDAD AU

CCIÓN GE



SANCHEZ

SERMONES

VARIOS



BX1756

S2

V. 15 IV

C. 1

165793

252

José Angel Benavides.



1080046333

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE
INVESTIGACIONES Y
SERVICIOS GENERALES DE

E#2-8#43



SERMONES VARIOS.

TOMO XV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMONES
VARIOS
PANEGÍRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
religioso de la Tercera Orden de Peni-
tencia de N. S. P. S. Francisco, mora-
dor en el convento de S. Antonio Abad
de Granada &c.*

TOMO XV.

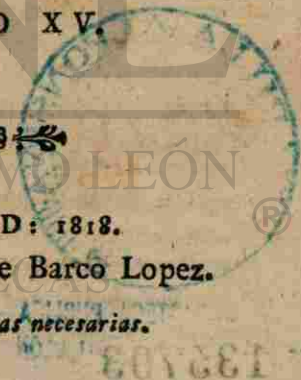


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADRID: 1818.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Por la Viuda de Barco Lopez.

Con las licencias necesarias.



BX1756

SERMONES

V. 15

VARIOS



BIBLIOTECA PÚBLICA
135793

AL ILL.^{mo} SEÑOR
D. PEDRO INOCENCIO
VEJARANO,

DEL CONSEJO DE S. M., OBISPO
DE SIGÜENZA &c.

Ofrece este pequeño don en señal
de gratitud, y desea toda salud y
felicidad para bien de la Iglesia, ho-
nor de la patria y alivio de los
pobres,

Su mas afecto y reconocido
servidor y capellan

Q. S. M. B.

*El M. Fr. Sebastian Sanchez
Sabrino.*



38111

(1)



PANEGÍRICO
DE SAN BENITO.

*In manibus abscondit lucem, & præcipit
ei ut rursus adveniat. Job. c. 36.*

SEÑORES:

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta respecto de los hombres! Á unos conduce á la soledad para hablarles al corazón y satisfacerlos lejos del tumulto y desórdenes del mundo. Á otros dexa en el siglo para que la fuerza de sus buenos exemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

11188

como el tesoro escondido en el campo, según el evangelio, y que no es fácil de hallar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla S. Mateo, que colocada sobre la montaña domina por su elevación y su evidencia sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes exemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener mas testigo de su sabiduría que Dios, que es su principio. Sin embargo, es necesario confesar que han florecido santos, á quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la santidad de edificación y de esplendor: santos, que al principio ha ocultado al mundo, y que despues los ha manifestado al público para la execucion de sus decretos eternos: santos, que mudando de lugar y de clima, no han mudado de costumbres; cuya santidad en el desierto estaba

oculta en Jesucristo, y manifiesta en el mundo por el mismo Salvador: *in manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat.*

Tal fue, señores, el gran Benito, cuya memoria celebramos. El desierto y el siglo lo poseyeron sucesivamente; y Dios, que en el primer estado lo preservó de los peligros que lo amenazaban en el mundo, lo traxo al siglo para oponerle á su ignorancia y corrupcion: dándonos á conocer por este medio que los que destina á tan sublimes ministerios deben ocultarse en el secreto de su corazón para recoger en este retiro el fondo de luz y de zelo que han de manifestar despues al mundo. Benito pues desaparece, y se manifiesta pendiente siempre de la voluntad de Dios. Ya vive entre peñascos y rocas, sepultado en una gruta, como pudiera en un sépulcro, recogido enteramente con el Señor, sin tener cuenta de sus años, de sus dias,

ni del lugar en que habita como peregrino sobre la tierra. Ya se presenta como un hombre conocido por el esplendor de sus virtudes, por la multitud y grandeza de sus milagros: como un hombre extraordinario, á quien los reyes de la tierra, los prelados, los pueblos lo escuchan y admiran al mismo tiempo como restaurador de la disciplina monástica en el occidente. Por manera que parece haberse reanimado en su espíritu las cenizas de los Paulos, Antonios é Hilariones. Insensiblemente he venido á insinuar la materia de su elógió, que para darla orden divido en dos reflexiones. En la primera vereis á Benito muerto al mundo en una estrecha union con Dios. En la segunda lo vereis conocido del mundo por las ventajas que procura á la iglesia de Dios. Pidamos las luces del Espíritu Santo &c.

In manibus abscondit lucem &c.

Como los hombres ignoran los designios de Dios, porque el Señor no admite consiliario, se oponen á veces á estos mismos designios, aun quando juzgan conformarse á ellos. Asi sucedió al padre de Benito, destinado por Dios á la soledad. Con el ánimo de procurarle una educacion análoga á la grandeza de su nacimiento y á los fines que se proponia, lo envió á Roma en su mas tierna juventud. Esta capital del mundo cristiano, que estaba ya sujeta á la ley de naciones extranjeras, habia recibido al mismo tiempo su libertinage y corrupcion. Ya no se veian en ella sino algunos restos de aquella amable y preciosa inocencia que formaba en otro tiempo su glorioso carácter. Los desórdenes mas groseros reinaban en ella impunemente: la costumbre habia hecho desapare-

cer el pudor: la sensualidad, la avaricia, la ambicion y la violencia eran las acciones favoritas de sus habitantes. Por manera, que siendo entre ellos todo lícito, como los satiriza un poeta gentil, únicamente no lo era el ser buenos; porque habiendo ya hecho alianza los delitos con las leyes, pasaba por lícito todo lo público, por detestable que fuese, como de las costumbres de Cartago se lamentaba S. Cipriano.

Benito pues ilustrado por la gracia reconoce el peligro de los malos exemplos, y no juzgándose bastante fuerte para combatir con un mundo corrompido, toma el generoso desig- nio de abandonarlo, pero sin decir nada á sus padres, parientes ni amigos, no fuese que algun mal egip- cio le impidiera ir á sacrificar su co- razon á Dios en el desierto. Consul- ta únicamente la voz de la gracia; y considerando al mundo como un vasto y peligroso mar donde se pier-

den tantas almas, dexa á Roma, y se retira al desierto de Sublac. Aqui se une inseparablemente con Dios, renunciando de los placeres y riquezas del mundo. Representaos por un mo- mento al jóven Benito en su sole- dad. El fondo de una roca, rodea- da de montañas y de precipicios, es su habitacion ordinaria. Un poco de pan, que un hombre caritativo le lle- va algunas veces, y que solo le ser- via para no desfallecer, era todo su alimento: el agua era su bebida, y las pieles de algunas bestias del cam- po le servian de vestido, á imitacion de los solitarios de Egipto: costum- bre que los de occidente habian adop- tado en su siglo. Tan duro como la roca que habitaba es su ayuno y el trato que da á su cuerpo para reducirlo á servidumbre, como otro Paulo. Por manera que su vida no solamente es una exácta privacion de placeres, sino una penitencia rigu- rosa y continua. El frio, el exce-

sivo calor, la sed y la hambre lo prueban sucesivamente; pero todo lo puede en el que lo conforta.

¡Hombres delicados y sensuales! contemplad á este jóven solitario, practicando, aunque inocente, los rigores de una dura mortificacion, y no olvidéis que si no os basta su exemplo para corregiros, bastará á lo menos para condenaros. Esta tierna víctima de penitencia era tan agradable á los ojos de Dios, que le dió claras muestras de su proteccion. La hambre en cierta ocasion lo conduxo á las puertas de la muerte. Pero la providencia de Dios, que preparó alimento para todo viviente, y que no lo rehusa, segun el salmo, á los cuervos pequeños que á su modo lo invocan, suscitó un otro Habacú que fuese á socorrer la necesidad de este nuevo Daniel. Un sacerdote que preparaba comida espléndida para un dia solemne, oye una voz del cielo que le dice, segun S. Gregorio:

tú preparas una comida deliciosa, y mi siervo padece hambre en el desierto. Al oír el sacerdote estas palabras, igualmente confuso que admirado, fue á buscar á Benito, llevándole lo que para sí mismo habia preparado, y reanimó las fuerzas de aquel cuerpo desfallecido.

¡Ah qué vergonzosa confusion la nuestra! Este sacerdote conducido por la caridad atraviesa un desierto sembrado de peñascos y precipicios, sin temer la crueldad de las bestias feroces que lo habitan; y nosotros que vemos diariamente tantos pobres, casi consumidos de miseria, nos pasamos de largo sin socorrerlos como el sacerdote y el levita del evangelio: nosotros que no necesitamos recorrer las campiñas ni los bosques para hallar infelices cargados de fierro, y metidos en calabozos; ¡rehusamos visitarlos y darles algun consuelo! Otra seria nuestra conducta si consultáramos la ley divina, que nos manda depo-

10 SERMONES VARIOS,
sitar en el seno de los pobres parte de nuestros bienes. Pero no perdais de vista que solo el misericordioso obtendrá la misericordia del Señor, según el evangelio.

En este género de vida austera, mortificada y penitente pasaba Benito gozoso sus dias, avanzando de claridad en claridad por el camino de la perfeccion. Pero Dios, que con arreglo á sus impenetrables designios queria fuese probado de todos modos, permitió que el demonio le atacase vivamente en el desierto por medio de la concupiscencia, este ángel de satanás, según la expresion de S. Pablo, que nos solicita con frecuencia, nos atrae y nos cautiva en la ley del pecado. El espíritu de impureza retrató con la mayor viveza en la imaginacion de Benito la idea de una muger hermosa que por casualidad habia visto en Roma: inflama su corazon con la llama de la impureza. En tan duro conflicto este penitente soli-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 11
tario se halló tan embarazado, que estuvo próximo á caer prisionero en poder del terrible enemigo la impureza. Una secreta revolucion se apodera de su alma: se rentibia su fervor: la soledad empieza á disgustarle, y duda si volverse al siglo. Presentad, ó mi Dios! á Benito vuestra mano caritativa, y retiradle del abismo donde va á caer. Vuestra gracia, Señor, le ha hecho vencer al mundo y sus peligros; ¿permitireis sea vencido por la memoria del siglo y sus delicias? No señores: Benito, asistido de la gracia, y animado de una santa cólera contra su propia carne, la hace sufrir la pena de su rebelion. Se arroja sobre agudas espinas, que hicieron bien presto correr en abundancia su sangre: el dolor destierra el sentimiento del placer: las heridas que voluntariamente procuró á su carne, contribuyeron á la curacion de su alma. La úlcera interior que lo devoraba salió por tantos canales, dice S. Gregorio, cuantas
Tom. XV. B

eran sus heridas ; y las espinas que pueden mirarse como castigo del pecado, fueron el preservativo.

¡Temblad y estremeceos, mortales! al ver á Benito solitario y penitente, casi vencido por el estímulo de la concupiscencia que le representaba una belleza frágil; ¡y vosotros, que ni sois solitarios ni penitentes, creéis poder conservar puros en medio de una asamblea de uno y otro sexó, donde presiden de ordinario Baco y Venus, y donde como carbones os encendeis unos á otros en el fuego de la lascivia! ¡Vosotros, repito, que sois unas cañas frágiles, os prometeis temerariamente la firmeza de una columna en los mas vivos ataques, sin nada temer, ni considerar que el que ama el peligro en él perece, segun el oráculo del Espíritu Santo! Traed á la memoria que por la hermosura de la muger han perecido muchos, segun el Eclesiástico, porque de resultas se inflama la concupiscencia como

un fuego ; ni olvideis jamas que una mirada poco recatada convirtió á David de justo en adúltero y homicida, y que una sola representacion expuso á caer en el desierto al penitente Benito.

Mas por la misericordia de Dios la virtud de este jóven solitario se perfeccionó por la tentacion, y la victoria, que por la gracia de Jesu- cristo obtuvo contra su carne rebelde, debilitó de tal suerte su concupiscencia, que no volvió á sentir en su corazon semejante violencia. Pero esto mismo le sirvió de poderoso estímulo para avanzar en el camino de la perfeccion ; y no contento con haber dexado el mundo, y estar enteramente privado de sus placeres, nada le parece haber hecho si no renuncia al mismo tiempo de sus dignidades y grandezas. Atendida la máxima comun entre las gentes, cuando el mérito viene acompañado de un alto nacimiento, opta de ordinario á los mayores y mas distinguidos empleos. Benito pues,

cuyas luces y conocimientos habian servido de admiracion á sus maestros, y que entre sus ascendientes contaba cónsules, senadores, héroes, y aun emperadores, bien podia tener las mas fundadas esperanzas de colocarse algun dia en altas dignidades. Pero él se oculta á los ojos del mundo, y renuncia de todas las esperanzas del siglo, de sus dignidades y riquezas, por lograr á Jesucristo, pobre, desconocido y humillado sobre la tierra. Encerrado pues en la caverna de Sublac, desprecia las grandezas humanas, y compara en su interior la gloria del siglo, ya á la yerba del desierto, que crece, y pronto se seca; ya á un relámpago nocturno, que apenas deslumbra los ojos cuando les dexa únicamente la noche y las tinieblas; ya al agua, que rápidamente corre y se precipita en el abismo. Benito hace mas caso del hábito humilde que lo cubre, que de la púrpura consular que tantas veces habian vestido sus

mayores. ¡Oxalá que un tal exemplo corrigiese la desmesurada ambicion de nuestro siglo! ¡Vicio universal que deshonra al cristianismo! ¡Ídolo abominable, al cual, segun Isaiás, todo se sacrifica de ordinario, el tiempo, el reposo y la conciencia!

Por otra parte, ¿qué fondo de opulencia no hubiera hallado Benito en la sucesion de sus padres? Palacios, vastos dominios, heredades inmensas, infinito oro y plata, á todo era acreedor; pero él todo lo desprecia sin reserva, pues aunque pudo considerar que Jacob al salir de Mesopotamia, sin dexar de ser justo, llevó consigo todos sus bienes; él sin embargo al dexar á Roma para siempre, se contenta con las riquezas de su inocencia y su virtud. Sin mas recurso que la Providencia, á quien enteramente se confia, pudo muy bien decir con el Príncipe de los apóstoles: yo no poseo plata ni oro; pero busco el reino de Dios y su justicia, y con solo

esto aspiro á que nada me falte, y á poseerlo todo. Persuadido finalmente á que en materia de piedad es necesario avanzar siempre, para no caer, Benito trabajaba sin cesar por santificarse. El ayuno, las vigili-
 as, la oración, la disciplina y una altísima contemplación de los inefables misterios de nuestra fe, era su ocupación en el desierto. Este hombre de Dios, dice S. Gregorio, como una tierra cultivada, de la cual se han arrancado las espinas, producía los frutos de virtud mas abundantes. Solo el Señor era testigo de tan singulares progresos. Pero como no crió la luz para que estuviese oculta baxo el celémín, según la expresión del evangelio, sino para que iluminase á todos los de su casa la Iglesia, dispuso con su adorable providencia que los rayos de este hermoso astro de santidad iluminasen todo el desierto. Por este medio la fama de la virtud de Benito, oculta en la soledad por tanto tiempo, se

difundió, á pesar suyo; su luz se manifestó á los ojos de los hombres, y vino en breve á servir de ilustrarlos y conducirlos: *et precipit ei, ut rursus adveniat*: segunda reflexión de este elogio, que paso á demostraros.

II. Por un efecto de la bondad y misericordia de Dios se han manifestado á veces al mundo los que para obrar con mas seguridad su salvación se habian retirado á la soledad á buscar con el socorro de la gracia la perfección evangélica. Uno de estos singulares héroes, destinados por el Señor á ministerios esenciales y gloriosos á su religion, fue Benito, á quien envió al mundo para reparar las ruinas del estado religioso, para contribuir á los progresos de la virtud, y para establecer las leyes de la disciplina monástica. Considerémosle pues como patriarca, como apóstol y como legislador, tres eminentes calidades que forman su carácter.

El órden religioso no florecía ya

con el fervor que en su principio en el oriente. El instituto de S. Benito estaba casi abolido. El gusto del retiro, del silencio, de la oracion y del trabajo decaia diariamente en los monasterios. Habian faltado en la mayor parte los zeladores de la antigua disciplina. Los solitarios, abandonando su vocacion, solian frecuentar el siglo. Este comercio les era fatal, pues al volver á la soledad llevaban consigo el espíritu del mundo. De resultas algunos cayeron en el error, y no pocos en la relaxacion. ¡Exemplo terrible, pero instructivo! porque un religioso disgustado de su retiro es un hombre casi perdido, y expuesto á las mayores caidas. Entre tanto que la Iglesia lloraba estos desórdenes, Dios que se dignó consolarla, elige á San Benito para que reparase sus quiebras, estableciendo en el occidente lo que en el oriente habia perdido por la caida y tibieza de sus solitarios.

Los religiosos del monasterio de

Vicovarre lo eligen por superior. La humildad de Benito se resiste, pero al fin cede á sus deseos; y apenas colocado á su cabeza procura restablecer la disciplina abandonada. Habla como padre con suavidad y fortaleza; mas los religiosos en lugar de ceder á sus vivas amonestaciones, corresponden con murmuraciones sediciosas, y no contentos, forman el mortal designio de envenenarlo. Preparado el vaso con la ponzoña se lo ofrecen; pero Dios, protector de su vida, lo salva por un milagro. Benito hace sobre el vaso la señal de la cruz, y al punto se hace pedazos, y el veneno solo sirve de manifestar la malignidad de aquellos monges parricidas. Hermanos míos, les dixo entonces, segun S. Gregorio, ¿qué motivo os he dado para que asi me trateis? ¿No os dixe desde luego que mis costumbres no convenian con las vuestras? Y sacudiendo el polvo de sus pies en testimonio contra ellos, dexó

al instante el monasterio, y se volvió á su amada soledad.

Mas apenas llegó á ella cuando mudó de semblante. Una innumerable multitud rodeaba su caverna, diciéndole como los israelitas al Macabéo: tú serás nuestro gefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes. Bien presto creció tanto el número de discípulos, que la soledad de Sublac vió con admiracion fundados doce monasterios á solicitud de este ilustre patriarca. Bien presto los senadores y los patricios romanos, como otros tantos Abrahães, conduxeron sus hijos á esta montaña para consagrarlos á Dios. ¡Qué agradable espectáculo ver venir á los Mauros y Plácidos á ser discípulos de Benito! Figuraos á este patriarca, á quien Dios habia dado excelentes dones, nutriendo la piedad de estos jóvenes con su exemplo é instrucciones, acostubrándolos al yugo del Señor, y haciéndoles considerar la gran felicidad que es llevar de buena voluntad

este yugo de la religion baxo la obediencia y sumision á sus prelados. ¡Qué gozo el de Benito al ver que sus discípulos manifestaban una vida angélica en un cuerpo mortal! ¡Qué alegría al ver retratada sobre aquella montaña la imágen del paraíso por la paz inalterable que entre ellos reynaba! ¡Qué frecuencia de oracion, qué rigor de ayunos, qué rendida obediencia, qué silencio; qué amables, qué deliciosos, ó mi Dios, eran estos tabernáculos del Señor de las virtudes! Hasta los montes se alegran, segun la expresion del salmo, al verse convertidos en casa de Dios y puerta del cielo.

Pero la malignidad de un sacerdote turbó las delicias de esta montaña. Instigado del demonio se propuso denigrar la fama y reputacion de Benito y de su órden. Nada omitió para realizar su mal propósito, hasta poner asechanza á su preciosa vida. Benito pudo muy bien deshacerse de su ad-

versario dando cuenta al magistrado; pero dexando á Dios la causa, tomó el partido de abandonar á Sublac, y retirarse al monte Casino. A poco tiempo tuvo la noticia que este infeliz sacerdote habia perecido baxo las ruinas de un edificio: lo llora tiernamente, como David á su rebelde hijo Absalon, y castiga la alegría que manifestó en la ocasion uno de sus discípulos; doble exemplo de severidad y de dulzura, con que manifestó á sus hijos, que si habia sido moderado en sufrir la persecucion, era firme en vengar la caridad violada. Establecido pues en el monte Casino, edificó bien presto un monasterio. ¡Qué solicitud la de este nuevo Esdras por reparar la casa del Señor! Desde aquí destinó á muchos de sus discípulos á extender su órden por toda Europa. El cielo bendixo su designio. La Francia, la España, el Piamonte, la Sicilia y varias otras comarcas recibieron con placer á sus discípulos, y con admira-

ble rapidéz se vieron establecidos muchos monasterios. El monte Casino, donde en varios bosques permanecia el culto del dios Apolo, á la venida de Benito quedó bien presto convertido en paraíso del Señor. Benito, devorado del zelo de la casa de Dios, derribó el templo erigido á la falsa deidad, destruyó la estatua, derribó el altar, y consiguió que en este monte, asilo hasta allí de la idolatría, solo fuese adorado en lo sucesivo el Dios verdadero, viniendo á ser montaña del Señor, montaña santa.

Pero la reputacion de santidad de este nuevo apóstol se extendió en breve maravillosamente. Los moradores de la ciudad y de la campiña admirados de sus sucesos evangélicos se presentaron á Benito á recibir las palabras de vida y de verdad que salian con frecuencia de sus labios. Los pecadores al oirlo sienten en su corazon las impresiones inefables de la gracia. Unos dexan la espada para to-

mar el hábito monástico ; otros sin dexar las armas toman el silicio para servir á un mismo tiempo á Dios y al príncipe. Pero lo que daba mas crédito á su apostolado era el don de milagros y de profecía que el Señor le habia comunicado. Los fieles que tenian la dicha de oirlo y hablar con él , deferian con facilidad á sus amonestaciones , acordándose de sus prodigios ; y este nuevo taumaturgo preparaba el suceso como apóstol. Los fieles sabian que oyendo á Benito , escuchaban al que , como otro legislador de los judíos , habia sacado de las entrañas de la piedra una fuente pura y abundante ; al que habia hecho sobrenadar al fierro , á exemplo de Eliseo ; al que como S. Pablo , habia quitado á la muerte su triste presa. Sabian que este mismo era el que á imitacion de Jesucristo , y por la virtud de este divino Salvador habia hecho marchar sobre las aguas á uno de sus discípulos , para omitir por

ahora muchos otros milagros de este nuevo taumaturgo. Paso en silencio su espíritu de profecía. Don singular, que Dios habia comunicado á su siervo para que instruyese á los mortales en las sendas de la salud.

La fama de su santidad y de sus prodigios atraia á todo el mundo al monte Casino á oír y consultar á este hombre apostólico ; y aqui fue donde Benito acabó de componer su regla, este compendio universal de la disciplina religiosa , que contiene los tesoros de la sabiduria y de la ciencia monástica. Regla que parece dictada por el Espíritu de Dios : regla que S. Bernardo llama produccion mas divina que humana , y que muchos concilios la han aprobado por sus decretos : regla adoptada por muchos órdenes religiosos , y que ha hecho inmensos progresos en el orbe cristiano. En ella trazó Benito á sus discípulos las sendas saludables que debian seguir ; y uniendo á la autoridad de

legislador la ternura de padre, les ordenó la pobreza, el ayuno, el trabajo, la obediencia, la humildad, el oficio divino, la oracion y otras muchas santas prácticas, partes esenciales del estado perfecto.

¿Qué no podría yo decir aqui de los abundantes frutos que los profesores de tan santa regla han procurado á la Iglesia y al estado! Si quisiera recorrer sus anales hallaria entre los hijos de Benito papas, emperadores, reyes, reynas, cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, doctores de la Iglesia, escritores sábios, ministros de estado y un gran número de santos, muchos de los cuales testificaron la divinidad de Jesucristo con su sangre. Pero dexo á los lectores de su vida la noble curiosidad de tan agradables noticias. Lo que aun hoy percibimos nos trae á la memoria lo que seria en lo antiguo la orden de S. Benito. En efecto vemos con alegría á sus discípulos seguir constantemente las sen-

das de su padre, edificando á la Iglesia por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentarémolos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus exemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfeccion; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al próximo, en el perdon al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandoneis vuestra patria, vuestros parientes y amigos. Una tal separacion no está en el orden de vuestras obligaciones esenciales; pero el evangelio os manda expresamente evitar las compañías de los mundanos, que han per-

vertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; pero debo intimaros de parte de Dios que no violeis la ley del ayuno, y que tengais presente que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre para no caer en la tentacion. En fin, no olvidéis que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se arrebata. Es necesario pues la oracion, la mortificacion de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

~~~~~

SERMON  
DE SANTA ANA.

*Dominus... humiliat, et subleuat.* Reg. 1.  
cap. 2. 7.

El Señor humilla y ensalza.

SEÑORES:

Asi se explica en su cántico de accion de gracias la madre de Samuel, este famoso profeta del pueblo de Israel. Dios que la habia probado por medio de una larga esterilidad, se dignó al fin consolarla por una fecundidad gloriosa. Sumisa siempre al Señor, le presentó sus vo-



vertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; pero debo intimaros de parte de Dios que no violeis la ley del ayuno, y que tengais presente que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre para no caer en la tentacion. En fin, no olvidéis que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se arrebata. Es necesario pues la oracion, la mortificacion de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

~~~~~

SERMON
DE SANTA ANA.

Dominus... humiliat, et subleuat. Reg. 1.
cap. 2. 7.

El Señor humilla y ensalza.

SEÑORES:

Asi se explica en su cántico de accion de gracias la madre de Samuel, este famoso profeta del pueblo de Israel. Dios que la habia probado por medio de una larga esterilidad, se dignó al fin consolarla por una fecundidad gloriosa. Sumisa siempre al Señor, le presentó sus vo-

tos y oraciones en medio de su humillacion, sin quejarse jamas de su divina Providencia. Asi logró ser oida, y que el gozo sucediese á sus humillaciones; es decir, que al oprobrio de su esterilidad se substituyera un precioso fruto de fecundidad, que vino á ser la gloria y las delicias de su madre: *Dominus humiliat, et subleuat.*

¿ Con cuánta mas razon me será lícito poner estas palabras en los labios de la ilustre heroína que hoy celebra la Iglesia? ¿ Quién mas humillada, y quién mas ensalzada que santa Ana entre las matronas de Israel? La corona de sus padres trasladada á las sienes del extrangero Herodes, y el oprobrio de su esterilidad, ¿ qué humillacion, qué abatimiento! La predilección que Dios hizo de ella para madre de la Madre misma del Omnipotente, y la divina alianza que por este medio contraxo con el Verbo encarnado,

¿ qué rasgos de excelencia y de gloria! Insensiblemente he descubierto la materia de este elógio, que para mas claridad divido en dos reflexiones. En la primera os mostraré que el mérito de santa Ana consistió en su sumision á los designios de Dios: y en la segunda os haré ver que su gloriosa exáltacion dimanó de haber cooperado á las altísimas miras de la misericordia del Señor: dos verdades dignas de esta cátedra, de mi sublime heroína y de vuestra atencion. Pidámos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. AVE MARÍA.

Dominus... humiliat &c.

¡ Hombres afligidos! ¡ miserables hijos de Adán pecador! En vano buscáis verdadero consuelo entre los di-

ferentes objetos que os rodean. La religion únicamente, dice un sabio, es capaz de consolar á un cristiano en medio de sus desgracias. ¡Mortales débiles, infatuados con lo terreno! vosotros esperais que las criaturas calmen vuestros infortunios, satisfagan vuestros deseos, y reparen vuestras quiebras. Mas por vuestra confesion misma solo experimentais de ordinario consoladores importunos, amigos inútiles y testigos indolentes de vuestras penas y humillaciones. Pero vos, ¡religion santa! nos enseñais á conocer en los sucesos adversos la mano de un Dios que nos prueba ó castiga con misericordia: adorad, os ruego, sus impenetrables designios. ¿Ignorais por ventura que sabe sacar gloria del seno mismo de la ignominia y del oprobrio? ¿No condujo al antiguo y easto Josef de entre los horrores de su prision á la mayor grandeza de Egipto, elevándolo como á padre del rey? ¡Ah!

la mano misericordiosa que probó al justo Job, á Mardoqueo y á Tobias con tanto rigor, en todo tiempo ha afligido á las mas grandes almas hasta el fondo de su corazon. Pero si recorremos los fastos de la Iglesia, hallaremos que en recompensa de su sumision las ha colmado el Señor de los mayores consuelos.

Hé aqui la conducta observada por Dios con respecto á santa Ana. Caída del trono en la obscuridad, de la opulencia al seno de la miseria, oprimida de la ignominia con que su nacion miraba la esterilidad, ¡qué poderosos motivos de humillacion! Un corazon sensible, conducido por ideas mundanas, hubiera podido lamentarse, diciendo: ¿son estas, Señor, las promesas magníficas, hechas por los profetas á mis padres? ¿Qué se ha hecho del trono de David, cuya sangre cuela por mis venas? ¿Dónde está la gloria de sus descendientes? ¿Dónde la fecundidad que debia dar

34 SERMONES VARIOS,
á luz al deseado de las gentes y de
los collados eternos?

Así os quejaríais vosotros ; hom-
bres mundanos ! porque no quereis re-
conocer en Dios recursos superiores
á los de la humana política , ni ado-
rar sus impenetrables designios. In-
fatuados con las falsas ideas de fe-
licidades terrenas , quisierais pensá-
el Señor como vosotros ; y sin espe-
rar el desenlace de las grandes es-
cenas que nos presenta de ordina-
rio su adorable Providencia , y que
justifica su infinita sabiduría , osais
murmurar , blasfemando lo que ig-
norais. En el trastorno de vuestra
fortuna , y humillacion de vuestras
desgracias , no dudais confesar que
todo en el mundo es caduco. En es-
ta hipótesi , ¿ porqué no os adherís
á vuestro Dios ? Él prueba á sus
siervos , mas no los abandona ; an-
tes de ordinario la gloria sigue de
cerca á su conformidad : y hé aqui
en lo que consistió la virtud emi-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 35
nente de santa Ana. ¿ Qué rasgos de
sumision no nos presenta en su aba-
timiento !

Herodes Idumeo usurpa el trono
de sus padres , y reina con orgullo,
mientras Ana pasaba sus dias en la
obscuridad y en el menosprecio de su
nacion , por razon de su esterilidad.
¿ Qué pruebas tan duras á los ojos
del mundo ! Pero esta hija de Abra-
ham , como reflexiona un célebre ora-
dor , sumisa , “ á imitacion de aquel
patriarca , á la voluntad de Dios , lle-
gó al heroismo de la virtud. Sumi-
sion generosa que sacrificó al Señor
toda la grandeza que de la tierra
podia esperar ; sumision continúa que
la estimulaba á bendecir diariamen-
te á su Dios ; sumision heroica que
la hacia esperar todo de su Cria-
dor , á pesar de su larga esterilidad.”

“ Cualquiera de estas adversidades
bastaria para hacer titubear la cons-
tancia de los decantados héroes del
siglo. Mas todas ellas juntas no fue-

ron capaces de turbar la paz interior de Ana, ni su conformidad con la divina voluntad." En medio de todas estas humillaciones me parece la oigo decir: ¡ Señor! en mis abatimientos adoro vuestros designios; vuestra sabia providencia es la que me prueba; para mi bien me humillas, á fin de que aprenda tus justificaciones; vuestra mano benéfica y omnipotente que probó á Job, y tentó á mi padre Abraham, es la que me ha tocado y reducido á este conflicto; cúmplase en mí tu beneplácito. Por medio de esta sumisión á la divina voluntad, las desgracias é infortunios que trastornan de ordinario el heroísmo de los grandes y políticos del siglo hicieron brillar el de santa Ana. Como solo Dios ocupaba su corazón, las humillaciones no eran capaces de turbarla. No así vosotros, cortesanos y validos de los príncipes, que aparecéis tristes y abatidos en vuestras caídas, por-

que el Señor no habita en vuestro espíritu; ni conoceis mas autor de vuestras desgracias que el que ocupa vuestro lugar ó dignidad.

¡ Ó cuánto seria de desear formaseis idea justa de un Dios infinitamente sabio en la dispensacion de los honores y dignidades terrenas!; de un Dios omnipotente y soberano, árbitro de los tronos!; de un Dios clemente, cuya adorable paciencia tolera á veces largo tiempo los pecados de los reyes y de los pueblos!; de un Dios misericordioso, que cuando nos priva ó despoja de las dignidades terrenas es para hacernos pensar en la gloria inmortal que nos tiene prometida! Entonces conoceriais la voluntad del Señor en vuestras humillaciones, entonces os someteriais á ellas como santa Ana: entonces os sacrificariais gustosamente, como ella, á los designios de Dios. Reconoced pues de buena fe, que un alma generosa, adherida al Señor, solo teme perderle.

Asi por mas abatida que consideréis á esta hija de Abraham, de Isaac y de Jacob; ella sacrifica de buena voluntad á su Dios todas las grandezas del mundo, observa con tranquilidad de espíritu á Herodes sobre el trono de sus padres, mas contenta de poseer á su Dios en la obscuridad de una vida privada, que si gozase la corona mas brillante. A imitacion de los venerables ancianos que S. Juan vió arrojando sus coronas á los pies del cordero, hizo Ana á su Dios un sacrificio voluntario de todos los gloriosos títulos que podian corresponder á su real sangre. Al ver exáltado al tirano Herodes sobre el trono de sus mayores, jamas osó clamar al Señor con el paciente Job, ¿por qué; ó mi Dios! viven los impíos en tranquilidad, cubiertos de honores y de gloria? Por el contrario, solo levantaba su voz para decir con su padre David: Vos, Señor, sois el Dios de mi corazon, y mi herencia eterna:

shabiq

vuestra mano poderosa es la que me humilla: yo la venero, yo la adoro, y no solo me conformo con la privacion de mis honores, sino con el oprobrio de mi esterilidad.

“En la antigua ley era, señores, muy gloriosa la fecundidad; y una posteridad numerosa, dice un sabio, era á veces mirada como recompensa de grandes virtudes. Al patriarca Abraham prometió Dios una magnífica recompensa sobre la tierra. Y si me preguntais ¿cuál fue esta? os diré, que todos los misterios de su grandeza comenzaron por la milagrosa fecundidad de su esposa Sara, estéril antes. Hé aqui el origen de su gloria. Por este medio vino á ser padre de una numerosa posteridad. Los patriarcas, los profetas, los pontífices, los reyes de Israel y de Judá fueron sus descendientes. La fecundidad, dice David, es la gloria de la casa del justo: tranquilo en el seno de su familia, derrama el Señor sobre él las mas dulces bendiciones;

sus hijos, como ramos de oliva, rodean su mesa y la colman de alegría.”

De aquí la amargura y la tristeza de aquellas israelitas desgraciadas, á quienes humillaba la esterilidad. ¿ Con qué afliccion no clamaban al Señor quitase el oprobrio de su familia, concediéndoles una feliz fecundidad! No penseis, señores, que fue solamente la madre de Samuel la que regó con lágrimas el pavimento del templo de Jerusalén, ofreciendo á Dios el incienso de su corazon por ser fecunda. Acordaos del suceso de la hija de Jephthé, y la vereis errante por los montes, bañando con lágrimas estas tierras inculatas, porque iba á ser sacrificada en el estado de su virginidad. Tal era á la sazón el dictámen de su nacion.

Pero ¿ ó mi Dios, qué investigables son las sendas de tu providencia para con tus siervos! Las mismas humillaciones con que visitais á veces á los pecadores para atraerlos á penitencia usasteis respecto de santa Ana para

probar su conformidad y ensalzar su mérito. La ignominia de una larga esterilidad hicisteis la sirviese de estímulo y escala para su perfecta sumision á vuestros adorables designios. No hay pues que estrañar que los padres de los primeros siglos hayan celebrado con elógios tan sublimes á la dichosa madre de la Virgen María. Por ellos sabemos su nombre y sus virtudes; y ellos mismos nos hacen presente su perfecta conformidad á la voluntad de Dios en sus mayores abatimientos.

Lejos, señores, de Ana las repetidas quejas é impaciencias que de ordinario manifestais en vuestras desgracias. ¿ Qué haceis en vuestros infortunios? ¿ No acusais la malicia de los próximos en vez de adorar los designios de Dios? Este se fatiga, regularmente en vano, por levantarse de su caída; aquel nada hace para descubrir sus ventajas; este pone todo su estudio y conato en llorar y lamentar su suerte; aquel vive inconsolable en su in-

fortunio porque no quiere lo que Dios; ¿y quiénes son entre estos los que lloran la pérdida de su gracia? ¿Diremos en esta hipótesi que semejantes mundanos estan sumisos á la voluntad del Señor? ¡Ah! ¿no se irritan? ¿no blasfeman ó se abaten al punto que se les frustra el objeto de su ambicion, ó se trastorna su fortuna? Formad, señores, os ruego, una idea justa de la divina Providencia: honrad á Dios como es debido; esperad con sumision el desenlace de las tribulaciones que os rodean; reconoced de buena fe que todo ello en las miras del Señor va dirigido á vuestro bien, ni perdaís jamás de vista el modelo que santa Ana os presenta; la cual, por medio de una perfecta conformidad, que une la criatura á su Criador, logró ser elevada al mas alto grado de excelencia, como fiel cooperadora á los designios de la misericordia del Señor en orden á la redencion del hombre. Segunda parte de su elógio, que paso á manifestaros

con la posible brevedad. Renovad vuestra atencion.

II. Las aficciones del justo, igualmente que la felicidad mundana, tienen su término, dice un contemplativo. Pero es muy digna de notar la diferencia que se encuentra entre una y otra mutacion. Si consultamos las escrituras, vemos salir la gloria del seno de las humillaciones. Pero si exâminamos el orden de las cosas mundanas, de ordinario hallarémos que la tribulacion y humillaciones han salido del seno de la gloria misma de la exáltacion. La sumision á Dios que ha conservado el justo durante sus pruebas le ha hecho digno de consuelos eternos, al paso que la política que ha sostenido por algun tiempo al mundano en el goce de su elevacion y placeres, no ha sido capaz de impedir su desgracia ó su ruina. Los grandes de la tierra son poco poderosos para hacernos verdaderamente felices; son poco constantes para estimarnos siempre; y tan injustos á veces,

que nos declararí culpables desde el momento en que dexamos de serles útiles. ¿No hemos visto casi á un mismo tiempo erigir y trastornar trofeos en todos los estados? La sabiduria, el valor, los talentos, no sostienen de ordinario al hombre grande en sus dignidades. El mérito, la estimacion, la gloria, se juzga dependen de los sucesos ó circunstancias. ¡Qué delirio! ¡qué máxima tan opuesta á las de Dios! ¿Queréis, dice el Señor, conseguir una gloria permanente? Seguidme con sumision: *magna est gloria sequi Dominum.*

¡Qué prueba tan auténtica de esta verdad nos ofrece santa Ana! Ella en efecto aun en este mundo ¿no fue dotada con una excelencia de las mas gloriosas? A pesar de la usurpacion del trono de sus mayores por Herodes, es reconocida por heredera de la sangre real de David: á pesar del oprobrio de esterilidad que sufrió por tantos años, concibió y dió á luz á

la Madre de Dios: á pesar de la infinita distancia que media entre la criatura y el Criador, vino á ser abuela del mismo Criador hecho Hombre. ¡Qué alteza, qué honor, qué prerogativa, qué digna recompensa de su sumision á los designios de Dios! Parece oírse decir: Vos, Señor, me habeis coronado de gloria, y me habeis elegido para la execucion de vuestra misericordia con el hombre: *Dominus sublevat.*

Mas no penseis, señores, que voy á hablaros de una grandeza adornada de exterioridades y brillantéz mundana. «Santa Ana, dice un célebre orador, no fue grande á los ojos de la sabiduria del siglo, sino á los de la religion. Los espesos velos que ocultaban á esta dichosa criatura en su retiro se corrieron; su esplendor se manifestó al cielo, y aparece colmada de las prerogativas mas gloriosas por haber dado á luz á la incomparable Virgen, de la real stirpe de

David, anunciada por los profetas para Madre del Salvador del mundo. Ella cuenta entre sus progenitores una larga y gloriosa série de patriarcas, de pontífices, de reyes y de grandes capitanes. Es verdad que Herodes posee el trono que ha usurpado á sus mayores. ¿Pero quién ignora que estas grandes revoluciones, que trasladaron á extraños sus derechos imprescriptibles, fueron manejados por la sabiduría del Señor, que los habia anunciado por sus profetas muchos siglos antes? ¿Y pudieron ellos por ventura impedir que á los ojos de la fe saliese Ana de sus oprobrios y humillacion con una gloria superior á la de todos los mundanos? ¿No nos anuncia el evangelio la grandeza de los ascendientes y padres de María santísima? ¿Augusta genealogía! que escrita por la Verdad eterna, nos hace ver que la sangre de David corria por las venas de Ana y de María: *de domo, et familia David.*"

Como los políticos y sabios segun la carne solo aman las grandezas terrenas, ni aspiran mas que á vanos títulos, podrá alguno preguntarme: ¿en qué estriba la gloria de santa Ana? ¡Ah! vosotros no lo ignorais, señores. Instruidos en las máximas y plan del evangelio, conoceis bien que su gloria y excelencia consistió en haber sido elegida por Dios, no para reinar sobre la tierra, ni entrar en posesion del trono de sus mayores, sino para madre de una Virgen, prometida desde el principio del mundo para quebrantar la cabeza al dragon infernal, para Madre del Omnipotente, para Reyna del cielo y de la tierra; de una Virgen, la criatura mas feliz, que compone una sola gerarquía entre Dios y los ángeles, superior á los tronos, á las potestades, á las dominaciones, y solo inferior á Dios.

La gloria pues de Ana es haber sido elegida por predileccion, preve-

nida con bendiciones de dulzura y de suavidad, para que diese á luz á la Virgen y Madre de Dios, y esto con preferencia á tantas ilustres matronas que fueron el honor y la gloria de la sinagoga: hablo de las Juditas, las Estéres, las Déboras, de la madre de Samuél y la de los Macabéos, que por sus virtudes sublimes, por su zelo y sabiduria en el gobierno, por sus ilustres victorias, han sido celebradas en la sagrada historia de la religion como gloria y alegría de Israel, y como honor de la nacion judáica.

¿Qué mas? Su gloria ha consistido en haberla elegido Dios con preferencia á Isabel su parienta, que reunia en su casa la grandeza del sacerdocio y del imperio, adornada al mismo tiempo de excelentes virtudes, y estéril como santa Ana. Es verdad que una y otra debieron su fecundidad á la misericordia del Señor, que oyó sus oraciones. Mas si santa Isa-

bel tuvo el honor de dar á luz al Bautista, precursor del Hombre Dios, santa Ana tuvo la ventaja de dar á luz á la Virgen, Madre de este mismo Dios y Salvador del mundo. Eleccion gloriosa, que nos pone á la vista la complacencia con que la miró el Señor, y la grandeza de su familia: *de domo, et familia David.* "¡Genealogía ilustre! que nos refiere el Evangelista, dice un sabio, no para hacernos estimar únicamente las grandezas de la tierra, sino para anunciarnos el cumplimiento de los divinos oráculos. ¡Qué diferencia en efecto tan notable entre la genealogía de santa Ana que nos describió el Espíritu Santo, y estas otras genealogías lisonjeras, que una habilidad mercenaria ha sabido entretexer á veces para nutrir la ambicion y vanidad de los hombres, ó para cubrir su obscuridad en los siglos anteriores! ¡Mas ah! embriagados los mundanos con el lujo, el esplendor de las riquezas y

de sus brillantes empleos, tienen por nada la gloria y grandeza de los santos en el orden de la religion, porque ignoran el precio del honor y estimacion de los amigos de Dios; ni tienen idea de las dulces complacencias y gracias que reciben del Altísimo."

Dios en efecto, en cumplimiento de sus profecías, manifiesta la grandeza de Ana, y sin ponerla en posesion de los gloriosos títulos de sus padres, la elige por predileccion para una milagrosa fecundidad, que debe dar al mundo la inefable gloria del Redentor de los hombres: *cum gloria suscepisti me.* ¡Qué rasgos de magestad y de grandeza no se presentan aqui á mi imaginacion en elógio de santa Ana! Mas enmudece aqui, elocuencia humana. Tú no eres capaz de representar dignamente la maravillosa fecundidad de esta heroína de la religion, la grandeza de la hija que concibe, ni los preciosos bienes que por su medio recibimos. Reservó el

Señor á la elocuencia enérgica de los Damascenos, Bernardos y Leones la descripcion magnífica de la gloria de santa Ana, madre dichosísima de la Virgen María, y los adorables misterios que á favor nuestro resultaron de su fecundidad. De ésta concluyeron la principal grandeza de Ana, con preferencia á la madre de Samuél, á la del Bautista y demas heroínas del pueblo de Israel, por el fruto de su vientre; porque el glorioso título de madre de María la hace digna de las alabanzas de la Iglesia y del culto y bendiciones de todos los mortales; porque por medio de esta feliz fecundidad contraxo una estrecha alianza con Jesucristo. Aún necesario un momento de vuestra atencion.

La alianza de Dios con el hombre es uno de los mayores misterios de su amor. La infinita distancia de la criatura al Criador no nos permitia concebir pudiese Dios morar en el hombre, obra de sus manos, siendo

un poco de barro y ceniza, hijo de ira y de miseria. Ni nuestra débil razon podia comprehender permaneciese el hombre en su Dios, revestido de la propia gloria del supremo Sér, en un admirable compuesto de todas perfecciones. Pero la fe nos ha enseñado que sacamos todas estas gloriosas ventajas del misterio inefable de la Encarnacion. El Verbo Eterno hecho Hombre contraxo con nosotros una alianza divina; se humilló para elevarnos, y revestido de nuestra naturaleza humana, nos hizo participantes de su naturaleza divina. Nosotros somos llamados, y somos en efecto, hijos de Dios por adopcion; y como el Verbo se hizo verdaderamente Hombre, somos hermanos suyos y coherederos de su reino inmortal. ¡Dignidad inefable del cristiano, que debiamos siempre meditar, y que nos pone á la vista nuestra vocacion á la eterna felicidad!

Pero ademas de esta alianza de

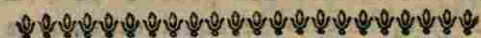
adopcion, de esta union del hombre con su Dios, que la caridad forma y sostiene, contraxo Jesucristo con los hombres una alianza segun la carne, por el misterio inefable de la Encarnacion; porque nació, como dice S. Pablo, de una muger Virgen, que tuvo sus padres en la Judéa. Por este medio la familia de María vino á ser la de Jesucristo, segun la carne. ¡Gloria singular de santa Ana, que la hizo entrar en alianza con su Salvador! pues siendo cierto que la carne de Jesucristo es la de María, como S. Agustín se explica, igualmente lo es, que la carne y sangre de María es la de su madre santa Ana. De aqui se sigue necesariamente, que si María santísima es la verdadera Madre de un Dios Hombre, como la fe nos enseña contra el herege Nestorio, Ana es su verdadera abuela, porque concibió y dió á luz á la que el mismo Dios desde la eternidad habia elegido y preparado para Madre

de su Unigénito. ¡Qué alteza, qué dignidad, qué gloria, qué excelencia la de santa Ana sobre todas las matronas mas célebres de Israel!

Ya, señores, no me admiro de la devocion de los fieles, del zelo de la Iglesia católica y liberalidad de los príncipes, cuando se trata del culto de santa Ana. La gloria de la madre de María será siempre preciosa á los ojos de sus siervos, y su culto útil y de instruccion á sus devotos. En la privacion temporal de los títulos de su grandeza, y en el oprobrio de su esterilidad, nos pone á la vista su conformidad con la voluntad de Dios; nos enseña á humillarnos en nuestras desgracias, y nos instruye en una importante verdad; á saber, que nuestras quejas en la adversidad, ni los proyectos de la humana política son capaces de trastornar los designios del Señor. En la exáltacion de Ana y en la grandeza que recibió en recompensa de su profunda humillacion á la divi-

na Providencia nos pone á la vista el cumplimiento de aquel oráculo de nuestro Salvador: el que se humillare será exáltado, y el soberbio será abatido. Todo en fin nos convence que su humilde conformidad con la voluntad del Señor la hizo digna de su gloriosa exáltacion á ser madre de María, destinada para serlo de Dios.

Entremos pues, señores, en el espíritu de la religion y de la moral que profesamos: suframos las adversidades con paciencia: adoremos la mano benéfica que nos corrige ó nos prueba: humillemos en fin nuestro corazon cuando nos oprime el Señor sobre la tierra, para ser exáltados en la gloria, que ós deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON
DE LA SS. TRINIDAD.

Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Matth. 28. 19.

SEÑORES:

Al despedirse Jesucristo de sus amados discípulos pocos momentos antes de su gloriosa y admirable Ascension, les intimó el ministerio de su apostolado con estas sencillas, pero enérgicas palabras: *id y enseñad á todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; intimándoles la observancia de*

todo lo que os he mandado. Hé aquí en breves palabras el compendio y fundamento de nuestra fe, y la norma ó regla del cristianismo. Sí, señores; el inefable nombre de la beatísima Trinidad es el fundamento ú origen de nuestra augusta religion, y la raíz de toda justificacion, segun el testimonio infalible de la Iglesia en el concilio de Trento. En este adorable nombre, dice S. Agustin, es bautizado el catecúmeno, confirmado el cristiano, absuelto el pecador, y santificado el justo.

¿Mas quién es capaz, señores, de hablar dignamente de tan alto é incomprehensible misterio? ¡Ah! yo oigo al profeta Moysés, ministro destinado por Dios para librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, que preguntando al Señor por su nombre, para ser creido de los hebreos, solo recibe por respuesta: *To soy el que soy: dirás pues á los hijos de Israel: el que es me envia á vosotros.* Oigo

asimismo al profeta Isaías, que alega hallarse inepto para hablar de Dios y manifestar su voluntad al pueblo. Oigo al Espíritu Santo en los Proverbios, que el curioso investigador de la Magestad será oprimido de su gloria. ¿Qué podrá pues deciros de tan inefable misterio un hombre carnal y sumergido en lo terreno?

Mas soy, señores, ministro delegado por Dios para anunciaros su evangelio, y espero que el Señor, que prometió dar virtud, palabras y energía á los que evangelizan su doctrina, purificará mis labios, como los de su profeta, para que no profane su divino testamento. Hablo ademas en la casa de S. Nicolás de Bari, este ilustre defensor del misterio que hoy celebramos, y una de las mas firmes columnas de la fe del concilio de Nicea contra la impiedad de Arrio, que osaba negar la divinidad de Jesucristo y su generacion eterna. Hablo asimismo á un auditorio dispuesto á recibir

y grabar en su espíritu las verdades de la religion y la moral.

Hé aqui lo que me anima á anunciaros con la posible sencillez lo que la fe y la moral de Jesucristo nos enseñan acerca de este inefable misterio, objeto fundamental de nuestra creencia, y regla de nuestras costumbres, si esperamos nuestra justificacion. Esta es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso, dirigido á honra y gloria de Dios, al bien de nuestra alma y de nuestros hermanos. Mas deseando proceder con algun orden, análogo á vuestra instruccion, dividiré el discurso en tres reflexiones. En la primera os haré ver que el acto de fe en un solo Dios Trino y Uno es el mas sublime y glorioso que podemos hacer. En la segunda os mostraré que el acto de fe en Dios Trino y Uno es el mas sólido fundamento de nuestra esperanza. En la tercera os manifestaré que el misterio de la beatísima Trinidad es el principal motivo y modelo

de la caridad cristiana : tres breves reflexiones dignas de esta cátedra , de vuestra atencion y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa , saludándola con el ángel. AVE MARÍA.

Euntes docete omnes gentes &c.

Un Dios inmutable , omnipotente , eterno , inmenso , Uno en esencia y Trino en Personas , que distintas entre sí tienen una misma naturaleza divina , una misma voluntad , un mismo entendimiento , una misma sabiduria , eternidad y omnipotencia ; un Dios Padre , que por el conocimiento de su grandeza é infinitas perfecciones engendra en la eternidad un Hijo , su divina Palabra , en todo igual y consubstancial á su Padre ; un Dios Espíritu Santo , que procede eternamente

del Padre , y del Hijo , como su amor substancial divino y eterno , sin haber mas que un Dios en esencia con Trinidad de Personas , ¡ qué misterio , señores , tan incomprehensible , qué infinitamente distante de nuestros alcances ! Pero de esto mismo , como de principio irrefragable , concluyo que el acto de fe de tan inefable misterio es el homenaje mas sublime , el mas glorioso que podemos ofrecer á nuestro Dios.

En efecto , ¿ qué protesta , qué profesion de fe mas sólida y meritoria en órden á este misterio podemos jamas hacer , que decir con sumision : Señor y Dios mio , aunque yo aplique todas las luces del entendimiento que me habeis dado ; aun cuando tuviera las de todos los ángeles y bienaventurados ; aun cuando gozára la sabiduria que comunicaste á la sacratísima humanidad de Jesucristo , vuestro Unigénito , no podria comprehenderos , ni formar idea justa y completa de vos Trino y

Uno? Mis luces en esta hipótesi distarian infinitamente de su objeto, y vos no seriais lo que sois si pudiese yo comprenderos. Confieso pues que sois incomprehensible, y que si quisiera acercarme á investigar vuestros inefables misterios seria oprimido de su gloria. Protesto, Señor, que solo vos os podeis comprender. Mas en esto mismo, segun el pensamiento de San Agustín, empiezo á conocer que sois mi Dios, mi Padre, mi Criador, y yo hechura de vuestras manos.

Cautivo pues mi entendimiento en obsequio de vuestra fe, venero lo que no alcanzo, adoro lo que no puedo penetrar; y despues de confesar que sois el Ser supremo, principio y fin de todas las cosas, sabio con una sabiduria infinita, justo con una justicia que soy incapáz de penetrar, moderador del universo con una providencia superior á todo humano conocimiento, creo firmemente lo que es mas difícil de todo, á saber: que sois Trino y

Uno en esencia, y Trino en Personas; Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que por toda la eternidad tienen la misma naturaleza, y son una cosa misma. Sacrifico gustoso mi razon; detesto las dudas, discursos y cavilaciones que podria ella oponer á tan incomprehensible misterio. Vos, Señor, que sois la verdad por esencia, nos lo habeis revelado, y vuestra infalible esposa la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, nos lo ha enseñado. ¿Cómo podria yo disentir de la fe de un misterio, que por mas incomprehensible y árduo, es el mas sublime, el mas glorioso y rendido homenaje que puedo ofrecer de corazon á vuestra adorable Magestad?

¡Enmudece aqui, razon humana, humilla tu orgullo y altivez! Abate las alas de tus discursos, y adora con sumision este inefable misterio, que á proporcion de su mayor incomprehensibilidad, es el acto mas glorioso de su fe, el mas sublime homenaje que hacés

á tu Criador! Y vosotros, arrianos, macedonianos, socinianos, deistas, y patripasianos, que blasfemais de este misterio, porque la sabiduria infinita que esconde es superior á vuestras luces, confundíos, avergonzaos, deponed vuestra soberbia y contumacia, mientras nosotros los católicos, apoyados en la revelacion é infalibilidad de nuestra madre la Iglesia, confesamos con la mente y con el corazon un Dios Trino y Uno; un Padre Eterno, en todo igual y consubstancial al Hijo y al Espíritu Santo; un Hijo consubstancial á su Padre, y á su divino Espíritu; un Espíritu Santo, eterno amor del Padre, y del Hijo, que teniendo la misma esencia y naturaleza divina, les es en todo igual y consubstancial.

Es verdad que sin la revelacion nos pareceria esto imposible y contrario á la razon, por carecer totalmente de ideas acerca de ello en lo humano. Pero afirmados en la palabra del Señor, infinitamente mas cierta é ir-

refragable que todos los discursos humanos, cautivamos gustosos las luces de nuestro entendimiento en obsequio y homenaje de la fe de un misterio, que aun de los mismos profetas, á quienes se reveló, es considerado como una luz inaccesible, como un abismo sin fondo, como un ser incomprendible. Este es el gran sacrificio que la razon esclava debe hacer á su señora la fe, y el acto mas sublime que podemos ofrecer á nuestro Dios, por mas difícil, mas árduo y mas remoto de nuestra débil comprehension. ¡Adorable incomprendibilidad de Dios Trino y Uno, tú elevas nuestra fe al grado mas heróico, mas alto y aceptable á los ojos del Señor!

¡Oxalá, amados hermanos en Jesucristo, supiesemos nosotros imitar en defensa y honor de este adorable misterio á los fieles primitivos! Aquellos, dice S. Paciano, sabian morir por la fe, y no sabian disputar. ¡Mas ah, infelicidad de nuestro siglo corrompido!

En él no solo lamentamos una innumerable multitud de libertinos y deistas, racionadores importunos, que desvanecidos con los paralogismos y falacias de una vana filosofía, niegan este inefable misterio, sino infinidad de cristianos, que lejos de estar dispuestos á derramar su sangre en su defensa, á imitación de sus padres en la fe, ó miran con la mayor indiferencia carecer de su instruccion, ó con una total indolencia su culto y adoracion, como si la fe de este inefable misterio no fuese absolutamente necesaria para salvarse, ó como si estuviéramos exonerados de adorarlo en espíritu y verdad. ; Extraña ceguedad ! ; lamentable estado ! ; ruina inevitable ! Confesemos pues, señores, que en la fe de este incomprehensible misterio no solo ofrecemos á Dios el mas glorioso homenaje, sino tambien que es la ánora mas firme de la esperanza cristiana : segunda reflexion.

II. En orden á la instruccion del

cristianismo, tocamos, dice un célebre orador, una cosa bien extraña y poco reflexionada de nosotros. Para aprender cualquiera otra ciencia, arte ó facultad, empezamos siempre por lo mas fácil, para venir por grados á lo difícil ; pero en la instruccion cristiana sucede todo al contrario. Comenzamos en efecto por lo mas árduo y mas incomprehensible. Balbuciente aún el párvulo, la primera instruccion que de sus padres ó maestros recibe, es la de un solo Dios, con tres Personas distintas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que son una cosa misma en su esencia y naturaleza. ; No es esto en realidad empezar por lo mas árduo y difícil que contiene la religion ?

Pero si me preguntais la causa de ello, os responderé con el santo concilio de Trento, que como sin la fe es imposible agradar á Dios ; siendo el misterio de la beatísima Trinidad el principio y la raíz de toda justificacion, es necesaria ante todas cosas su

instruccion, como medio indispensable para salvarse. Hay algunos misterios que basta creerlos con fe implícita; es decir, creyendo todo lo que cree y nos propone nuestra santa madre la Iglesia; pero otros, á saber, la existencia de Dios Trino y Uno, justo remunerador, la encarnacion del Verbo eterno, su muerte y resurreccion para redimirnos del pecado, y abrirnos las puertas del cielo, es absolutamente necesario saberlos y creerlos con fe explícita y actual para ser salvos, sin que pueda excusar á ningun adulto la ignorancia invencible de ellos. Siendo pues el misterio de la beatísima Trinidad el origen y la raiz de todo, por él debe empezar la instruccion del cristiano, por mas que sea incompreensible y superior á nuestras luces.

¿ Pero qué mucho, si aun esta misma especie de violencia que la razon, atendiendo únicamente á lo natural, experimenta cuando firmemente cree un misterio el mas incompreensible, es

el principal sacrificio que puede hacer en obsequio de la fe, y por consiguiente el mas firme apoyo de la esperanza cristiana? Acordaos á este fin, dice el Crisóstomo, de lo que sucedió á Abraham. Habiale Dios prometido en Sara, estéril y anciana, un hijo, en el cual serian bendecidas todas las naciones de la tierra. La promesa tuvo su cumplimiento en el tiempo señalado. Pero despues tentó Dios á Abraham. Mandóle tomar á su hijo Isaac, y que fuese á sacrificarlo sobre un monte que le mostraria. Abraham obedece al punto; sube con su hijo al monte; prepara la leña para el sacrificio y holocausto; liga á Isaac sobre ella, y cuando levanta el brazo con la espada desnuda para quitarle la vida, el ángel del Señor lo detiene, y le dice: *ahora conozco que temes á Dios; mas yo mismo te juro que por haber hecho esto, y no haber perdonado, por obedecer mi mandato, á tu hijo unigénito, yo te bendeciré y multiplicaré tu prole como las estrellas del*

cielo... y en ella serán benditas todas las gentes de la tierra porque has obedecido á mi voz.

¿No podré yo, señores, concluir de aqui, proporcionalmente hablando, con un célebre orador, que al hacer nosotros en obsequio de la fe un semejante sacrificio nos corresponde un premio análogo? En efecto, al creer en Dios; Trino y Uno ¿no sacrificamos la razón, que es nuestro hijo primogénito y único, por mas que, siendo incomprehensible en sí mismo, nos parezca repugnante á nuestras luces, apoyados únicamente en la revelacion? Si Abraham por obedecer fiel, creyendo en las promesas y esperando contra la esperanza misma, va á sacrificar á su unigénito, y de resultas le denomina Dios padre de los creyentes, ¿porqué no recibiremos nosotros las bendiciones del cielo en abundancia cuando cautivamos nuestro entendimiento y sacrificamos la razon en obsequio de la fe? ¿Porqué no viviremos de ella, segun

el oráculo del Espíritu Santo, cuando animados de la caridad, y apoyados en la revelacion, creemos en el misterio de Dios Trino y Uno, áncora la mas firme de nuestra esperanza, principio y raíz de toda justificacion?

¿Pero qué digo? ¿No es en la fe y nombre de la beatísima Trinidad en el que recibimos los mayores beneficios espirituales? ¿Manchados por la culpa original, y excluidos por ella del reino de los cielos; para entrar en la Iglesia, fuera de la cual no hay esperanza de salud, ¿no es la única puerta el sacro bautismo que se nos confiere en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? Cuando somos confirmados en la fe ¿no es en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? Para reconciliarnos con Dios por medio del sacramento de la Penitencia, ¿no se da la absolucion en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? El que recibe el órden sacro para ministro de Dios ¿no

es en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo?

¿Qué mas? ¿No nos amonesta San Pablo, que cuando comamos, bebamos, ó hagamos cualquiera otra cosa, sea todo en el nombre de Dios? De aqui la práctica de los fieles en los siglos primitivos de santiguarse al empezar cualquiera obra: práctica religiosa que han pretendido abolir, y en parte lo han conseguido los hereges y libertinos de los últimos tiempos: práctica adoptada por la Iglesia universal al empezar los divinos oficios, y al acabar los himnos y los salmos con que alaba á su divino Esposo. ¿Cuánto seria de desear la observásemos todos con espíritu de humillacion y de fervor, á imitacion de S. Simon Estilita, que pasó por muchos años en el desierto sobre una columna, expuesto siempre al rigor de las estaciones, cuyo principal ejercicio era decir: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu San-

to, teniendo presente que esta es la eterna cancion con que alaban al Señor los bienaventurados. Si es pues la ocupacion interminable de la Iglesia triunfante, ¿porqué en la militante no deberá considerarse como el áncora firmísima de la esperanza cristiana, como origen y raíz fecunda de toda justificacion?

¿Con qué respeto pues, con qué veneracion, con qué confianza no debemos pronunciar los augustos nombres: Padre, Hijo, y Espíritu Santo? Nombres de magestad y de gloria, nombres que causan la alegria del cielo, el consuelo de los verdaderos fieles, y el terror del abismo; nombres divinos de un solo y único Dios con tres Personas distintas en una misma esencia, fundamento de nuestra verdadera religion, apoyo de nuestra esperanza, y modelo de nuestra caridad. Tercera reflexion de este discurso, que paso á exponeros con la posible brevedad. Seguidme atentos.

III. Tres son, señores, las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, sin cuya noticia y práctica nadie puede ser salvo. Pero entre ellas la mayor es la caridad, nervio y alma del cristianismo, cuyo modelo nos pone á la vista el misterio inefable de la beatísima Trinidad. En él habeis ya visto lo mas sublime de nuestra fe y el motivo mas firme de nuestra esperanza; y por poco que reflexeis hallaréis tambien el vínculo substancial del amor mútuo que os debe animar. En este adorable misterio de Dios Trino y Uno creemos que las tres divinas Personas en una esencia tienen un mismo entendimiento, una misma voluntad, una plena concordia, una paz inalterable, un amor mismo, y que Dios es la caridad por naturaleza. Hé aquí pues el exemplar de la caridad cristiana que nos propuso Jesucristo en la ternísima oracion que á favor de sus discípulos hizo á su Padre celestial cuando se acercaba la

hora de ser entregado en manos de los pecadores y al poder de las tinieblas: *Padre, santificalos en verdad, dice... para que todos sean una misma cosa... como nosotros lo somos.*

Mas esto es pedir un imposible, podrá decirme alguno. Padre, Hijo, y Espíritu Santo en Dios tienen una misma naturaleza y una voluntad misma. De aquí su eterna concordia, su inalterable paz, su inmenso y eterno amor. ¿No seria temeridad en nosotros, tan distintos en individuo, en voluntad é inclinaciones, aspirar á una semejante perfeccion de caridad y amor mútuo? ¡Ah! no entendamos, señores, las palabras de nuestro Salvador puramente segun la corteza de la letra que mata, sino segun el espíritu que vivifica. Lo que el Señor quiso darnos á entender en este oráculo, dice S. Agustin, fue que viviésemos perfectamente unidos de corazón, para hacer por gracia y por imitacion lo que las tres divinas Personas

por la necesidad de su esencia, en el mismo sentido en que Jesucristo nos manda ser perfectos, como lo es su Padre celestial.

Además, ¿no sabemos por S. Lucas en los hechos de los Apóstoles, que los fieles primitivos tenían un solo corazón y un alma sola, sin que ninguno de ellos dixese que era suyo lo que poseía, sino común á todos? ¿No era esto imitar en el modo posible lo que Jesucristo hacía presente á su Eterno Padre cuando le dixo: *Padre, todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías?* ¿Pero qué digo? ¿No es este el espíritu de la religion que profesamos? Yo os ruego, dice el Apóstol, que os tolereis unos á otros en caridad; que seais solícitos en conservar la union de espíritu con el vínculo de la paz. Dios es caridad, y sin ella todo es vacío en su presencia. *Aun cuando tenga la elocuencia de los hombres ó de los ángeles,* dice S. Pablo, *si no tengo caridad,*

solo seré lo que un metal ó una campana que suena. Aun cuando fuese profeta, y conociera todos los misterios y todas las ciencias, aun cuando tuviera una tal fe, que fuese capaz de trasladar los montes; si la caridad me falta, nada soy. Aun cuando distribuyera todas mis facultades en alivio de los pobres, si me falta la caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna, no tiene emulacion, no obra en vano, no se infla, no es ambiciosa...no piensa lo malo, no se alegra de la iniquidad, antes sí se goza y regocija de la verdad: todo lo sufre, todo lo que debe creer lo cree; espera lo que debe esperarse, y todo lo sostiene para conservar así la unidad de espíritu en el vínculo de la paz.

El mismo Apóstol en su epístola á los de Éfeso expone el fundamento de esta esencial obligacion del cristianismo. Vosotros, les dice, no tenéis mas que un Dios, una fe, un

bautismo: únicamente formáis un cuerpo, que es la Iglesia; justo pues será que tengais un mismo espíritu de amor, de union, de paz. Vosotros sois hijos de Dios, en quien debeis adorar un Padre que os ha adoptado; un Hijo Eterno, de quien somos hermanos; y un Espíritu Santo, que nos anima y vivifica. ¡Qué monstruoso sería, dice un célebre orador del siglo antecedente, que siendo hijos de un mismo Padre, viviésemos como extraños! ¡que siendo hermanos de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, no se viese en nosotros ninguna señal de fraternidad! ¡que deseando todos vivir de un mismo Espíritu Santo, manifestásemos sentimientos del todo contrarios! ¡Qué trastorno de juicio no imitar en el modo posible el exemplar de union que nos presenta la fe en el inefable misterio de Dios Trino y Uno! ¡Qué demencia pleitear diariamente, y vivir por bagatelas en irreconciliables enemistades! ¡No nos

enseña la fe que somos miembros del cuerpo místico de Jesucristo? ¡Quién vió jamás rebelarse y tratarse mal unos á otros los miembros de un mismo cuerpo?

La lástima inconsolable es, que este es en el día el crimen casi universal del pueblo cristiano. Parece haber llegado los tiempos infelices que Jesucristo nos anunció por S. Mateo cuando dice: que unas gentes se levantarán contra otras, y reinos contra reinos, que habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes partes; que serán aborrecidos sus ministros; que habrá muchos escándalos; que reinará un odio mútuo, y se entregarán unos á otros: todo ello por que abundará la iniquidad, y se resfriará la caridad de muchos. Lo mismo anunció S. Pablo á su discípulo Timóteo por éstas notables palabras: en los últimos días instarán tiempos peligrosos, habrá hombres llenos de amor propio, codiciosos, inflados, so-

80 SERMONES VARIOS,
berbios, blasfemos, inobedientes á sus
padres, ingratos, malvados, sin be-
nignidad, sin paz, criminales, incon-
tinentes, sin mansedumbre ni cari-
dad... ¿Una triste experiencia no nos
ha hecho tocar de bulto todos estos
males?

¡Ah! si considerásemos que no hay
mas que un Dios y una fe, habria
sin duda entre nosotros mas union y
caridad. ¿Con qué benevolencia, con
qué amor no vemos tratarse, para
confusion nuestra, los profesores de
cualquiera de las sectas anti-católicas!
Todo el mundo es testigo del mútuo
auxilio que de ordinario se prestan,
no para sostener la unidad de su fe,
que es ninguna, sino para conservar
la mentira, el cisma y el error. ¿Qué
vergüenza, señores, que la unidad
de la verdadera fe entre nosotros no
produzca ni aun sentimientos de bene-
volencia, de sociedad, de compasion,
y mucho menos de caridad! ¿Con qué
podremos cohonestar en el día terri-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 81
ble de la uenta estos ódios, estas
envidias, estos desprecios que hacemos
á nuestros próximos, estas expresio-
nes picantes é inciviles con que los
insultamos? Todo esto cesaria si nos
animase el espíritu de caridad: todo
cesaria si observásemos el mandato
que Jesucristo nos dexó por testamen-
to; á saber, que nos amáramos mú-
tuamente, como él mismo nos amó:
todo cesaria si atendieramos á que
somos todos hermanos y miembros del
cuerpo místico de Jesucristo: todo ce-
saria si creyendo que somos hijos
adoptivos de Dios y herederos de su
reino inmortal, tomásemos por mode-
lo de nuestra caridad con el próximo
el amor eterno con que el Padre y el
Hijo se aman en el Espíritu Santo.
¿Qué ocupacion tan buena y de tanto
gozo seria conservar entre hermanos
esta unidad de espíritu! ¿Qué ama-
bles serian entonces los tabernáculos
de Jacob! ¿Qué faz tan diversa pre-
sentarian entonces las virtudes cristia-

nas! ¡Qué union, qué paz en el mundo, qué alegría para el cielo no produciría este espíritu de caridad! *Ecce quàm bonum, et quàm iacundum habitare fratres in unum!*

Formad, señores, os ruego, una justa idea de la religion que professais. El fundamento de ella es Dios Trino y Uno, en quien nos movemos, vivimos y somos. La fe de este incomprehensible misterio es el mas glorioso homenaje que podemos ofrecer á nuestro Criador; el apoyo mas firme y sólido de nuestra esperanza, y el verdadero vínculo y modelo de nuestra caridad. Miradle pues desde este momento no solo como objeto de vuestra fe, sino por regla de vuestra moral y modelo de vuestras costumbres. Sacrificad en su obsequio vuestra razon, animad en esto mismo vuestra confianza, y no dexeis apagar en vuestro corazon la llama de caridad que Jesucristo vino á encender sobre la tierra, para que ardiese sin cesar en

el espíritu de los fieles. Haced en fin todas las cosas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, pues digno es Dios Trino y Uno de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



SERMON

SOBRE LA EDUCACION CRISTIANA.

Defunctus efferebatur filius unicus matris suæ. Luc. 7.

SEÑORES:

¡Qué tristeza la de una familia en la muerte de un hijo, y tal vez único! ¡qué lamento, qué demostraciones de dolor por su falta! Sin atender, dice S. Juan Crisóstomo, á que acaso este hijo yacía muerto mucho tiempo antes á los ojos de Dios, por haberle sus culpas privado de la gracia, sin noticia de sus padres ó maes-

tros, encargados de velar sobre su educacion, cuyo oficio de ordinario miran con tanta indiferencia. ¡Ah! padres de familia, ¿cuándo dexaréis de amar con imprudencia á vuestros hijos, educándolos únicamente para el mundo? ¿Cuándo formaréis idea justa de la educacion cristiana? ¿Cuándo conoceréis que es la mas importante de todas las artes?

Yo bien sé tambien, dice un sabio, que se tiene y regúla por la mas difícil. Pero esta dificultad procede de ordinario de la falta de zelo y de prudencia sobre la educacion. ¿Mas este defecto á quién deberá atribuirse sino á los padres y maestros, que son los encargados? Pero unos y otros procuran justificarse, atribuyendo los crímenes de la juventud á defecto natural y falta de disposicion en los educandos. Mas sea de esto lo que fuere, aunque á veces hemos visto inclinaciones tan buenas, genios naturalmente aplicados á la razon y á la justi-

cia; que con el auxilio de Dios salen sin corrupcion del bullicio y tumulto de las cortes y babilonia del mundo, á imitacion de los Josias y Borjas; sin embargo es necesario confesar que estos exemplos son muy raros.

En fuerza de lo qual, por punto general debemos convenir en que el suceso de la educacion depende del zelo de los padres y de los maestros, igualmente que de la sumision de los educandos. Por manera que no pueden ser absueltos de crimen unos sino con los otros; ni estos ser condenados sino con aquellos. Mas claro, Vosotros los que estais encargados de la educacion, respetad á los hijos y discípulos que la Providencia os ha confiado: y vosotros, hijos y discípulos, respetad á vuestros padres y maestros. Primera regla de la educacion: vosotros los que estais encargados de este oficio, amad á los que se os han confiado; y vosotros, hi-

jos y educandos, amad á vuestros padres y maestros. Segunda regla de educacion: en dos palabras; la obligacion mútua de respeto y de amor entre unos y otros es la que pretendo persuadir en dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra, y á propósito para vuestra instruccion. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave Maria.*

Defunctus efferebatur &c.

Que los hijos deben respetar y honrar á los que el cielo les ha dado por padres y maestros, es un precepto del decálogo, y una de aquellas reglas generales de educacion que estan como grabadas en el fondo de nuestro corazón. Pero decir que los padres y maestros deban tambien res-

petar á sus hijos y educandos, aunque no es una proposicion inaudita, parece á primera vista una especie de paradoxa, inventada para llamar la atencion, captar el aura popular y divertir la curiosidad. Sin embargo, sea lo que fuere de estos principios tomados en sí mismos, yo solo los necesito en esta hora, por la relacion que entre sí tienen, como dice un sabio, con respecto á la felicidad ó infelicidad de la educacion. En fuerza de esta relacion paso á ilustrar dos asertos que la demuestran. Primero: la educacion será siempre infeliz si el que preside en ella no es respetado de sus educandos. Segundo: el padre ó maestro jamas se hará respetable á sus educandos si no los respeta en cierto modo. Seguidme atentos.

Ante todas cosas no debo pasar en silencio lo que sobre la materia nos demuestra una triste experiencia; esto es, que entre todas las ocupaciones domésticas de un padre de familias,

la que de ordinario se mira como menos personal es la educacion de los hijos: acerca de la cual solo se emplea una inspeccion vaga y general, mirando con abandono en esta parte una de las primeras obligaciones del estado. De aqui sin duda procede la falta de conciliarse el respeto de los hijos, principal origen de todo el suceso. Nadie ignora que en esta edad primera empiezan á despertar y rebelarse las pasiones. Si el respeto pues no les sirve de freno, no esperen jamas reprimirlos. El miedo del castigo en lo sucesivo, y aun el castigo mismo, son garantes casi inútiles de una constante y sumisa obediencia. Por solo este medio, en lugar de corazones virtuosos, de ordinario se formarán esclavos.

Ademas, en esta misma edad es cuando empiezan á crecer las primeras semillas de virtud que en el fondo de nuestra naturaleza se hallan, dimanadas de la luz de su divino ros-

tro, con que nos signó el Criador. Es necesario pues arraigarlas bien y cultivarlas, para que en tiempo lleven sus frutos. Pero esta pequeña edad es por sí muy débil para ser susceptible de motivo alguno racional. Su inclinacion por otra parte es mas viva ácia el vicio que ácia la virtud. Vuestra autoridad ; ó padres de familia ! es lo único que puede causarles respeto y contenerlos en su deber. Agregad á esto, que es justamente en esta edad cuando la naturaleza habla con mas fuerza á favor vuestro. El nombre de *padre*, aun cuando ignoran la causa, es muy dulce y respetable para ellos. Estos sentimientos de veneracion y de respeto van desapareciendo poco á poco ; y si dexais que se extingan, todo es perdido sin recurso. ¡ Infelices padres, qué vibras criais en vuestro seno ! ¡ Qué de infames Absalones ! ¡ Cuanto mejor seria perciesen homicidas, incestuosos y rebeldes, á lo menos antes de ser

parricidas ! El cielo abrevie con misericordia la vida de aquellos hijos indóciles como los de Heli, antes que deshonren la vejez de sus padres, profanen el santuario, y atraigan la ira del Señor sobre su pueblo.

“ ¿ Qué de semejantes escenas, dice un sabio orador, no ocurren en el mundo, aunque ocultas á veces, en lo interior de las familias ? No esperéis, padres negligentes, no esperéis que un maestro supla vuestro defecto ; porque la naturaleza no habla tanto á su favor como al vuestro ; y por mas que lo hagais depositario de vuestra autoridad, este título vendrá á servirle de nada para hacerse respetar. Una familia es por lo comun un teatro continuo de disensiones domésticas. No parece sino que el padre y la madre trabajan á porfia para desacreditarse en el ánimo de sus hijos. ¿ Qué respeto han de tener estos á sus padres, al ver que ellos no se tienen ninguno, y que arden en continuas dis-

cordias? Vosotros, ¡ó padres! sereis felices si ellos se contentan con gemir en secreto vuestras disensiones. ¿Y qué diré cuando ellos mismos encienden la tea de vuestras discordias domésticas? ¡Ah! ¿cuántas veces sucede que en el seno de uno hallen seguro asilo contra la prudente y sabia severidad del otro? ¿Qué podrá pues esperar de vosotros un extraño para hacerse respetar de vuestros hijos?

En vano les dará las lecciones mas sabias si el respeto no impide la distraccion, no cautiva la imaginacion, ni sujeta y encadena las inclinaciones de la infancia. Apenas oyen la cosa cuando la olvidan, y nada les aprovecha. ¿Sabeis porqué? Por la razon misma que nosotros olvidamos lo que oimos á personas á quienes no tenemos respeto, mirándolas con indiferencia ó con desprecio. Por mas sabio y virtuoso que el maestro de vuestros hijos sea, si estos no le tienen respeto, la educacion será infeliz. ¡Con

qué edificacion oigo á Teodosio el grande mandar á los Césares, sus hijos, que se arrodillen á presencia de Arsenio! Cuando el maestro logra este ascendiente sobre sus discípulos, ¿qué feliz pronóstico para la educacion! Mas cuando, por respetable que sea, lo veo confundido entre los mas viles domésticos; cuando advierto la altanería y desdén con que lo mirais; cuando observo las burlas y censuras con que delante de vuestros hijos y familiares tachais sus menores defectos; cuando ellos mismos conocen que vosotros autorizais su indocilidad; ¿qué efecto esperais de su educacion? ¿Ó qué aprecio harán ellos de las lecciones de un maestro, á quien os ven menospreciar?

Yo oigo á S. Irenéo alabar la misericordia del Señor por haberle dado por maestro á S. Policarpo. Sus lecciones, dice, se gravaban profundamente en mi corazon desde mi infancia. En mí han quedado muy pre-

sentes y vivas , y sin cesar me ocupo en repasarlas en la memoria , donde , gracias á Dios , las conservo. San Policarpo no solo era santo , y no por esto únicamente lo alaba Irenéo , sino tambien en razon de discípulo , poniéndonos á la vista en el elógio que hace de su maestro el respeto con que lo miraba , y el fruto que de sus lecciones habia sacado.

¡ Hijos indóciles é ingratos ! sabed que nada puede jamas autorizaros para faltar al respeto de vuestros padres y maestros. Á vosotros no pertenece calificar sus vicios y defectos. Representaos al jóven Samuel. Dios le manifestó el crimen y castigo que debia imponer á su maestro el sumo sacerdote Helí. Sin embargo esto no le impidió su docilidad , su respeto y sumision. En cualquier estado que un nuevo Noé aparezca á sus hijos , deben estos cerrar los ojos para no ver la desnudéz de su padre , no sea que incurran en la maldicion de Cham.

Maldicion que el Señor ha fulminado en varios lugares de la santa escritura contra los hijos indóciles. Hijo del hombre , dice por un profeta , pronuncia en mi nombre el juicio sobre esta ciudad , impia y abominable á mis ojos. ¿ No has visto á estos hijos desnaturalizados , que osan insultar á su padre y á su madre ? ¡ Ah ! este es el origen de todos sus desórdenes , y esto es principalmente lo que inflama mi ira contra ellos. Yo vengaré á los padres de sus hijos , y castigando á estos , los vengaré de sus padres ; porque escrito está por el dedo de Dios , que si teneis un hijo indócil y rebelde , lo entregueis á los jueces. Este es un monstruo , la naturaleza debe purificarse ; que sea apedreado , dice el Señor ; porque una infancia indisciplinada solo anuncia una juventud libertina y una vejez impia y deplorable : mal vasallo , y miembro inútil á la sociedad. Chanaam será maldito con Cham su padre , y remitirán á la mas

remota posteridad el crimen y la maldición. El hijo desnaturalizado tendrá descendientes para suplicio suyo, que le cubrirán de oprobrio y de ignominia.

¡Oxalá, hijos indóciles, oxalá fuese un falso profeta, como lo deseaba en otro tiempo Miquéas! Pero advertid, que la segur está ya puesta á la raíz, y que no os queda mas recurso que huir en tiempo de la ira futura. Oid, os ruego con el Eclesiástico, el juicio de vuestros padres, y obrad de suerte que os salveis. *Judicium patris audite filii: sic facite, ut salvi sitis.* Honrad á vuestros padres con toda paciencia, y no los desprecieis en vuestra edad robusta: *in omni patientia honora patrem... ne spernas in virtute tua.* Y vosotros, padres y maestros, respetad en cierto modo á vuestros hijos y discípulos.

Esta regla de educacion, dice un sabio, no solo se halla confirmada por los santos doctores, sino por los mismos paganos instruidos. Jamas consideréis al hijo ó educando que teneis

á vuestro cargo sino baxo la idea de lo que debe ser algun dia al salir de vuestras manos; al modo que un hábil estatuario no tanto piensa en el bruto mármol que desbasta, quanto en la perfeccion de la obra que pretende acabar. Supongamos que en este infante os habeis propuesto un apoyo de vuestra familia, y que lo quereis aplicar á la Iglesia, para que en ella por su zelo sea un nuevo Finees; ó que deseais aplicarlo á la toga para que sea un nuevo Esdras; ó á las armas, para que sea otro David: no perdais de vista en su educacion lo que quereis que sea, infundiéndole ideas análogas. Por este medio vuestro hijo ó discípulo, por jóven que sea, siente ya en cierto modo lo que espera ser algun dia. Por consiguiente exige vuestra consideracion y cierta especie de respeto.

¡Qué delirio el de los padres atender únicamente á la debilidad, timidez y dependencia del hijo, para mirarlo con desprecio, haciendo osten-

tacion de la autoridad que tienen sobre él, como si esta consistiera en tratarlo con barbárie! Cuando os proponéis, padres y madres imprudentes, cuando os proponéis por regla de educacion criar á vuestros hijos temerosos y abatidos, sin permitirles que levanten los ojos sin que encuentren en los vuestros una mirada de amenaza, ni que profieran una palabra sin ser reprehendidos, vosotros errais el cálculo. Cuando queréis pasar por infalibles en el ánimo de vuestro educando, vosotros errais el cálculo. Cuando á vuestro placer lo acusais y declarais criminal, sin permitirle que con respeto se disculpe, vosotros errais el cálculo; porque esta agravacion de crimen, tal vez injusta, los saca fuera de sí y los transporta. Cuando juzgais que todo os es permitido con el hijo, haciéndole pasar por juguete de vuestro capricho, el cálculo está errado. Cuando de un momento á otro alabais en él y vituperais una

misma cosa, prohibiéndole hoy lo que ayer le ordenasteis, premiándolo sin eleccion, ó castigándolo sin motivo, enjugándolo tiernamente con una mano las lágrimas que ha hecho correr brutalmente la otra, el cálculo está errado. Todo esto es hacer tímidos, abatidos y pusilánimes á los hijos, y faltarles al respeto que en cierto modo se les debe.

Para evitar pues los males que de aqui se originan, no olvidéis la regla que sobre este punto nos dexó S. Juan Crisóstomo. Atended, nos dice, atended en vuestro hijo lo que debe ser respecto de vosotros en particular. En la sociedad debe ser vuestro protector y vuestro apoyo. Este, añade, es el orden de la providencia con que Dios quiso ligar todas las edades; constituyó padres y maestros para proporcionarles apoyo en la vejez: *ut tui curam in senectute gerant*. No olvidéis pues jamas este adorable orden, ni perdays de vista que este hijo debe ser algun

dia respecto de vosotros delante de Dios y por toda la eternidad, ó vuestra corona ó vuestro suplicio, autor de vuestra salvacion ó de vuestra reprobacion eterna.

¡ Ah! siempre que lo mirais, dice el mismo padre, cuando le dais alguna leccion ó correccion, y aun cuando lo acariciáis, imaginad que lo oís citaros al tribunal de Dios á dar cuenta del modo con que lo tratais. Lejos pues de vosotros estas baxas familiaridades, estas puerilidades ridículas, que degradan el carácter de padres, y aun la racionalidad. Evitad los engaños, las mentiras con que los entreteneis, los sustos con que los amedrentais, haciéndolos tímidos y cobardes, y tened aquella especie de respeto á la infancia que os recomienda el Crisóstomo con otros muchos padres.

Si consultais, dice, vuestra fe; ¿ qué es lo que os enseña acerca de vuestro infante? Sobre su frente vereis el sello de su divina adopcion, y os toca ve-

lar para que el pecado no lo borre. Su lengua está aún sazonada con la sal de la sabiduria, que vosotros le debeis conservar. Su cabeza y su pecho llevan impreso el carácter de hijo de Dios; y vosotros debeis impedir que se altere. Su corazón es verdadero templo del Espíritu Santo, y vosotros sois el custodio de este santuario. En su alma descubriréis el gérmen de todas las virtudes; y á vosotros pertenece solicitar que crezcan. Jesucristo le ha dado un ángel para que lo defienda; dividid con él, os ruego, un tan bello empleo. Enseñadlo á que os respete, y en recompensa respetadlo; educadlo para Dios, y para miembro útil de la Iglesia y del estado; para cuyo fin, ademas del respeto, es necesario el amor mútuo: segundo principio de educacion, que paso á exponeros con la posible brevedad. ®

II. Todo, señores, habla á favor de la infancia para ser objeto de amor. Yo no sé qué secreto estímulo de la

naturaleza nos solicita para ello. El candor y la sencillez de esta edad es un poderoso atractivo que previene á su favor nuestro cariño. Pero al mismo tiempo debemos confesar que la infancia no está menos prevenida á favor de los que velan sobre su conservacion y conducta. La ternura y sensibilidad de corazon le son como naturales. Por manera, que me atrevo á decir, que un Absalón, rebelde y parricida en deseo, es un monstruo casi tan raro como una Atalia desnaturalizada. El asunto principal en esta parte consiste en dirigir bien este amor mútuo, natural y casi esencial en unos y otros. Á cuyo fin es necesario que este amor sea tierno y compasivo en los padres y maestros, como se explica un sabio, reconocido de los educandos, ilustrado en aquellos, y dócil en estos; cristiano sobre todo en unos y otros. Reflexemos.

“La infancia está sujeta á mil debilidades y á defectos sin número; y

hé aqui la materia del ejercicio del amor tierno y compasivo que pretendo persuadir. La ignorancia, hija del pecado original, es al nacer nuestra primera herencia. ¡Qué de tinieblas en nuestro entendimiento! ¡Qué inmensa dificultad en concebir los menores objetos! Añadid, que el primer amor que se manifiesta en la infancia es el de la independenciam, la fuga del trabajo, la aversion á toda regla, dissipacion casi imposible de fixar, distraccion que nada la contiene sino la idea del juego y el placer. Hé aqui un retrato en general de toda la infancia. ¿Pero qué diferencia de rasgos no se notan en ella? En éste una timidez extraordinaria, que en todo halla dificultades que lo aturden; en aquel al contrario una confianza presuntuosa, que nada le hace desmayar; una vanidad sin límites, que lo hace creerse infalible, y que lo induce á quererlo todo dominar. Aqui una vivacidad impetuosa rompe todos los frenos; alli

al contrario, una pesada lentitud, que nada es capaz de moverla. En unos la natural franqueza nada les permite ocultar; en otros el disimulo y un corazon doble los hace faltar á la verdad."

¿Qué amor no se necesita para corregir estos defectos! En órden á la ignorancia de la juventud, un padre y un maestro colocan toda su gloria en brillar ellos mismos en sus educandos. De ordinario usan de la ridícula vanidad de querer lo sepan todo de una vez; los cargan de ideas, los oprimen, y á fuerza de cultura importuna, hacen al entendimiento estéril, cargándolo demasiado. Por lo que hace al ardor con que la juventud mira el placer, si el educando aprende la virtud como triste y sombría, todo es perdido. Si la libertad se presenta á sus ojos baxo una figura agradable, este es el escollo de la educacion. De una parte se representa la diversion, y de otra el trabajo; éste como casti-

go, y el placer ó diversion como gaje de la edad. ¿Qué podrá hacer baxo esta idea un infante, sino correr al juego con ardor? ¿Qué prudencia, qué amor no necesitan los padres y maestros para corregir estos defectos, y representarles como amables el trabajo y la virtud? Deben pues por todos medios alentar al tímido y pusilánime; contener en sus límites al presuntuoso y vano; moderar al que habla mucho, y corregir al disimulado, de corazon doble y mentiroso. Mas deben al mismo tiempo cuidar mucho de no ser arrebatados é iracundos en la correccion. ¿Quién los tolerará si un padre y una madre no los sufren con prudencia y amor compasivo, para desengañarlos y ganarlos en oportunidad?

¿Mas ah! yo oigo que todos los padres y madres aman sus hijos. ¿Pero es siempre su amor justo? ¿No hay de ordinario uno que recibe todas las muestras efectivas del cariño,

quedando este amor frio y estéril para los demas? Rebeca se decide por Jacob, Isaac por Esaú, y plugó al cielo que los artificios de Rebeca sirviesen en los designios del Señor para sorprender á Isaac á favor de Jacob. Sin embargo que esto se obró por inspiracion de Dios, ¿qué no fue menester para que Jacob no fuera víctima de su hermano Esaú? ¿Y qué de lágrimas no costó al mismo en su vejez la predileccion que tuvo á su hijo Josef, adornándole con la túnica polímita? Si esto sucede con las preferencias justas, legítimas y ordenadas por inspiracion de Dios, ¿qué diremos de las que proceden de amor propio y de capricho? ¿Qué cosa mas frecuente en los padres, que mirar con tedio, desamor, y aun desprecio, al que ha salido al mundo defectuoso por naturaleza? Como si este no fuera el mas digno de su amor compasivo, y acaso en los designios del Señor el entibo y apoyo de la familia, como

Misiboseth de la de Saúl; entre tanto que el resto de vuestra culpable descendencia perezca tal vez baxo la espada de Dios. La religion, ¡ó padres y maestros! la religion y la razon misma os compelen á educar á todos vuestros hijos y discípulos con igual prudencia y amor compasivo, para que sean con el tiempo útiles á la Iglesia y al estado, y el apoyo de vuestra vejez.

Y vosotros, educandos, traed á la memoria la instruccion que dió Tobias á su hijo: acuérdate, le dixo, de la obligacion que tienes á los que te han dado el ser: acuérdate principalmente de lo que sufrió por ti la que te llevó en su seno: acuérdate de las inquietudes y de los cuidados que le diste por tanto tiempo. Acordaos vosotros, añadido yo al presente, de los desvelos que ha costado vuestra educacion. Esta es una especie de parto mucho mas doloroso que el que os dió á luz. Tened presente que Salomón

Tom. XV. H

dividiendo el trono con Bersabé, sobre cuyo seno habia recibido las primicias de su sabiduria; Josef ofreciendo todas las riquezas de Egipto á un padre que tan cuidadosamente lo habia formado en la virtud; Joás confiando toda su autoridad al sumo sacerdote que lo habia educado en el templo, ninguno de ellos dió tanto como lo que habia recibido.

¿ Pero qué digo? ¿ olvidaréis por ventura el sagrado modelo que os dexó en esta parte Jesucristo? Acordaos, dice un santo doctor, de los tiernos cuidados de Jesus en órden á su augusta Madre, y el respeto que tuvo al que Dios habia establecido para que le sirviese de custodio sobre la tierra durante su infancia. Hasta la edad de treinta años, en que empezó su vida pública, ¿ no estuvo sujeto y sumiso á su Madre y á su Padre putativo? ¿ No asistió y bendixo afectuoso al justo Josef á la hora de la muerte hasta cerrarle los ojos? ¿ Olvidó

por ventura á su verdadera Madre, que lo siguió hasta el calvario? ¿ No cuidó de su vejez, prohiéndole á su mas amado discípulo, para que la sirviese de guardia, no porque la Virgen lo necesitase, sino para manifestarnos su reconocimiento en cuanto hombre, y darnos á entender que los gemidos de una madre jamas deben olvidarse, como nos habia anunciado por un profeta?

Conviene asimismo para la buena educacion, que el amor en los padres sea ilustrado, y dócil en los hijos. Ordinariamente sucede que los encargados de la educacion tienen sobre sus ojos un velo que les impide ver los defectos de sus educandos. El respetable Helí fue el último que supo los crímenes de sus hijos, y apenas pudo creerlos. Á pesar de la integridad de Samuel, juzgaba hacerle agravio, por solo sospechar de la probidad de sus hijos. Absalón se rebeló contra su padre, seguiale mucha parte de Israel,

estaba ya á punto de ser parricida; y David sin sentir aún el puñal tan próximo á su pecho, estaba resuelto á perdonarlo. ¿Qué diremos del cariño de las madres? ¿y qué del de los parientes corrompidos? Yo no dudo afirmar que á los ojos de un padre ciego y de una madre idólatra, las señales mas equívocas de virtud se calificarán por heroicas en un hijo. Una vivacidad indiscreta se gradúa de ordinario por expresion nobilísima: un capricho viene á ser para estos evidente señal del mas fino discernimiento: la grosería mas estúpida pasa por candor y sencillez: un acto de soberbia por valor de ánimo; y una palabra deshonesta se mira como una gracia, hija de la viveza de su imaginacion y genio festivo. ¡Qué ciego amor! ¡qué poco ilustrado! ¡qué fecundo origen de crímenes en los hijos!

Cuando mas, á imitacion de Helí, se les reprehende con frialdad. ¿Cómo habeis executado las cosas malas que

oigo? decia aquel sumo sacerdote á sus detestables hijos. ¿Qué reputacion os habeis adquirido en todo el pueblo? ¿Qué haceis, prevaricadores de Israel, á quien deberiais dirigir? No sea asi, hijos míos; enmendaos, y no atraigais sobre vosotros el castigo del Señor, que herirá con mas viveza el corazon de vuestro padre que el vuestro. Nada mas tierno que esta reprehension. Mas el corazon de Ofni y Finees no estaban ya en disposicion de ceder á esta blandura de palabras: no oyeron la voz del padre: *non audierunt vocem patris sui*: por consiguiente perecieron baxo la mano del Señor, y el mismo Helí murió repentinamente por no haber usado con ellos de severidad y del rigor que exígia un amor prudente é ilustrado.

Retened, hijos y discípulos, este exemplo, para ser dóciles á la correccion y consejos de vuestros padres y maestros, aun cuando experimen-

teis el rigor debido á vuestro crimen. Una correccion severa hubiera salvado á estos hijos infelices. Y vosotros, padres y madres, no dexéis al Señor el cuidado de castigar á vuestros hijos cuando lo merezcan, para no ser envueltos en su misma desgracia. Mientras fueren dóciles tratadlos con amor sensible, con blandura; no los provoquéis á ira, dice el Espíritu Santo. Pero si fueren indóciles é incorregibles, duros de genio é inobedientes: *curva illos ab infantia*, oprimidlos, dice el Señor, y hacedles que se doblen baxo el peso de vuestra autoridad. Yo bien sé que una conducta severa los abate y desalienta, y que no debe usarse quando son dóciles; mas quando son incorregibles, os diré con el Crisóstomo, que es mejor contenerlos por temor, que abandonarlos al vicio; abatirles el ánimo, que dexarlos corromperse; formar esclavos tímidos, que hijos libertinos y desenfrenados.

Asi lo dicta el amor ilustrado; y esto mismo, dice un sabio, sirve de disposicion para la educacion cristiana, que es la mas interesante.

Oigamos á Salomon referir la educacion que le daba su padre para formarle en la virtud. Yo, dice, yo que al presente soy rey de Israel, fui infante, tiernamente amado de una madre, de la cual era único. Mi padre, soberano de tan grande imperio, miraba como uno de sus principales deberes instruirme por sí mismo. Oyeme, hijo, me repetia sin cesar, toda tu felicidad pende de tu docilidad en seguir mis lecciones. ¿Y qué enseñaba David con tanto cuidado á su hijo, á quien destinaba su cetro y su corona? ¿Por ventura los secretos de la humana política? ¿El arte de llenar su erario? ¿El de hacerse respetar de sus pueblos, ó el de dominar á sus enemigos? ¡Ah! cosa mas importante exige la solicitud y la atencion de David. Hijo mió, le

dice, posee la sabiduria: *posside sapientiam, fili mi.*

¡Qué leccion tan desconocida en las educaciones de nuestros dias! Permittedme, señores, que os pregunte: ¿qué tiempo habeis empleado en la educacion de vuestros hijos, para instruirlos en la religion? Un cierto número de horas destinais cuando mas para todo género de exercicios. Hay maestros de toda especie, de danza, de música, de lengua &c. ¿Y los maestros del cristianismo y de costumbres dónde estan? Se trata, oigo responder, de la educacion de un jóven culto, ilustrado y apto para los empleos brillantes del gran mundo. ¡Ah, padres y maestros infelices, qué estrecha cuenta os espera en el terrible dia de la ira! ¿En qué pensarán en lo sucesivo estos hijos, que solo os han visto ocupados en solicitarles diversiones y entretenimientos frívolos? ¿Cómo se acostumbrarán á entablar y meditar el importante ne-

gocio de su salvacion los que en su educacion han visto que esto ha sido mirado como en último lugar, por menos interesante? ¡Gemid, religion santa, al ver este olvido de Dios!

Su origen dimanara de la distraccion en la pequeña edad. Y si no decidme: ¿de dónde vino la infelicidad de los Cainitas? ¿No dice la historia que provino de haber nacido de un padre corrompido, que puso todo su estudio en formar un sólido establecimiento sobre la tierra, sin enseñar otra cosa á sus hijos que el arte de engrandecerse y pasar cómodamente la vida? Los que han tenido igual educacion ¿cómo se acordarán que son cristianos? ¿Cómo tendrán presente la profesion que hicieron en el sacro Bautismo? Habladles de penitencia, de virtud, de mortificacion, de pobreza de espíritu y demas obras de moralidad, y juzgarán oír fábulas. ¿Qué mas? Si alguna vez reciben lecciones

sérias de sus padres, estas tienen por objeto el honor, la gloria de sus antepasados, los blasones de su casa; pero de los fundamentos de la religion, de la gloria eterna, alto silencio. Las poesías mas libres, las fábulas mas licenciosas ocupan su lugar; y hé aqui el arte de acreditarse hábiles y cultos en la sociedad á expensas del pudor.

¡Tiernos infantes! Jamas perdais de vista la sentencia del Sabio. Hijos míos, os dice, si los pecadores quisieren alimentaros con su veneno, resistid su inicua solicitud. No mireis como á padres ni maestros á los que pretendan separaros de la verdadera religion. No imiteis, os ruego, á los que no contentos con su eterna ruina, quisieran como Luzbél envolver en ella á los demas. No olvideis que Dios es vuestro Padre celestial, y que le perteneceis con preferencia á vuestros padres naturales. Acordaos de vuestra adopcion de hijos del Señor,

y de que sois hermanos y coherederos con Jesucristo. Reconoced esta dignidad altísima, en la cual consiste vuestro verdadero honor. El amor que debeis á vuestros padres no puede ponerse en balanza, ni compararse con el que debeis á vuestro Salvador. ¿Quién os ama tanto, ni es tan digno de amor como vuestro Padre celestial? ¿Se han sacrificado ellos y muerto por vosotros? ¿Son capaces de daros un reino inmortal? ¿Podrán libraros de las fauces de sataná? Vuestro amor sumiso, vuestra obediencia á los padres y maestros debe desaparecer en el instante mismo en que pretendan separaros de las sendas de la justificación.

Y vosotros, padres y maestros, amad á vuestros hijos y discípulos en Dios, por Dios y para Dios. Los grandes establecimientos, las ricas herencias, las fortunas brillantes, que con tan vivas ansias sollicitais, reflexad que no pasan del sepulcro. Pro-

curad, os ruego, dexarles por herencia el verdadero tesoro que Abraham destinaba á Isaac desde la cuna; esto es, la proteccion del Señor; el que Isaac daba á Jacob en las misericordias de Dios; el que Jacob dexó á sus hijos en las bendiciones del cielo; finalmente el que Tobías solicitó para su hijo, encargándole mirase como su único bien una virtud pura, una ardiente caridad, este rico tesoro, que ni la vicisitud de los tiempos, ni la esterilidad de los años, ni el ladron, ni la polilla fuesen capaces de privarle de su entera posesion.

Corregid pues todas vuestras ideas inversas de educacion, padres y maestros. Yo alabo vuestro zelo por criar hijos y discípulos ilustres; pero cuidado ante todas cosas que lo sean en la religion y en las costumbres. Todo depende al principio de que os hagais respetar; sin esto toda educacion será infeliz. Mas para conciliaros este respeto, respetad en cierto

modo vosotros lo que serán algun dia, y lo que muchos de ellos son actualmente delante de Dios. Hacedos amables á ellos, y amadlos tiernamente con un amor prudente é ilustrado, que los contenga en obediencia y submission; y sobre todo, con un amor cristiano, que imprima en su corazon los fundamentos y deberes de la religion. Felices los padres y maestros que asi obraren. Ellos desempeñarán su obligacion, verán brillar con esplendor á sus alumnos en la sociedad como miembros útiles á la religion y al estado, y gloriándose en ellos con el Eclesiástico, recibirán en recompensa las bendiciones del cielo. Amen.

DIXE.



DISCURSO MORAL

SOBRE EL TIEMPO COMPARADO
CON LA ETERNIDAD.

Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientiâ, et gratia Dei erat in illo. Luc. 2. 40.

El infante crecía y se fortificaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

SEÑORES:

Así habla el evangelista S. Lucas del Unigénito de Dios hecho Hombre. ¿Y podrá decirse de nosotros que crecemos en sabiduría, á proporcion que

avanzamos en la edad? Aun de Jesucristo, que es la sabiduría por esencia, ¿cómo puede afirmarse? ¿La divinidad, por ventura, puede recibir aumentos? Desde el primer instante de su existencia humana ¿no residía en él, según S. Pablo, la plenitud de la divinidad? ¿Cómo podía crecer? ¿Cómo aumentarse? A esta gravísima dificultad responden los santos doctores, que la gracia de Dios, que estaba en Jesucristo como en su fuente, se manifestaba poco á poco, y la sabiduría, de quien él mismo era el tesoro, no aparecía á los ojos humanos sino por grados y como con medida, á proporcion de su edad. Como nació para exemplar y modelo nuestro, quiso de ordinario serlo en todas las edades; y á este fin suspendió al principio en cierto modo las operaciones misteriosas é inefables de su divinidad. Como su cuerpo no crecía sino con los años, parecía que su alma se perfeccionaba en sus opera-

ciones á proporción del cuerpo. ¡Bella lección de progresos sucesivos, que deberíamos adoptar diariamente nosotros en orden á la virtud!

Pero la lástima es, que á proporción que nuestros años se aumentan, acumulamos con ellos nuevos crímenes. Al paso que se fortifican nuestros miembros, nuestros hábitos viciosos se radican; y mientras mas se descubren los conocimientos de nuestra mente y los sentimientos de nuestro corazón, mas imperio sobre todo toman las pasiones. "Así pasa el tiempo, dice un sabio, y nosotros con él, y así llegamos al término fatal de nuestra vida, sin haber meditado seriamente el fin para que nos fue concedida. Parece no creemos una eternidad, en la cual debemos entrar después de esta vida; ni que el uso que de esta vida hiciéremos debe decidir de nuestra suerte eterna. ¡Qué aturdimiento! ¡qué estolidéz perder de vista tan importantes verdades!"

No será pues fuera de propósito procurarlas fixar profundamente en vuestro espíritu y en vuestro corazón. Una eternidad, un instante; ¡qué infinita distancia! Yo no separaré estas dos ideas. Ellas son bien propias á despertar nuestra atención. Aprendamos pues por la eternidad lo que es el tiempo. Es de fe que hay una eternidad: luego respecto de ella todas las cosas temporales son nada: primera parte. El tiempo es el precio de la eternidad: luego nada hay mas precioso que ella: segunda parte. Imploremos las luces del Espíritu Santo &c.

Puer autem crescebat &c.

Entre las cosas criadas, nada hay de una parte mayor que el hombre; pero de otra nada hay mas despreciable. ¡Extraño contraste de grandeza y de

Tom. XV. I

miseria ! Siendo aun menos que la nada , dice el salmista , lleva no obstante sus deseos hasta lo infinito ; mas débil que una paja que arrebatada el viento , se eleva por una especie de sentimiento interior á los mas sublimes proyectos. ¿ Qué significa esta aparente contradiccion ? ¿ Por ventura al formar el hombre , le daría el Criador esta sed insaciable de felicidad , ligando en él tanta debilidad con pensamientos tan sublimes , para inducirlo á una funesta desesperacion ? Lejos de aqui esta idea , verdaderamente blasfema , y solo á propósito para representarnos como tirano al mejor de los padres. ¿ Pues porqué un Dios que nos ama , y que quiere busquemos nuestra eterna felicidad , nos rodea de todas partes con miserias , y como acometidos de la muerte ? Hé aqui la prueba mas sensible de la verdad que os he propuesto. ¿ No es esto ponernos á la vista , que despues de esta hay una vida eterna , la cual

en cierto modo debe inspirarnos el desprecio de la presente ?

Notad , os ruego , como se sostienen mutuamente las verdades de nuestra augusta religion. Atormentado el hombre por un deseo impetuoso de ser feliz , se agita en vano por hallar esta felicidad , por la cual incessantemente suspira. Si la busca dentro de sí mismo , su propio interior , dice S. Agustin , lo desalienta y lo rechaza ; si en lo exterior , todos los objetos lo resisten y lo privan de esperanza. De aqui saco con este santo doctor las siguientes consecuencias : luego lo que puede hacernos felices no existe sobre la tierra : luego la tierra en orden á nosotros solo es un lugar de prueba : luego hay una vida eterna , cuya consideracion debe elevarnos sobre todas las cosas terrenas. Hé aqui en sumario la exposicion de la primera parte , en que os dixé : hay una eternidad ; luego respecto de nosotros todas las cosas tem-

porales son nada. Reflexemos brevemente sobre algunas de estas ilaciones.

¿Quién de vosotros negará que desea ser feliz? Estos gritos al nacer, estas lágrimas, esta debilidad de la infancia, esta audáz indocilidad y presunción, estos deseos extravagantes de una adolescencia intratable; los contratiempos, peligros y desgracias en la edad viril; esta caduquéz y retorno á la edad de los niños, herencia infeliz de una vejez incómoda y lastimosa; ¿son estas cosas por ventura, dice un sabio orador, la felicidad que vuestro corazón desea? ¿Podrá causárosela la viveza de vuestro entendimiento? ¡Ah! entrad á formar idea exácta de la menor criatura que os rodea, y solo encontraréis una nube opaca, llena de obscuridades é incertidumbres. Desenvolved, si os parece, la naturaleza, y quedaréis de ordinario convencidos, que vuestros descubrimientos, si no son

antiguos errores del espíritu humano, son mas propios á instruiros en la vanidad que en los efectos y propiedades de la naturaleza. No olvidéis que Salomón, el mas sabio de los mortales, despues de haber disputado de todas las cosas desde el cedro que produce el monte Líbano, hasta el hisopo que nace en las paredes, en todo halló vanidad y aflicción de espíritu.

Si del entendimiento haceis tránsito al corazón, hallaréis igual desengaño. Estas pasiones fogosas, inagotable origen de enojos, de tristeza, de inquietudes; estas inclinaciones violentas, que nos separan con frecuencia del camino de la virtud y nos conducen al de la perdición; los asaltos de la concupiscencia, y las ridículas extravagancias de una imaginación imperiosa, que de ordinario cautiva el corazón, la razón y los sentidos, ¿es este el lleno de vuestra felicidad? ¿Llenan vuestros gustos y placeres el

alma? ¿corresponden ellos al deseo que teneis de ser felices? Es verdad que, á imitacion de nuestros primeros padres, conocemos nuestra excelencia. El hombre fue formado para conocer y poseerlo todo; mas quiere conseguirlo antes de tiempo, y gozar de lo que es recompensa en el lugar de la prueba. En efecto nuestros primeros padres, impacientes por ser felices, estendieron su mano al árbol prohibido, comieron de su fruta, y solo consiguieron que se abriesen sus ojos para conocer su desnudez y su miseria: *aperti sunt oculi eorum*. Á este modo pues cuando corremos en pos de un fantasma de riquezas, de placeres, de honores; al tocarlo, su goce mismo extingue el deleite y pasa á manera de un sueño que ha embriagado los sentidos: *dormierunt somnum suum*: al despertar abren sus ojos, y nada hallan entre sus manos: *nil inveniunt*. ¿Es esta la felicidad á que aspira vuestro corazon?

¿Qué mas? Todo en esta vida es caduco, todo perecedero. El aire que respirais, los alimentos que os sostienen, las estaciones que se suceden, todo os anuncia vuestra disolucion. ¡Estrechas amistades, nuevos y ventajosos enlaces, honores y riquezas, jamas podreis vosotras detener nuestra rápida carrera al sepulcro! Solo podreis, señores, decir con Jonatás: *no he gustado mas que una gota de miel, y ya muero*. El tiempo es un torbellino que arrebatá al hombre, inexorable á sus quejas y suspiros, sin dexarle otro consuelo al arrancarlo de sus placeres, que decir con el infeliz Antioco: *hé aqui muero: ecce morior*.

Vosotros, ímpios, dice un sabio apologista, pretendéis tambien ser felices. Oigo vuestros gritos confusos, y en medio de una loca embriaguez, una junta disoluta de bacanales y bacantes que clama: *entreguemos hoy nuestro corazon á una alegria sin lí-*

mitas; coronémonos de rosas antes que se marchiten; preparemos placeres, que la muerte se acerca, y dentro de poco no existiremos. ¡Qué contradicción, qué estupidez, querer ser felices sin temer la pérdida de la verdadera felicidad! ¡Ah, la espada está suspendida sobre vuestra cabeza, y solo pende de un hilo; vosotros la veis, y va á caer en medio del festín! ¿Queréis persuadirnos á que podeis gozar tranquilos estas delicias? Cotejad con vuestro sistema, os ruego, alguno de los atributos de la divinidad. ¿Qué, un Dios bueno me habrá criado para hacerme infeliz? ¿Un Dios sabio me habrá infundido esta violenta pasión de ser feliz para aumentar mi suplicio? ¿Un Dios santo me habrá señalado por objeto final unos placeres, que por la mayor parte no puedo gozar sin quebrantar sus mas sagrados derechos?

¡Ah, señores! Solo el dogma de una otra vida puede dar solución á

estos enigmas. La certeza de una vida eterna debe inspirarnos el menosprecio de todo lo temporal; porque en comparacion de la eternidad ¿qué es la vida del hombre, sus bienes, sus honores, el mundo todo? Yo os permito deseis la envidiable vida de los patriarcas por su larga duracion, y que el Señor os conceda excederlos en años. Pero estos siglos al fin pasaron. ¿Dónde estan ahora nuestros padres, que vieron pasar sobre sí la revolucion de tantos siglos? ¡O sombra de nuestra vida, ligero sueño, yerbas fértiles, qué poco subsistís en nuestros campos! Criaturas por la parte mas noble inmortales ¿merece vuestra atención esta flor, que se abre por la mañana, y á la tarde se cierra y desvanece? ¿Cómo poneis pues todo el conato en conservar esta porción fugitiva de vuestro ser? Esta vida será otra cosa que la duracion de vuestro cuerpo? Cuando ésta termine, ¿no se levantará sobre los des-

pojos de una tan vil materia vuestra alma? Ella verá alterarse su cuerpo, corromperse y tomar diferentes formas; pero siempre incorruptible, inmortal, superior á toda vicisitud, sin mudar de propiedad ni de naturaleza. Conocer y amar es su vida; y para perderla es necesario pierda los objetos de su conocimiento y de su amor. Sus objetos son el Dios eterno é inmutable, y los demas espíritus inmortales como ella. ¿Qué la importa lo que vendrá á ser su cuerpo, si ella ha de vivir para siempre? ¿A qué fin pues cuidar con tanto esmero, adornar é idolatrar á este cuerpo corruptible, mirando con indiferencia al alma, que es inmortal? ¿qué inconsecuencia, que insensatez, qué delirio! ¿Qué os parece este gran teatro del mundo, este brillante coloso con todas sus decoraciones, honores, delicias y riquezas? Respecto de la inmortalidad es nada; menos que un ardite respec-

to de millones de oro; menos que una choza respecto de un vasto palacio; que una gota de agua respecto del oceano; para decirlo de una vez, comparad la distancia que hay entre lo finito y lo infinito, y esta es la que se halla entre la vida presente y la eterna. Mas por despreciable, por vil que sea el tiempo, él es el precio de la eternidad: segunda parte del discurso. Seguidme atentos.

II. ¡O tiempo! ¿qué podré yo decir de la velocidad y rapidéz de tu carrera? Tú vuelas, tú acabas sin que yo lo perciba. Cuando aqui hablo, solo siento que has pasado. ¿Pero qué digo? Si por mas velóz que el tiempo corra, no se nos da sino por partes. ¿Qué se ha hecho, os ruego, del pasado? El futuro aún no existe, ni sabemos si tiene relacion á nosotros. ¿Es el presente del que quereis gozar? ¡Ah! el momento en que os acabo de hablar ya no

existe. De ordinario nos quejamos de su brevedad; y nuestro lamento en esta parte solo sirve de perderlo. Si conocemos pues que es corto, ¿porqué no tratamos de aprovecharlo? pues al fin por despreciable que parezca en sí mismo, él es precio de la eternidad; es decir, nos es dado para que, mediante la gracia de Jesucristo, merezcamos una feliz eternidad.

Prescindamos pues de ratiocinios filosóficos, y oigamos la palabra de Dios, que es la única que puede ilustrar esta importante materia. Según ella nuestras almas son espíritus substancialmente distintos de la materia: substancias superiores á todo ser material; por consiguiente sus objetos deben ser de una naturaleza distinta del todo de las substancias sensibles que nos rodean: substancias, para decirlo de una vez, cuya vida es conocer y amar. De aquí se sigue que pueden obrar y vivir mientras subsistan sus objetos. Si estos son in-

mortales, como reflexiona un sabio, vivirán eternamente. Pero aun cuando estos ratiocinios sean concluyentes, como Dios que las crió puede aniquilarlas, todo al fin depende de su voluntad en orden á su estado despues de separarse del cuerpo. ¿Y qué ha dicho el Señor? ¿qué nos ha revelado acerca de ellas? ¡Ah! fixad aqui toda vuestra atencion.

Todo el sistema de la religion conspira á demostrar lo que dexo insinuado. Sin la verdad de una vida eterna en vano naceria Jesucristo, en vano padeceria, en vano moriria, en vano resucitaria. Sin ella ¿á qué fin las promesas y amenazas? Sin ella nuestros libros santos, que nos hablan de la creacion, de la caida y degradacion del primer hombre, de nuestro pecado original &c.; todo se miraria como una quimera, como un tejido de fábulas. La fe de los patriarcas seria una lamentable ilusion, la constancia de los mártires una ce-

guedad, un fanatismo. Consultemos pues los libros santos, que ellos nos informarán de lo que debe suceder al alma al separarse de su cuerpo y entrar en la eternidad.

Acabada esta vida entraremos todos en una vida nueva. Esta sola idea tranquilizaba al Rey profeta al ver la felicidad temporal de los impíos y la opresion de los justos. La misma reflexion hacia el Eclesiástico. Segun ellos, el justo juicio de Dios despues de la muerte lo restablecerá todo en orden para la nueva vida que debe entonces comenzar. Cuando Jesucristo nos exhorta á no temer á los que en odio suyo quieran privarnos la vida del cuerpo, porque al alma no pueden, ¿no es alentarnos con la esperanza de una nueva vida que debe empezar despues de esta?

Esta nueva vida ó será de alegría, de dulzura y delicias, ó de suplicio y de dolores. No hay estado medio segun las escrituras. El purgatorio es

un lugar de paso; pero en las mansiones de la eternidad todo es fijo, todo inmutable: de una parte mansion de tinieblas y de horror sempiterno, habitacion de los ángeles rebeldes, donde el fuego encendido por la ira de Dios, jamas se extinguirá: de otra un tabernáculo, cuya riqueza es superior á los tesoros del universo, de donde la muerte, el dolor y toda incomodidad será desterrada, donde no habrá vicisitud alguna. Pero no debe perderse de vista que á cualquiera parte que el árbol caiga ha de permanecer eternamente; ni debe jamas olvidarse que el estado de cada uno se fixará conforme á sus obras. En esta vida nueva todo es recompensado. El impio lo será de su iniquidad, dice el Eclesiástico. El imperio eterno, la diadema de gloria y de honor será el premio de la virtud; porque la corona que Dios dará á sus escogidos será de justicia, segun S. Pablo.

¿ Y qué concluye de aquí el Apóstol? que nos apresuremos á seguir el camino recto de la justicia para obtener el premio y la corona; que no nos paremos á gozar las delicias de esta vida si queremos conseguir las eternas; que aprovechemos el tiempo, siguiendo el esplendor de la luz que nos ilumina; porque si la muerte nos sorprende en las tinieblas y en la noche eterna, ya no hay tiempo ni bien alguno que esperar; cesó el tiempo de merecer, y todo es ya perdido. Allí será el clamor y el rechino de dientes, dice Jesucristo: aquí la desesperacion del pecador: luego erré, dirá, luego erré el camino de la verdad; caed montes sobre mí. En aquel momento, como un baxél que sulca los mares, sin dexar señal de su carrera sobre las aguas, ó á manera de un ave que gira por los aires, sin manifestar la senda de su vuelo, pasa y desaparece el tiempo, sin dexar vestigio alguno de su

existencia. Todo el honor, el poder, las riquezas y delicias de esta vida, han venido á ser como una ligera espuma del agua, que el aire ha dispersado. ¡Pecadores, exclama un sabio, vuestras obras serán examinadas y pesadas en la balanza de la divina justicia: vosotros habeis desaparecido de sobre la tierra; pero vais á entrar en la eternidad! En atencion pues á que despues de la muerte no hay obras meritorias, apresuraos á hacerlas en tiempo, que aunque este es breve, puede bastaros para entrar en una feliz eternidad.

Como no fuimos únicamente criados para manejar y adelantar los negocios del mundo, las mas veces nos falta el tiempo para llevarlos á su perfeccion y complemento. La carrera de las letras, la de los honores de la milicia, la política, la diplomática, los cálculos y especulaciones del comercio, la instruccion en las leyes del estado y del gobierno pi-

den mucha aplicacion, muchas meditaciones, mucho estudio, y á veces falta el tiempo preciso para tan larga carrera y tan vastos proyectos. Pero habiendo sido hechos para merecer la eternidad, para cuyo efecto se nos ha dado el tiempo de esta vida, por corto que nos parezca, para el fin basta. Como para merecer la eternidad feliz no es menester grandes filósofos ni teólogos, la cosa es fácil con la gracia de Dios: basta creer y obrar. No son necesarios largos y elocuentes raciocinios, ni profundas especulaciones, para dexar las sendas de la iniquidad, y entrar por las de la salud. Un corazon contrito y humillado halla en breve el secreto de corregir sus yerros, de llorar sus pecados con espíritu de penitencia; de reconciliarse con Dios; de adherirse al Señor, y de observar su ley santa; para lo cual bastó un momento á David, y muy pocos á Pedro, á Paulo y á la Magdalena. Un solo momen-

to pues puede bastar para merecer la vida eterna, y un solo instante es suficiente para perderla, y ser aplicados á un eterno suplicio.

Yo bien sé; falsos filósofos! que vuestra razon se escandaliza al oír esta asercion, que teneis por paradoxa. Decís que no podeis comprehender sea Dios exáctor tan severo que castigue con un suplicio eterno una accion momentánea. ¿Qué proporcion tiene, añadís, un pecado que dura un instante, con una eternidad de suplicios? Aplicaos, os ruego, á oír la solucion de vuestro frivolo argumento. En primer lugar hállase esta proporcion en la aceptacion libre que vosotros haceis. Una pena es siempre proporcionada al crimen, cuando el reo se somete á ella. Nosotros en efecto, como legados de Jesucristo, os amenazamos diariamente con ella por la infraccion grave de cualquiera de los preceptos de Dios ó de su Iglesia. Cuidamos no ignoreis las acciones que

os pueden hacer reos de esta pena ante el tribunal de Dios. Nuestras instrucciones y amenazas no producen de ordinario fruto alguno. Vosotros correis libres á la ocasion, al libertinage, al precipicio. Luego os sometéis voluntarios á la pena.

En segundo lugar, esta pena es necesaria; porque todo castigo es justo y necesario cuando tiene por objeto la obediencia á la ley de Dios, justo por esencia. Y bien, ¿qué haríamos si las penas del infierno no fueran eternas? ¿Basta por ventura la misma eternidad de ellas para poner á cubierto de insultos la ley del Señor? ¿Hasta el presente ha sido la idea de esta eternidad capaz de penetrar vuestros corazones de un verdadero temor? ¡Ah! ¿qué sería si no creyeseamos eternas estas penas? ¿qué catástrofe universal? ¿qué inversion de ideas no produciría en la sociedad este pensamiento? Formad juicio de esta verdad por lo que aca-

ba de experimentar nuestra patria, y aun la Europa toda, de resultas del delirio de los falsos filósofos, que afectan no creer la eternidad de las penas. ¿Qué derecho sagrado, civil, político y de gentes no han violado? Es pues justa y necesaria la eternidad de las penas, á que Dios destina á los impíos, para que á lo menos sirvan de freno á los contraventores de sus leyes.

La tercera proporcion de la pena al crimen se demuestra por la que el castigo tiene con la recompensa. El exceso de la misericordia refuta las objeciones que se hacen sobre el rigor de la justicia. Eternidad de penas al que mortalmente peca contra la ley. ¿No es esto, dice un apolo-gista de la religion, no es esto, hermanos errantes, lo que os escandaliza? Eternidad de recompensa de honor y de gloria al que en un instante se arrepiente y se convierte á Dios, cooperando á su gracia, como el buen

Ladron. Hé aqui confundida vuestra incredulidad. Además, el pecado grave que de pensamiento, palabra ú obra cometeis contra Dios, encierra en sí, ó se reviste de una infinita malicia, por ser ofensa de un Dios, cuyo sér es infinito y eterno. ¿Por qué, os ruego, no corresponderá á la ofensa una pena eterna ó sin fin? ¿No corresponde una corona eterna de justicia al buen empleo del tiempo y observancia de la ley de Dios, segun las divinas escrituras? ¿Dónde está aqui la improporcion?

Ruegoos pues, señores, que aprovecheis el tiempo, sin perder jamas de vista la eternidad. Mientras veis la luz seguidla, antes que os comprehendan las tinieblas. Este es vuestro tiempo aceptable y el dia de vuestra salud. Hora es ya que despertéis del profundo letargo que os aturde: huid en tiempo de la ira futura, antes que la trompeta del juicio os despierte para encaminaros á un abismo inter-

minable de penas. Si el tiempo es breve, como os he demostrado y la experiencia lo acredita; si es fugáz, si es nada respecto de la eternidad, concluid con el Apóstol, que los bienes de esta vida ni los placeres del mundo deben ocupar vuestro corazon. Si el mundo pasa en figura, como un ligero sueño, ó como el vuelo rápido de un ave, detestad sus pompas y vanidades, de las cuales hicisteis solemne renuncia en el sacro Bautismo. Si todo lo que en el mundo hay no es capaz de llenar vuestro ardiente deseo de ser felices, buscad la fuente de la verdadera felicidad, que es Dios, para quien fuisteis criados, y el único que puede saciar completamente vuestro apetito, apareciendo en su gloria. Si respecto de la eternidad el tiempo es nada, meditat que es el precio de ella misma, y que mientras nos dura, es el único momento de obrar nuestra salud. Si pasa al fin como sombra, apresuraos á buscar la

realidad. Dios os llama en esta hora, y os espera con los brazos abiertos para daros la paz y vestiros como á hijos pródigos con la estola de su divina gracia. El Señor nos la conceda á todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.
DIXE.

~~~~~

## SERMON PANEGÍRICO

DE NUESTRO PADRE

S. FRANCISCO DE ASIS.

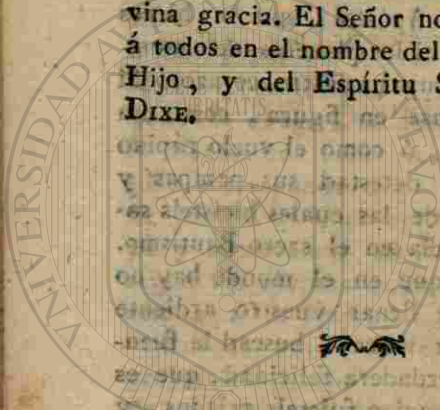
*Vidi angelum habentem signum Dei vivi.* Apocal. 2. 2.

SEÑORES:

Entre la multitud de ángeles que rodean el trono del Altísimo, vió San Juan uno en su Apocalipsi, que se distinguía entre los demás por su maravillosa semejanza con Dios vivo. Su gloria no oscurece la de otros bienaventurados. Pero este signo misterioso que tenía grabado es un privilegio que lo caracteriza y lo distin-



realidad. Dios os llama en esta hora, y os espera con los brazos abiertos para daros la paz y vestiros como á hijos pródigos con la estola de su divina gracia. El Señor nos la conceda á todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



Faint, illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.



# SERMON PANEGÍRICO

DE NUESTRO PADRE

S. FRANCISCO DE ASIS.

*Vidi angelum habentem signum Dei vivi.* Apocal. 2. 2.

SEÑORES:

Entre la multitud de ángeles que rodean el trono del Altísimo, vió San Juan uno en su Apocalipsi, que se distinguía entre los demas por su maravillosa semejanza con Dios vivo. Su gloria no obscurece la de otros bienaventurados. Pero este signo misterioso que tenia grabado es un privilegio que lo caracteriza y lo distin-



gue; es un astro, que por su esplendor más luminoso difiere de los otros. El amado discípulo percibe, según los intérpretes, que lleva el signo de la cruz para grabarlo sobre la frente de todos los electos. Esta gran vision, señores, que S. Juan percibió en el cielo, la hemos visto también en cierto modo repetida sobre la tierra; es decir, un hombre mortal, sobre cuya carne inocente se dignó Jesucristo grabar sus signos de Salvador.

Por solo este privilegio bien podeis conocer hablo de mi seráfico padre S. Francisco de Asis, uno de los mayores héroes de la religion, hombre extraordinario, suscitado por Dios, animado de su espíritu, y dotado de su fortaleza; un perfecto discípulo del evangelio, que hizo consistir su opulencia en la pobreza, su gloria en la humillacion, su consuelo en los sufrimientos; un hombre prodigioso, que obscureció por su sabiduria la gloria y arrogancia de los filósofos;

comparable por su zelo á los apóstoles, por su constancia á los mártires, por sus milagros á los Tautomurgos; á los Paulos y Arsenios por su austera penitencia; un hombre en fin singular, viva imagen del Crucificado sobre la tierra. Privilegio admirable, concedido únicamente á Francisco, este llagado serafin, que ha sido y será siempre la admiracion de los siglos, y la confusion de los sabios y prudentes según la carne. Estos hombres vanos é inconsecuentes, que alaban en Crates y en Zenon el desprecio de las riquezas, lo vituperan en Francisco y sus discípulos, que hacen profesion de la pobreza. ¡Insensatos! ¿Porqué no admirais los gloriosos sucesos de los discípulos formados en la escuela de Jesucristo? ¡Ah! Estos sucesos que justifican el evangelio, condenan al mismo tiempo vuestras morosas y mordaces censuras.

En efecto, por mas que refineis



150 SERMONES VARIOS,  
vuestra crítica, ¿cómo podreis ocultar que este frondoso árbol de la religión de S. Francisco, á pesar de su pobreza y desnudez, ha extendido sus ramas hasta las extremidades de la tierra, como las mas bien dotadas religiones? ¿Cómo podreis negar, que saliendo Francisco de Italia para huir del aplauso de los pueblos, le sigue este honor y veneracion hasta en el imperio y corte de Mahomet, donde al paso que otros son perseguidos, es él admirado? ¿Cómo podreis oscurecer el mérito y la gloria de Francisco, inmolado á la penitencia, abrasado por el fuego de la caridad, y crucificado por el cielo mismo? ¿Quién osará pues contradecir el prodigioso establecimiento de su orden y la austeridad de su vida? En aquel pues debemos admirar los rápidos sucesos y gloriosas conquistas del evangelio, y en estas sus santos rigores. En dos palabras: Jesucristo, retratado en Francisco, nos descubre la sabidu-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 151  
ria de su evangelio, primera reflexion. Jesucristo, retratado en Francisco, nos manifiesta la austeridad de su evangelio, segunda reflexion. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla con el ángel del Señor. *Ave María.*

*Vidi angelum &c.*

Si reflexamos brevemente sobre las máximas de la santa escritura, descubriremos con facilidad la causa que los mundanos tienen para admirar la santidad de un hombre de Dios, inspirado y conducido por su divina sabiduría. Sus vias son del todo contrarias á las que siguen los prudentes segun la carne para obtener honores y riquezas. ¿Qué mucho pues admiren á un hombre extraordinario, que se eleva á tanta gloria por sendas

tan opuestas á las suyas? Como la sabiduría eterna para cumplimiento de sus designios abunda de tantos recursos, que los sabios del siglo desconocen, no es de extrañar que deseando ellos justificar sus culpables sollicitudes, sus proyectos de ambicion y la vanidad de su política, admiren á un varon singular, sublimado por el Señor al mas alto grado de honor y gloria por medio de la pobreza voluntaria, de la humillacion y sufrimientos. Por la ignorancia de estas máximas del evangelio miraron los gentiles con desprecio á los apóstoles y discípulos del Señor, mirándolos y tratándolos como á fanáticos, ilusos y visionarios. La obscuridad de su nacimiento, su pobreza, su desnudez, sus ocupaciones rústicas, comparadas con las de la academia y el liceo, en que se exercitaban sus héroes, los vastos conocimientos de su política, todo conspiraba en su imaginacion á mirarlos como ineptos para

la grande empresa de la conquista del mundo. El hombre, decian, para la execucion de sus proyectos necesita riquezas, fuerza, gran política y sublimidad de ingenio. Asi piensan los prudentes segun la carne.

Mas cuando Dios se ha propuesto formar grandes establecimientos, le ha bastado su omnipotente voluntad. Su política, para manifestar que es obra suya, ha tomado sendas encontradas á las del siglo. Ha elegido á los débiles para confundir á los fuertes. Para echar por tierra al soberbio Goliath, terror y oprobrio de Israel, elige al jóven pastor David, sin mas armas que su honda y cinco piedras; para cortar la cabeza á Holofernes y triunfar de los asirios, elige el brazo débil de Judith, y para postrar el paganismo elige doce hombres sin letras, sin armas y sin recursos humanos. Ellos en efecto establecieron rápidamente la religion de Jesucristo sobre las ruinas de la idolatría, y



el agosto signo de nuestra redención se admiró exáltado en breve sobre la cabeza de los mas poderosos monarcas ; porque el Señor tiene revelado , que para la execucion de sus obras confundirá la sabiduria de los sabios , y reprobará la prudencia de los prudentes.

Baxo este mismo plan , como se explica un célebre orador ; baxo esta norma , tomada del evangelio , aparece establecida la órden de S. Francisco. Su fundamento es la pobreza de Jesucristo ; sobre ésta asciende al mas alto grado de gloria , por la humillacion de Jesucristo , y triunfa de todos los obstáculos por el poder de Jesucristo. Reflexemos.

Nada mas despreciable en el concepto de los falsos sabios del siglo que la pobreza evangélica. Bien lejos de mirarla como uno de los fundamentos sólidos de la grandeza de la doctrina de Jesucristo , la tienen en el mas alto desprecio ; y la misma

fortuna corren la virtud , los talentos y la nobleza , que se ocultan baxo sus libreas. La pobreza hace despreciable de ordinario el mérito mas brillante, al paso que la opulencia colma de alabanzas al mas corto. De aqui este incienso de adulacion ofrecido á los ricos, y esta multitud de sabios indigentes mirados con desprecio. De aqui los oráculos de estos falsos políticos, que pretenden ser tenidos por las firmes columnas del estado ; que miran como fondos propios de la república los recursos de la divina Providencia para sus altos designios ; y que despues de haber censurado las órdenes dotadas , satirizan con mordacidad á las que nada poseen , y que solo tienen la pobreza voluntaria por único patrimonio.

Para imponer silencio y refutar las falsas máximas de estos enemigos de la religion , basta presentarles el cuadro de la órden de Francisco. Él por sí manifiesta que la sabiduria misma

que trazó á los apóstoles el plan para la estension del cristianismo, inspiró á nuestro padre la pobreza voluntaria, que ha sido en todos tiempos el precioso ornamento de su orden. ¿Y de dónde sino del evangelio sacó Francisco este gran principio de la perfeccion cristiana? Oid, políticos presuntuosos. Jesucristo dixo á sus apóstoles, *no poseais oro ni plata*: lo mismo dice Francisco á sus hijos; y sobre este fundamento de la pobreza voluntaria se estiende maravillosamente su orden en casi todos los reinos, imperios y provincias de la tierra habitada, á imitacion en cierto modo de la religion cristiana. Como su establecimiento, por mas que deliren los falsos políticos, era obra de Dios, se dignó el Señor prepararla y sostenerla sobre bases sólidas para dar á Italia, y aun al mundo entero, un nuevo apóstol.

Apenas oye éste la voz de Dios, que le indica la senda de perfeccion

que debe seguir, obedece con la prontitud y fidelidad de los Samueles, de los Saulos, y de otro Leví, sin que la opulencia de su casa ni su juventud le impidiesen abandonarlo todo, hasta renunciar de su misma ropa y de su padre por abrazar la pobreza evangélica; y hé aqui los primeros troféos que la erige. Desde este momento pone Francisco en vos, ¡ó Padre celestial! toda su confianza, y triunfa con vuestro auxilio bien presto de todos los obstáculos que se oponian al establecimiento de su orden. La sabiduria carnal, la politica humana y la heregia se le oponen desde luego como irreconciliables enemigos. Mas en vano los falsos sabios desaprueban su proyecto; en vano anuncian los políticos y prudentes del siglo que esta orden será una carga perjudicial é insoportable á la república; en vano los hereges proclaman por ridículo semejante establecimiento. Pero por mas que todos se re-



belen contra Francisco, bien presto manifestará el Señor que es obra suya la que impugnan, y los hará humillarse en su presencia. Así triunfa la perfeccion del evangelio de la prudencia del siglo.

Para formar justa idea del prodigio de este establecimiento, arrojad por un momento la vista sobre la faz del universo en aquel tiempo, únicamente comparable á la que presenta en el nuestro. El respeto humano, este fantasma de la sabiduria y política del siglo, como se explica un sabio, solo producía desertores de la virtud, y el gusto de los placeres sensuales había borrado en las almas hasta la idea del pan del evangelio. La heregía, triunfante á la sombra del libertinage, atraía los fieles al error por el aliciente de la independencía. En esta infeliz época aparece Francisco y levanta el estandarte de la pobreza, asocia discípulos, y establece su orden. ; Qué obstáculos no se le

presentan! Pero todos ellos ceden á su zelo. El cielo mismo habla para disipar las aprehensiones de Inocencio III; los servicios importantes que debe hacer Francisco á la Iglesia, la grandeza de sus órdenes, el templo lateranense inclinado á su ruina, que mandaba Dios reparase este pobre despreciado, son otras tantas maravillas reveladas al sumo pontífice, que le anuncian los designios de la divina Providencia sobre su Iglesia, y los gloriosos sucesos de la orden de Francisco.

A vista de estos prodigios los temores de la prudencia humana desaparecen; todo cede á la voz del cielo, que autoriza el proyecto de Francisco; su regla es aprobada por el vicario de Jesucristo, y confirmada por el concilio lateranense. ; Qué brillantes sucesos no ocurren aquí á mi pobre imaginacion! Sobre los fundamentos de esta pobreza voluntaria veo establecerse el orden de Francisco, y

estenderse con prodigiosa rapidéz. Estos nuevos apóstoles se multiplican maravillosamente. Por manera, que no hay reino, imperio, ni provincia donde no tengan hospicio; y esto tan á los principios, que aun antes de la muerte del santo patriarca concurrieron mas de cinco mil religiosos al capítulo de Porciúncula. Los establecimientos mundanos han padecido en todos tiempos sus vicisitudes y decadencias; pero el órden de Francisco ha ido cada dia en aumento; pues aunque la inmoralidad y falsa política del impio Bonaparte y de sus infernales satélites pusieron en obra su exterminio con el de las demas religiones; este corto intervalo solo ha servido de aumentar su reputacion entre los pueblos, y de acreditar que es la sabiduria del evangelio la que le hace subsistir sobre el fundamento de la santa pobreza, y la que lo eleva al mas alto grado de gloria por medio de las humillaciones.

La gloria en efecto sigue de cerca, segun el evangelio, á las humillaciones del justo, porque de ellas mismas salen los rasgos mas luminosos de grandeza, de honor y de poder. Por mas que los mundanos, á imitacion de los marcionistas, desacrediten la humildad de Francisco y de sus hijos, Dios la hace brillar sobre toda la gloria, orgullo y pompa del siglo. Si consideramos la elevacion de un mundano, la hallamos caracterizada con las mas vergonzosas humillaciones, al paso que la obscuridad del justo nos manifiesta á veces los rasgos mas honoríficos que lo distinguen. La historia de Jesucristo y la de Francisco nos presentan una mezcla de humillaciones y de gloria. Francisco humillado nos representa á Jesucristo sublimado á su mayor exaltacion en cuanto hombre, en recompensa de sus humillaciones. El desprecio que hacia de sí mismo, juzgándose por el mayor de los pecado-



res, fue la base sólida de sus victorias y troféos. La profunda humildad con que se creyó indigno del sacerdocio lo elevó á un sublime grado de reputacion y de gloria en la balanza del Señor, que prometió exaltar á los que se humillen baxo su mano poderosa. En una palabra, la gloria de Francisco fue la que promete el evangelio en recompensa de la humildad.

Esta pasó asimismo á sus tres órdenes, y por consiguiente la gloria y reputacion que son anexas á las humillaciones, al desprecio del mundo y de sí mismos. Nada se percibe en ellas que manifieste las pompas, vanidades y usos del siglo. Sin embargo se admiran generalmente elevadas al mas alto grado de estimacion entre las gentes sensatas y que piensan con religion. ¡Avergonzáos, mundanos! Vosotros gemís baxo el tirano imperio de una falsa reputacion, al paso que los humildes hijos de Fran-

cisco gozan de una gloria sólida y permanente. ¡Ah! yo he visto mas de una vez, dice un sabio, cumplido en vosotros el terrible oráculo del Espíritu Santo contra los ricos ambiciosos. He visto detenida, ó por mejor decir, frustrada de un golpe la brillante carrera de vuestra caprichosa é inconstante fortuna; he visto deshechos todos vuestros proyectos; trastornados los troféos que habiais erigido á vuestra vanidad; confiscados vuestros bienes, sin empleo, sin amigos, y cubiertos de ignominia en la senda misma por donde caminabais á la reputacion y á la gloria. *Dives in itineribus suis marcescet.* Yo he visto revoluciones que han trastornado los tronos mas firmes, que han hecho pedazos los cetros mas robustos en las manos mismas de los conquistadores: *civitatem sublimem humiliabit.*

No asi en orden á los hijos de Francisco. Estos pobres voluntarios, desprendidos de riquezas, é insensibles á

los honores, viven satisfechos y contentos, despreciando las grandezas y magnificencia del siglo: *conculcabit eam pes, pedes pauperis, gressus egenorum*. Aun cuando viven en las ciudades mas opulentas y en la corte misma de los reyes, manifiestan su espíritu de pobreza y de humildad, como si habitáran en las mas retiradas y tristes soledades. Mas á pesar de esta conducta, ¡qué sólida reputacion y gloria la de los hijos de Francisco en medio de las humillaciones que el evangelio y su regla les prescribe! ¡Que no pueda yo detenerme á numerar los grandes hombres que han dado estas órdenes á la Iglesia y al estado! ¡qué de sabios á las universidades y república de las letras! ¡qué de pontífices, cardenales, obispos, escritores y estadistas! ¡qué de mártires y santos á los altares! Sola su numeracion me llevaria muy lejos, haciéndome exceder los estrechos límites de una oracion. Frutos dignos de

su humildad, desprecio de lo terreno, y negacion de sí mismos; y consecuencia legítima del poder irresistible del evangelio.

¡Qué maravillosos sucesos nos presenta aqui la potencia de Jesucristo, retratada en Francisco de Asis! ¿En los establecimientos de su orden quién no admira esta pobreza opulenta, para decirlo asi, que imitando á los ricos en sus empresas, se les aventaja á veces? ¡Qué es ver á un pobre de solemnidad reparar las ruinas del templo de S. Damian con los miserables restos de su antiguo edificio! ¿Pero qué mucho si Francisco obra á expensas del poder de Dios y de su providencia? Asi pudo concluir en breve tres nuevas iglesias: glorioso troféo que erige al poder divino, piedra angular de sus edificios y entibo firmísimo de sus tres órdenes; privilegio singular que el Señor le concedió con maravillosa extension; como á imágen suya. Aqui multiplica



los panes como Jesucristo en el desierto; allí resucita muertos; aquí da vista á los ciegos; allí cura los enfermos; aquí desata los grillos y libra prisioneros; allí manda á los vientos, y hace cesar las mas violentas tempestades: milagros obrados muchas veces, dice S. Buenaventura; milagros aprobados por los sumos pontífices, y reverenciados por los mas ilustres personajes de la Iglesia y del estado; milagros en fin que nos representan el poder de Dios por la magnificencia, prontitud y perfeccion que los caracterizan.

Sabios del mundo, políticos y estadistas, prudentes segun la carne, que solo contaís con los recursos humanos, ¿qué pensais de este pobre mendicante? ¿Compararéis á Francisco con Crates y otros antiguos filósofos, que menospreciaron las riquezas por orgullo? ¿Cuáles son, os ruego, los prodigios que los ricos y grandes del siglo ofrecen de ordinario á nuestros

ojos? ¿Son por ventura la incredulidad, la vanidad, la dureza de corazon y la prodigalidad los troféos que los ennoblecen? ¿Ó si será su vida mole, sensual y lúbrica, efecto digno del poder que Dios les ha dado? ¡Ah! cómo nos hacen entrever que de parte del Señor los amenaza un prodigio de venganza por haber abusado del poder y de los dones que les ha concedido, sin querer reconocer que solo serán exáltados los humildes, los pobres de espíritu, los que atesoran para Dios, los que en él solo ponen su confianza, los mansos de corazon y sufridos en las humillaciones; porque todos estos van conducidos por la sabiduria del evangelio que adoptó Francisco, igualmente que su severidad: segunda parte de su elógio, que paso á exponeros con la brevedad posible.

II. El evangelio, señores, prescribe ciertas austeridades y rigores. Mandada mortificar los sentidos para que

el hombre viva crucificado é inmolado á Jesucristo. El penitente austero, y que mortifica su carne en obsequio de la ley, imita toda la severidad del evangelio, la cual es suave y dulce para el que ama, como S. Agustin se explica. Tal fue Francisco de Asis, nuestro padre, que á distincion de los demas héroes de la religion logró la prerogativa de ver retratada en su cuerpo la crucifixion de Jesucristo, y de haber sido honrado con este género singular de martirio. No permita Dios pretenda yo evacuar la gloria del apóstol de las gentes, que solo se gloriaba en la cruz del Salvador, que estaba crucificado al mundo, y que solo vivía en Jesucristo; pero no temo en esta parte poner al lado de S. Pablo á Francisco de Asis, que no fue menos penitente, menos paciente en sus tribulaciones, ni menos conforme al Crucificado. Los sufrimientos con que el cielo lo probó lo hicieron la mas per-

fecta copia del Calvario. Son pues dignos de admiracion los rasgos singulares que caracterizan á este héroe de la religion.

En todas partes practica la austeridad y santos rigores que Jesucristo prescribió en su evangelio, ó que practicó para nuestro bien y enseñanza. En el desierto imitó su ayuno, y sobre el monte Alverna recibió en su cuerpo las llagas que por nuestro amor habia el Salvador recibido sobre el Calvario. La memoria de estas continuas austeridades, de estos rigurosos ayunos, de este nuevo Calvario, ¿no nos muestra á Jesucristo retratado en Francisco con toda la severidad de su evangelio? "No esperéis, dice un orador, una perfecta descripcion de los rigores que executó Francisco sobre su inocente cuerpo; ni que refiera todos los lugares que santificó con sus ayunos, vigili-<sup>®</sup>as y mortificaciones; ni que os muestre los teatros de sus austeridades y



maceraciones de su carne. Baste decir que el tiempo de su penitencia casi igualó al de sus días, y que ella destruyó en él, para decirlo así, una gran víctima de la severidad del evangelio." Estos santos rigores inmolaron á Francisco cuando apenas habia salido de la primavera de sus años, para confusion de los mundanos, que á veces, segun el oráculo del Espíritu Santo, no dimidian la carrera de sus días en castigo de sus iniquidades. Como deseaba el martirio con tan vivas ansias, le concedió el Señor que fuese víctima de la penitencia sobre su inocente carne. Baxo este carácter le admiró siempre el mundo; pues como de ordinario se abstiene de la penitencia por sus culpas, no tiene la menor idea de las penitencias de precaucion; sin considerar que estas austeridades tan recomendadas en el evangelio son las que cooperando á la gracia, conservan la inocencia de los justos.

Esta severidad, señores, me parece os hace dèsmayar. ¿Sabeis porqué? Porque ignorais que las legiones formidables del infierno solo huyen vergonzosamente de los que hallan prevenidos con la oracion, el ayuno y la mortificacion de los sentidos, aplicando al carro de su triunfo á los que encuentran pacíficos en una vida cómoda, delicada y divertida. Vosotros mirais con tedio la severidad del evangelio, porque afectais ignorar que solo ella es capaz de conservar la inocencia, que irremisiblemente se pierde en la vida sensual y deliciosa. No perdais pues, os ruego, de vista á Francisco, que affige su carne inocente, para no verse obligado á castigarla como culpable. Él marcha descalzo, y ceñido con un duro silicio, por largos y espinosos caminos; duerme sobre la tierra desnuda despues de sus trabajos apostólicos, derramando tiernas y copiosas lágrimas, con el ardiente deseo de expiar so-

bre sí mismo los crímenes de todos los pecadores. De aquí su fervoroso zelo en predicar de penitencia, á imitación de Jesucristo y sus verdaderos discípulos, acreditándola con su exemplo. ¡Ciudades de Italia! yo os conjuro, presentaos aquí por un momento, y dadme testimonio de esta verdad. ¿Cuántas veces le visteis por vuestras calles y plazas con un Crucifijo en las manos, anunciando el reino de Dios y una sincera penitencia? ¿Qué de frutos dignos de ella no le visteis recoger? Y tú, ¡ó templo de Porciúncula! en cuya capilla viste mas de una vez á Francisco pasar las noches enteras en fervorosa oracion á favor de los pecadores, tú me darás siempre un testimonio irrefragable de la extraordinaria y perpetua indulgencia que á beneficio de ellos se dignó Jesucristo concederle.

¡Ah! ¿cuándo volveréis vosotros, felices tiempos de la Iglesia primitiva? En ellos recibir la doctrina de Jesu-

cristo, y practicar austeridades para domar la carne, eran una cosa misma. Bastaba ser discípulos del Crucificado para ser penitentes. La severidad del evangelio tenia entonces sus mártires, como la pureza de la fe. Mas en el dia, ¡con qué dolor lo profiero! en el dia la vida de los cristianos tiene mas analogía con las costumbres y excesos del paganismo, que con la austeridad propia del evangelio. Los discípulos de un Dios Hombre, crucificado por su amor, ¿no imitan con frecuencia á los maestros del error y apóstoles de la sensualidad? Gloriándose un infinito número del nombre de cristianos, ¿no injurian á Jesucristo por medio de costumbres paganas? ¿No miran la penitencia y severidad del evangelio como propia únicamente del desierto y de los cláustros, que en el dictámen de nuestros filósofos nuevos solo contienen almas débiles, gentes ilusas, fanáticas y visionarias? ¡Ciegos mi-



serables, y guías de otros ciegos! antes que rodeis á los pies del trono de Dios, sabed que ha revelado que todo el que no haga digna penitencia de sus culpas perecerá eterna é irremisiblemente: *nisi penitentiam egeritis, omnes similiter peribitis.*

Penetrado Francisco, aunque inocente, de este terrible oráculo, considerando lo que Jesucristo, la suma inocencia, habia practicado por el hombre, se retira al desierto á imitar su riguroso ayuno, y á reducir su cuerpo á servidumbre como otro Juan Bautista y otro Paulo. Para perfeccionar la crucifixion de sus pasiones se retira á un monte á meditar en la pasion de Jesucristo. ¡Ah, montes Calvario y Alverna, exclama aqui un célebre orador, qué grandes objetos de admiracion y de piedad no presentais á nuestra vista! Alli vemos á nuestro Salvador aplicado al suplicio ignominioso de la cruz, para expiar nuestros pecados y reconciliar-

nos con Dios; y aqui vemos á Francisco crucificado por ministerio de un serafin (para suplir el martirio que los bárbaros de Egipto le habian rehusado) perfeccionar su heroica caridad. La inobediencia criminal del primer hombre hizo correr la sangre de Jesucristo sobre el Calvario; la tierra é inefable misericordia de todo un Dios hace correr la de Francisco sobre el Alverna.

Yo bien sé lo que Bayle y sus secuaces los libertinos han dicho acerca de este prodigio. Pero no es de mi instituto en el dia refutar sus delirios. Hablo á católicos, y como á tales digo, que ninguno deseó con mas ardor que Francisco la corona del martirio. Esta santa impaciencia lo estimuló á dexar á Italia, surcar los mares, penetrar en la Siria, y predicar la religion católica con el Crucifixo en las manos al sultán de Babilonia. Admirad, señores, el triunfo de su santidad. El zelo de Francisco,

que debía excitar (atendida su barbarie) el furor del sultán, solo sirvió de atraer su admiracion. Como cristiano debió ser arrestado, y solo experimentó benevolencias y caricias. La secta de Mahoma tratada de impia; los delirios del alcorán representados á lo ridículo; la fe del Crucificado exáltada como única, todo parece exigía de parte de aquellos bárbaros una venganza pública; y Francisco recibe únicamente agasajos y distinciones. Sale de este imperio, donde su nombre ha sido siempre respetado. La Italia recibe á su nuevo apóstol, su profeta, su taumaturgo; y la soledad de Alverna le admira bien presto en comunicacion con su Dios, y será testigo fidedigno de su milagroso martirio. Ella en efecto ve abrirse el cielo, y que un serafin, que lleva entre sus álas la imágen de Jesucristo crucificado, imprime sus llagas en Francisco.

¡O preciosa víctima de la cruz!

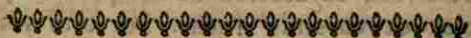
El amor de Dios ha sido el artífice de estos gloriosos signos. La Italia toda vió á este serafin en carne mortal, en el cual se dignó retratarse Jesucristo con toda la sabiduria y severidad de su evangelio: *vidi angelum habentem signum Dei vivi*. Esta víctima del amor se consume prontamente entre las llamas del fuego divino. Enfermo sobre la tierra, y en vísperas de ofrecerse en holocausto, me parece oigo á nuestro seráfico padre pronunciar con confianza estas palabras del Profeta: ¡Dios mio! todos los que vuestra justicia ha coronado me esperan. Si es necesario llevar la cruz y seguir á vuestro Hijo sobre el Calvario, yo os presento en mi carne sus gloriosas cicatrices. Vos, Señor, me habeis impreso estos signos: yo jamas he abandonado la sabiduria y severidad de vuestro evangelio, y espero lleno de confianza la corona de justicia: los justos me esperan para que posea su misma glo-



ria: *me expectant justi, donec retribuas mihi.* Al decir estas palabras dexó la tierra, y voló al cielo.

Vosotros, carísimos hermanos, á quienes he tenido el honor de presentaros un diseño, aunque rudo y desaliñado, del mérito y gloria de nuestro P. S. Francisco de Asis, este serafín llagado, que tuvo siempre grabado en su pecho el espíritu del evangelio; atended, os ruego, á la piedra de donde habeis sido cortados. Si os gloriais de hijos de Abraham, sean de Abraham vuestras obras; es decir, si sois hijos de Francisco, para no ser comprendidos en la terrible maldicion que fulminó contra sus hijos que degenerasen de la regla, imitadle, para que por medio de la senda que os descubrió, del exemplar que os propuso, y de la alta proteccion de la Providencia divina, que os dexó por patrimonio, vivais en espíritu de pobreza, de humildad y de penitencia, para honra y gloria

de Dios, edificacion de los pueblos y bien de vuestras almas. Por esta via avanzaréis de claridad en claridad, y al fin participaréis de la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.  
DIXE.



SERMON

DE S. JUAN BAUTISTA.

*Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista. Matth. II. II.*

SEÑORES:

Si la Iglesia nuestra madre, para edificación de los fieles y gloria de su Esposo, tiene incontestable derecho para elogiar á los santos que ha colocado sobre sus altares, ¿cuál de ellos podrá disputar la primacía al gran Bautista, cuya memoria celebramos? El mismo Jesucristo se dignó pronunciar su elogio; mas fue en términos tan magníficos, que parece abandonó, al formarlo, la sencillez or-

dinaria del estilo evangélico, para abrazar el de la elocuencia, cuando dixo: *que entre los hijos de las mugeres jamas habia aparecido uno mayor que Juan Bautista.* Testimonio ilustre, que sin desmentirse pudo darle la Verdad eterna; porque habiendo Jesucristo nacido de una Virgen por obra del Espíritu Santo, no quiso ser comprendido en la gloriosa preferencia que dió á su precursor sobre todos los hijos de las mugeres.

En efecto, jamas hombre alguno ha sido tan universalmente elogiado como el Bautista. Los ángeles y los hombres lo alabaron á porfia. Un ángel desciende del cielo para anunciar al mundo que será grande delante del Señor, porque estará con él la mano de Dios. Los hombres, no hallando expresiones con que manifestar su admiracion á vista de su prodigioso nacimiento, se preguntan unos á otros: *¿quién pensáis será este párvulo?* Como si dixeran: *¿si al nacer,*



su padre que estaba mudo ha recobrado el habla; si al salir á luz han profetizado sus padres; si desde el vientre de su madre conoce y adora al Verbo hecho carne: ¿qué hará cuando llegue á su edad perfecta? *¿Quis putas puer iste erit?*

Mas todo lo que en elógio del Bautista han podido decir los hombres y los ángeles, es nada en comparacion del testimonio que el Hijo de Dios nos da de la inocencia, costumbres, santidad de vida y austeridad del Bautista. *¿A quién habeis salido á ver en el desierto?* dixo el Salvador á las turbas. *¿Es por ventura alguna caña abatida por el viento:* ó como exponen los PP., algún juguete de las pasiones humanas, que abate el menor soplo de las tentaciones ó de la persecucion? No es Juan Bautista de este carácter. Es de un corazón firme, é incapaz de ceder á respetos humanos. *¿Habeis venido á ver algún hombre sensual, sumergido en*

los placeres, ó en el lujo de la mesa ó del vestido? Nada menos, dice el Crisóstomo: vosotros sois testigos que es un hombre penitente, mortificado, é imágen viva de la penitencia que predica.

Despues del grande elógio del Salvador del mundo, ¿qué esperais ó diga de su precursor? Un profundo silencio de admiracion seria en esta hora homenaje mas á propósito que el de un elógio imperfecto. Sin embargo, para no frustrar vuestra devocion, procuraré con el auxilio de un sabio, recoger las preciosas flores que nuestro adorable Salvador, flor olorosa de los campos y lirio hermoso de los valles, nos presenta por adorno de la corona del Bautista. En efecto, Juan viene al mundo para anunciarle su luz, vino al fin del dia obscuro y sombrío de la sinagoga, para que se manifestára el dia claro y luminoso del evangelio: vino como una especie de llave, que cierra el

184 SERMONES VARIOS,  
antiguo testamento, y abre el nuevo.  
Por manera, que puede decirse que  
el nacimiento, vida y muerte del Bau-  
tista vinieron á ser como los últimos  
rayos ó crepúsculos del Sol de justi-  
cia, que empezaba á eclipsarse sobre  
los judíos, para resplandecer sobre  
los gentiles. Digámoslo en dos pala-  
bras: el Bautista fue un digno pre-  
cursor de Jesucristo, que preparó las  
sendas del Señor: primera parte. El  
Bautista fue incomparable mártir, que  
dió el mas glorioso testimonio de la  
divinidad de Jesucristo y de la santi-  
dad de su ley: segunda parte. Pi-  
damos la asistencia del Espíritu San-  
to &c.

*Inter natos &c.*

El antiguo testamento puede consi-  
derarse como una densa nube que  
ocultaba la verdad que debía mani-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 185  
festarse en el nuevo. Por esta causa  
dice S. Pablo, que los israelitas al  
pasar por el mar Roxo estaban baxo  
una nube. Sabemos asimismo que el  
tabernáculo de la alianza, donde el  
Señor daba sus oráculos, y adonde  
entraba Moysés á recibir sus órdenes,  
estaba cubierto de una nube. En una  
nube descendió la gloria del Señor  
sobre el templo de Jerusalén y llenó  
todo su ámbito luego que Salomon  
cumplió con tanta pompa y magnifi-  
cencia su primera dedicacion. Pero  
esta nube misteriosa del antiguo tes-  
tamento, baxo la cual se manifestaba  
Dios entre sombras, era al mismo  
tiempo luminosa por los rayos del  
astro que ocultaba. El rostro resplan-  
deciente de Moysés brillaba por sí  
mismo al través del velo que lo cu-  
bria. Este cuadro profético de Jesu-  
cristo nos manifiesta entre sus som-  
bras los mas bellos rasgos del Verbo  
encarnado; las mas ricas imágenes de  
los misterios de su vida, pasion y



muerte; las lecciones mas instructivas de su doctrina: y si registramos el Génesis, el Éxodo, el libro de los Jueces y el de los Reyes, veremos, dice un sabio, las mas bellas perspectivas que nos muestran á lo lejos los luminosos rayos del divino original que nos presenta el nuevo testamento.

En fuerza de lo cual, ¿qué elógió mas digno del santo precursor puedo yo, señores, presentaros, que hacerlos ver como un sello sagrado, que cierra el libro de las figuras, de las sombras y de las profecías, señalando con su dedo al objeto de ellas? El nacimiento del Bautista, su vida, su predicación, su Bautismo, su glorioso martirio, son como un sumario de lo que los patriarcas, los profetas, los legisladores y reyes de Israel nos presentan mas admirable. Los patriarcas y profetas nos representaron y anunciaron en figuras al Mesías; pero el Bautista lo mostró á

los hombres, diciéndoles: *hé aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* Abraham vió el dia del Señor, y se alegró; pero el Bautista vino á ser como su aurora. Isaac, Jacob, Samuél, David, Salomon, fueron otras tantas sombras del Sol divino, que debia manifestar su esplendor en la Iglesia; pero el Bautista fue una antorcha encendida á los rayos del Sol de justicia; una luz subalterna, destinada en los designios de Dios para dar testimonio de la luz eterna. La sinagoga, embarazada de Jesucristo en el antiguo testamento, da á luz este precioso fruto á los ojos de Juan. Las mas vivas exhortaciones á penitencia que leemos en los profetas; las reglas mas exáctas y excelentes de moral que nos dan los libros de los Proverbios, del Eclesiastés, del Eclesiástico y de la Sabiduría, nada contienen mas instructivo que los discursos del Bautista á los judíos para prepararlos,

dice un sabio, al Bautismo de Jesu-  
cristo por medio del suyo, que era  
de penitencia. El zelo en fin de Moy-  
sés, de Finees, de David, de los Ma-  
cabéos por la ley, no fue mas he-  
róico que el del Bautista por la obser-  
vancia de esta ley misma, de la cual  
vino á ser gloriosa víctima. No podía  
ciertamente cerrar con mas dignidad  
que con su muerte el antiguo testa-  
mento, de quien era compendio el  
mas admirable, para dar testimonio  
de la luz, que venia á iluminar y re-  
dimir al mundo.

Pero acerquémonos ya con el mas  
profundo respeto á admirar los de-  
signios de Dios sobre el precursor de  
su Unigénito. Hagamos que sirva para  
firmeza de nuestra fe el homenaje  
que rendimos á su santidad. Veamos,  
digo, cómo preparó el Señor por me-  
dio del Bautista las sendas de su Hijo,  
y lo que el precursor hizo para cor-  
responder á tan sublime vocacion.  
Como la vida eterna consiste radical-

mente en creer en Dios y en Jesu-  
cristo su Unigénito en espíritu de  
amor y de verdad; el Señor, que  
todo lo hace en peso y medida, dis-  
puso que su adorable Hijo, cuya di-  
vinidad es el fundamento de nuestra  
fe, llevase consigo signos y caracté-  
res tan propios de un Dios Hombre,  
que á ninguno otro pudieran conve-  
nir; pues aunque nacé semejante al  
comun de los hombres, aparece con  
señales tan divinas, que solo pudo  
dexarlo de reconocer un incrédulo,  
ciego voluntario y de inexcusable ma-  
licia.

Aparece pues al mundo, no con  
la diadema sobre su frente, rodeado  
de pompa mundana y de potencia;  
no con el aparato de grandeza visi-  
ble con que los judíos carnales y  
groseros esperaban al Mesías. Como  
su reino no era de este mundo, no  
debía aparecer con las insignias de  
un rey de la tierra. Es verdad que  
las habia reunido todas en Salomon,



190 SERMONES VARIOS,  
su mas brillante figura , sobre el cual hizo brillar un rayo de su gloria, de su riqueza , sabiduria y magestad invisible , elevándolo sobre todos los reyes de la tierra ; pero reservó para sí unos rasgos divinos , figurados y proféticos , que sin herir la vista con un esplendor temporal , atraxesen la atencion del espíritu por medio de caracteres celestiales, que dexándonos el mérito de la fe , conservasen á Jesucristo la prueba irrefragable de su divinidad.

Nace en fin este Mesías adorable con estas señales admirables; pero la sabiduria de Dios , sin contentarse con estos signos , para afirmar nuestra fe dispuso que á la natiuidad de su Hijo precediese la de un precursor que anunciára al mundo su Redentor. A este efecto se dignó distinguirlo por medio de prodigios desde su nacimiento , por un género de vida extraordinaria, y por una austeridad sin exemplo. Isabel , anciana y estéril , lo

PANEGÍRICOS Y MORALES. 191  
concibe ; Zacarías , á quien Dios lo promete por ministerio de un ángel, recobra el habla ( que habia perdido en pena de su desconfianza ), para imponerle el nombre de Juan. Reconoce al Mesías aun en el vientre de su madre , y el Señor lo santifica en el mismo acto. El Espíritu Santo anima á Isabel , y Zacarías pronuncia un cántico de accion de gracias en alabanza del Señor , que ha visitado á Israel por las entrañas de su misericordia. María y su prima pronuncian en la ocasion tantos oráculos como palabras: las montañas de Judea se llenan de admiracion al ver tantos prodigios. Juan, para cumplir los designios de Dios , apenas llega al uso de la razon , huye al desierto , donde el Señor habla al corazon , y emprende un género de vestido y de alimento, imágen de la mas austera penitencia. A ella convida y estimula á los judíos , y uniendo su voz á la del Padre celestial , que declaró á Jesu-

cristo Hijo suyo muy amado, muestra Juan con el dedo á este Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Así dió este precursor testimonio del Mesías, para que todos creyesen en él: *ut omnes crederent per illum*. Este fue el principal ministerio á que desde la eternidad fue destinado este hombre extraordinario. No era él la luz, dice el Evangelista; pero debía dar testimonio de la luz inaccesible, que era Jesucristo. Mas el Salvador era una luz, que aunque eterna, estaba en las circunstancias eclipsada baxo la nube de la humanidad. Era pues conveniente lo demostrase una luz subalterna. Esta es la que se representaba á David, cuando al vaticinar al precursor, dixo: que el Padre Eterno preparó una antorcha luminosa que manifestase á su Cristo: *paravi lucernam Christo meo*. Así tan resplandeciente, que mostró al Salvador, y lo confesó por Dios y

Hombre, por Redentor, por Autor de la gracia y de los sacramentos, y por Remunerador. Arrojad por un momento la vista sobre el discurso que pronunció á los judíos en las márgenes del Jordán, y hallaréis una especie de compendio del evangelio.

Aprendamos, señores, por este grande exemplo, á dar testimonio de Jesucristo. El nombre de cristianos, de que nos gloriamos, lleva consigo la mas estrecha obligacion de confesarle con los labios, con el corazón y con las obras. El cristiano recibe de Dios un carácter particular para que dé testimonio de Jesucristo. Los apóstoles lo dieron por su zelo, con sus trabajos y su vida; los mártires con su sangre y sus tormentos; los confesores con su buena vida y penitencias. ¿Porqué no deberemos nosotros dar á nuestro Salvador el ilustre testimonio de la observancia de su ley, de su amor y de la caridad con el próximo? Y en caso necesario



¿porqué no imitarémos al Bautista, que despues de haber publicado la divinidad de Jesucristo; despues de haber zelado su honra y gloria, y cumplido exáctamente sus leyes y designios por sostener la pureza de su doctrina, sufrió un glorioso martirio? Segunda parte de su elógio, que paso á exponeros con brevedad. Renovad vuestra atencion. Dios quiere ser glorificado en sus santos.

II. Entre los sucesos trágicos y sangrientas escenas que el amor profano y criminal ha manifestado al mundo, ninguna mas célebre, dice un sabio, que la historia de la passion incestuosa de Herodes y Herodias, cuyo escandaloso crimen fue últimamente consumado por la gloriosa muerte del Bautista. Como que la fe titubea al ver sacrificado el mas santo de los hombres al furor de una muger pecadora. ¿Quién no se admirará al oír que la cabeza venerable del Bautista, como se explica

S. Ambrosio, fuese presentada en una fuente, entre el aparato de un suntuoso convite, por premio de una saltatríz impura? Considerado el horrible hecho por las miras puramente humanas, no seria extraño exclamase alguno: ¿dónde está, Señor, aquella Providencia, que habiendo dispuesto todas las cosas en peso y medida, las gobierna en órden con la fuerza y suavidad que son propias de vuestra sabiduria? ¿Cómo permitís que la iniquidad de los impios se burle impunemente de vuestros mayores siervos? ¿Dexais se inmolen de esta suerte tan ilustres víctimas á unos ídolos de barro, que por algun tiempo el mundo adora, viendo triunfar su injusticia? ¿Muere el hombre por ventura como la bestia? ¿No sabe nadie si el espíritu de los hijos de Adán sube ó desciende despues de su muerte? ¿El que sobre la fe de vuestra palabra ha sembrado lleno de confianza en esta vida, no tendrá cosa alguna

que recoger en la otra? ¿Esta tierra, obra de vuestras manos, será mas fiel en dar al labrador la simiente que le ha confiado, que Vos en hacer fructificar el depósito de buenas obras que el justo os entrega? ¿Después de haber sembrado con vuestro auxilio en el espíritu y en la fe, no tendrá que recoger sino la hediondez del sepulcro? Estos eternos tabernáculos de gloria que él esperaba de vuestra justicia, han desaparecido en su muerte?

Tales son, señores, las ideas carnales que el triunfo del crimen y la opresion de la virtud sugieren al espíritu humano á vista de la tragedia ocurrida en el banquete de Herodes. Pero la fe de las almas fuertes se muestra, se aumenta y fortifica por aquello mismo que es piedra de escándalo y ponzoña, muchas veces mortal, para los espíritus débiles. Los designios acerca del Bautista se manifestaron desde luego por los prodi-

gios de su nacimiento y las maravillas de su vida. La Providencia invisible, que reina en el orden de la gracia, lo habia caracterizado con rasgos tan brillantes, que seria una atroz injuria hecha al Señor juzgarlo aun por un momento abandonado. El cuadro de su martirio, que ofrece desfigurada de todas partes su cabeza, y nadando en su sangre á vista de los fieles, les representa al contrario la diadema inmortal de gloria, que invisiblemente le corona en la fuente en que reverenciamos este trágico espectáculo.

Era en efecto menester, segun los altos designios de Dios, que una vida tan extraordinaria terminase por un fin igualmente admirable. Parece oír aquella voz intrépida que resonaba en otro tiempo á las márgenes del Jordán, y que después de haber predicado penitencia en el desierto y anunciado el Cordero de Dios á la sinagoga, pasa de Jerusalén á la corte



de Herodes , y dice á este príncipe incestuoso : *non licet*. No te es lícito detener torpemente á la muger de tu hermano. Deten ya el curso de una pasión criminal que ofende á la religion y á la naturaleza : deten una pasión que hace triunfar el vicio sobre el trono á vista de tu corte y con escándalo. Una pronta y rigurosa prisión fue el resultado de esta libertad profética : se le encierra en un calabozo , y se le carga de grillos ; pero su lengua , dice S. Ambrosio , no está cautiva entre las cadenas. Esta voz siempre libre penetra los espacios de la prisión , y resuena á los oídos del príncipe culpable y de su adúltera : *non licet*. Esta voz penetrante los turba hasta en el seno de su sensualidad , y les repite sin cesar : *non licet*. Vosotros gozais un placer ilícito , que debe horrorizaros. Herodes conserva aún algun respeto á este hombre extraordinario y venerado de toda la Judéa ; pero su infame cómplice

Herodías jura la pérdida de un testigo irrecusable , que tiene por importuno porque la reprehende su escandaloso crimen.

Hagamos reflexión por un momento , os ruego , sobre las circunstancias de una muerte tan notoria , pero digna siempre de una nueva admiración. La sentencia fue pronunciada en un convite , aun mas odioso que el del impio Baltasar cuando profanó los sagrados vasos del templo ; la inicua sentencia resonó , dice un sabio , en una sacrílega asamblea , presidida de Baco y de Venus , donde fascinados los ojos de Herodes con los secretos atractivos que la serpiente infernal aplicó á los pies de una mozueta saltatriz ( como las de nuestras óperas ) , no se detuvo en fulminar el fallo , aunque reconocia ser injusto. La vengativa Herodías , valiéndose de una promesa imprudente , pide por boca de su hija , la saltatriz desenhuelta , la cabeza del Bautista en una

fuelle. A esta peticion sanguinaria, Herodes, que no se avergüenza de quebrantar las leyes mas sagradas de la religion y de la humanidad, forma el ridiculo escrúpulo de violar un juramento precipitado, hecho en una junta presidida de la embriaguez, la gula y la lascivia, y condena sin detencion al inocente.

¿Quién no creeria, dice S. Ambrosio, cuya rara elocuencia triunfa sobre la materia; quién, al ver pasar de la sala del banquete un emisario á la prision de Juan, no creeria que llevaba la nueva de su libertad? ¿Qué relacion hay entre las delicias de un festín y un tan exécrable parricidio? Mas tuvieron por conveniente saciar la crueldad con proporcion á la sensualidad, y la cabeza del mayor de los profetas fue cortada y ofrecida como victima agradable al espíritu de impureza. Mártir de la religion en toda su extension, da el Bautista á la ley de Jesucristo igual testimonio

que el que habia dado á su fe. Muere en defensa de la pureza esta piedra preciosa del evangelio, cuyo ingreso en cierto modo abre: anuncia al Cordero de Dios inmolado sobre la cruz, que ha venido á quitar los pecados del mundo: su sangre presenta proféticamente cierta analogía con la del que viene á redimir los hombres: indica el Bautismo de sangre en que Jesucristo lavó la ropa de nuestra humanidad; anuncia tambien el Bautismo del agua y del Espíritu Santo; y como precursor del Hijo de Dios humanado, consume por su muerte un ministerio, á que antes de nacer habia sido destinado.

Es pues necesario confesar que este gran santo no podía cerrar el antiguo testamento, y abrir en cierto modo el nuevo, sino por medio de un glorioso martirio, que nos pusiese á la vista esta especie de testimonio que tanto han apreciado siempre la sinagoga y la Iglesia. Una y otra



nos presentan ilustres víctimas de la religion. El cristianismo ha visto revivir entre sus santas heroínas á la madre de los Macabéos , eterno adorno de su sexò , que dixo á sus hijos quando iban á perecer baxo la crueldad de los verdugos : yo no sé por qué vuestros cuerpos fueron formados y organizados en mi seno ; pero la mano omnipotente que obró este prodigio sabrá bien retribuiros lo que os dió. Los Estébanes , Lorenzos , Ineses , Cecilios , y un millon de otros, tiñeron la túnica de Jesucristo con la preciosa púrpura del martirio ; pero el Bautista , que despues de haber conservado en todo su candor el lirio de una pureza virginal en el desierto, muere en defensa de la pureza de un modo tan heróico , y levanta , para decirlo así , el estandarte de la virginidad y del martirio , baxo el qual han marchado innumerables tropas en la Iglesia , verá extenderse la veneracion de su nombre por todos los siglos.

¿ Qué no podria yo deciros del fondo de moral que encierra el exemplar que acabo de exponer á vuestra vista ? ¿ Y cuánto os alegrariais algun día de haberlo imitado ? Porque en efecto , señores , ¿ de qué nos servirá oír el elógio de los santos si no comparamos nuestra vida con la suya ? ¡ Ah ! quién pudiera revestirse en esta hora del zelo y energia del Bautista para deciros : pueblo de Israel , pueblo cristiano , haced penitencia de vuestras culpas , porque el reino de los cielos se acerca ; la segúr está ya puesta á la raíz del árbol que ocupa inútilmente la tierra. El Señor os insta , hace ya mucho tiempo , á penitencia. Son frutos dignos de ella los que os pide , no meras apariencias de solemnidad. Esto es lo que S. Juan pedia en el desierto á los judíos , y lo que Dios espera de vosotros. Considerad cuantos avisos saludables habeis despreciado ; cuantos momentos decisivos de vues-

tra salud eterna habeis perdido. La gracia os urge de todas partes. No os hagais, os ruego, sordos á sus insinuaciones y repetidas instancias. Ella os habla en esta desgracia imprevista que trastorna vuestros negocios; en esta enfermedad peligrosa que os ha conducido á las puertas del sepulcro; en la pérdida de vuestro honor y reputacion en pena de vuestros escándalos, de vuestra impiedad ó hipocresía; en el sonido de una trompeta evangélica que suena á vuestros oídos, y os hace despertar del letargo; es decir, en la voz de un hombre apostólico, que animado del zelo del Bautista, os diga: *non licet*; no es lícito tengais el nombre y carácter de cristianos, y que vivais como paganos: *non licet*; no es lícito que dobleis una rodilla al Señor y otra á Baal; esto es, que adoreis á un Dios supremo y único, y sacrifiqueis al mismo tiempo á los ídolos de la avaricia, de la luxuria y de la gula: *non licet*.

¡Hijos de los hombres! ¿hasta cuándo amaréis la vanidad? ¿Cómo abandonais la fuente de agua viva, que salta á la vida eterna, por las aguas turbias y corrompidas de las cisternas del siglo? ¡Almas fieles é ingratas! convertíos al Señor: reconoced cuán funesto, cuán amargo es haberlo dexado, desnudándoos del temor de Dios. ¡Generacion de víboras! como clamaba el Bautista á los judíos, no seais semejantes al áspid sordo que se tapa los oídos para no escuchar la voz del sabio encantador, segun la expresion de un profeta. Implorad de corazon en espíritu y verdad la alta proteccion del Bautista, digno precursor de Jesucristo, é ilustre mártir de su Iglesia, para que os alcance la gracia de dar testimonio con vuestra vida arreglada de la doctrina y ley del Salvador, para ser blanqueados con la sangre del Cordero sin mancha que Juan manifestó al mundo, y ser participantes de su gloria. Amen. DIXE.





## SERMON,

Ó SEA HOMILÍA SOBRE EL EVANGELIO DE LA MAGDALENA.

*Mulier erat in civitate peccatrix.*

Luc. 7.

SEÑORES:

¿Qué nos importa investigar quién sea esta muger pecadora, de la cual nos habla el evangelio? No buscamos por una vana curiosidad lo que el Espíritu Santo parece quiso ocultarnos. Cuando se nos presentan unos tan bellos exemplares, tratemos únicamente de instruirnos en ellos para la imitación. Por lo que á mí hace,

decía S. Gregorio el Grande, cuando reflexiono sobre este modelo de penitencia, confieso que las expresiones me faltan, y la ternura que se apodera de mi corazón me hace derramar lágrimas, deseado mezclarlas con las de esta ilustre penitente. Pero otro objeto sin embargo, continúa este padre, ocupa mi atención no menos que el primero, y es la bondad de Jesucristo al recibir esta pecadora. No solo la recibe, sino la llama y la atrae. Su divina misericordia que interiormente la atrae, la recibe en el exterior: *Mariam venientem, Jesum suscipientem; suscipientem et trahentem.*

Fixemos pues nuestra vista sobre tan bellos objetos, y procuremos no olvidar este doble y edificativo espectáculo; porque como decía S. Agustín, explicando á su pueblo este mismo evangelio, nuestros días de penitencia tocan ya en su término. La Iglesia va á vestir de luto sus altares en representación y memoria de

la muerte de su Esposo, y se acerca el tiempo en que la misericordia de nuestro Dios, como dice un profeta, va á romper y allanar los diques que le oponia su justicia: Jesucristo, digo, que va á ser crucificado por los pecadores, nos manda hacer penitencia porque se acerca el reino de los cielos. Con este objeto, y para que no aprendais por luz las que son tinieblas, vengo á presentaros con S. Gregorio un perfecto ejemplo de esta virtud. Para proceder con algun método dividiré la materia en dos partes. La penitente del evangelio será el asunto de la primera, y el juicio que Jesucristo hace de ella será el de la segunda. Pidamos con rendimiento las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de su augusta esposa. Saludémosla con el ángel. AVE MARÍA.

*Mulier erat in civitate &c.*

Donde abundó el delito, dice el Apóstol, sobreabundó la gracia. Palabras breves, pero enérgicas, que aplicó el Crisóstomo á la pecadora del evangelio. El escándalo de su vida, sus galas profanas, su amor al mundo, á sus pompas y vanidades, fecundo origen de sus crímenes, todo habia abundado en esta pecadora: *abundavit delictum*. Era pues necesario que al transformarla sobreabundase la gracia para presentarnos un gran modelo de penitencia: *superabundavit gratia*. Ella en efecto fue penitencia generosa, sabia y sincera. Reflexemos por un momento sobre estos caracteres.

En primer lugar, para obscurecer y apagar la luz pública de sus escándalos, y la desenvoltura con que los habia cometido, debió oponer una penitencia generosa, pública, y capaz



de borrar las impresiones que sus malos exemplos habian causado en el ánimo de sus expectadores; pues como un santo doctor se explica, la penitencia no es otra cosa que la destrucción y aniquilación del pecado. De este irrefragable principio de la moral infiere S. Agustin, que no se remite el delito sin la restitucion de lo que él habia quitado.

La pecadora habia escandalizado por sus desórdenes á las gentes timoratas. Era pues necesario que reparase públicamente su delito; pues aunque el justo Nicodemus iba de noche á consultar á Jesucristo, la pecadora pública no debió conformarse con este exemplar. Tomó pues la generosa resolucion de ir á buscar al maestro á casa del Fariseo, que era uno de los mayores zeladores de la ley, para proporcionar lo público de su arrepentimiento á lo notorio de sus crímenes; á fin de que la sinagoga ofendida por sus escándalos queda-

se consolada y edificada por su penitencia.

Esta muger asimismo habia sido causa de la ruina de muchas almas, atrayéndolas con su mal exemplo al vicio de la profanidad, como lo executan no pocas de nuestros dias. Sus lágrimas pues debian correr pública y largamente; porque habiendo toda la ciudad sido testigos de sus desórdenes, lo fuesen también de su penitencia. Pecadora en la ciudad la llama el evangelio, para darnos á entender, dice el Crisóstomo, que su nombre mismo manifestaba el pecado; y pecado de toda la ciudad, añade el Crisólogo: *appellationem habuit peccatum, totius civitatis peccatum*. Por fuerte que esta expresion os parezca, S. Cipriano consideraba á esta pecadora únicamente como á una de estas mugeres del gran mundo, invulnerable aun á los tiros de la maledicencia; pero que por su luxo, por la indecencia de sus adornos, por la

liviandad de sus discursos, por el artificio de su persona, y la indiscreta afectacion de no parecer en público sino con brillantez y desenvoltura, arastraba mas corazones, y hacia mas conquistas que la mas diestra y prostituta cortesana. Pero pecados de toda una ciudad es expresion demasiado fuerte, y que nos pone á la vista estos funestos artifices que saben autorizar y eternizar los atractivos del crimen de la profanidad, ya con sus pinceles, ya por medio de sus plumas, ó de la extravagante y ridícula invencion de sus muñecas. De aqui procede, con injuria del nombre cristiano y descrédito de la religion, que abundan mas en nuestros dias las Jetzabeles, Cleopatras, Julias y Mesalinas, que las Susanas, Lucrecias y Magdalenas penitentes, y que nada sea mas comun que ver torres de Danae por tierra. ¡ Ah! ¿quién es capaz de ponderar hasta dónde se ha extendido la criminal y funesta influen-

cia de esta profanidad en el vestir, de esta vergonzosa desnudez, de esta escandalosa desenvoltura, no solo del bello sexó, sino de cierta especie de Bátalos ú hombres afeminados, que por parecer Adonis pretenden desmentir su sexó?

Es pues necesario, sacerdotes del Altísimo, que exálteis vuestra voz á manera de una trompeta, como lo ordenó el Señor á Isaías, para despertar de su funesto letargo á estas infelices almas, antes que oigan resonar la de su terrible juicio. Aprovechad, os ruego, las ocasiones de intimarles su conversion á imitacion de la Magdalena, principalmente cuando sus crímenes son públicos. No perdais jamas de vista la terrible sentencia del Señor á su profeta, que le dice: *hijo del Hombre, si cuando yo digo al pecador que morirá eternamente, no se lo anuncias, ni le persuades que para vivir abandone su iniquidad, este malvado morirá en su impiedad;*



mas yo requeriré su sangre de tu mano. Pero si se lo anuncias de mi parte, y no se convierte de su impiedad, él morirá en su iniquidad, y tú libraste tu alma. En fuerza de este oráculo si no quereis caer en las manos de Dios vivo, y rodar á los pies de su trono, instad oportuna é importunamente á todas estas personas profanas y esclavas del escándalo, á sus padres ó maridos que las consienten, que abandonen esta senda impia que los conduce sin recurso á un oprobrio eterno; que reconozcan en tiempo y llóren sus pecados como la pecadora del evangelio; porque el reino de Dios se acerca, y la segur está ya á la raíz del árbol que ocupa inútilmente la tierra. Aprovechad pues este aviso saludable, personas profanas y pecadoras de la ciudad, y expiad con lágrimas públicas vuestros públicos y escandalosos crímenes.

Ni pretexteis para dispensaros que es menester ocultar las buenas obras

para evitar la burla de los libertinos y por respeto á la misma religion; porque no rara vez esta falsa modestia, dice un sabio, es el velo con que los mundanos cubren su tibieza, y el respeto humano toma entre ellos la máscara de religion. No así la pecadora del evangelio; pues como afirma un padre de la Iglesia, la que no tuvo reparo ni rubor para sus profanidades, buscó sin avergonzarse la salud á los pies del Salvador. Desde el momento en que fue tocada por la gracia, nada la detiene, nada mas examina que sus culpas. Piensen lo que quieran de una mutacion tan pronta los cómplices de sus desórdenes, ella se cree feliz, ya crea que los mueva á penitencia con su exemplo, ya que se atraiga por este medio su desprecio y sus burlas. Ella no piensa agradar al mundo, sino únicamente á Jesucristo. Entró pues en la sala del convite sin temor de los convidados, porque el dolor que la oprim-

mía no la daba lugar á pensar en las circunstancias de su estado, ni en los respetos humanos, sino en obrar frutos dignos de penitencia y buscar su salvacion, postrándose arrepentida á los pies de Jesucristo, con un firme y público divorcio del mundo profano y de sus obras de tinieblas. Resolucion generosa, propia para reparacion de sus escándalos, y sabia al mismo tiempo por los medios que aprovecha, para inclinar la misericordia del Señor.

Esta pecadora, dice el evangelio, lleva consigo un vaso lleno de bálsamo oloroso, y se pone detrás á los pies de Jesucristo. Su postura sola nos pone á la vista una penitente. Confundida con la memoria de sus crímenes no se atreve á presentarse delante de su Dios. ¿Pero se oculta por ventura, á imitacion de Adán, este primer pecador? Nada menos. Únicamente desea una mirada favorable de este Dios de misericordia, de lo cual se cree indigna. Se arro-

ja pues á los pies de su juez ofendido, que es lo que debe hacer un reo. Preocupada de su dolor, ni aun se atreve á hablar palabra. ¡Silencio elocuente! dice el Crisóstomo, que clama con la mayor energía. Sus lágrimas en la ocasion sirvieron de intérprete: lágrimas eficaces, á las cuales no sabe Dios resistir, como S. Agustin se explica: lágrimas apreciables, que en dictámen de S. Cipriano son una especie de Bautismo en que los pecadores recobran la gracia: con ellas, dice este padre, se lava y bautiza esta pecadora: con ellas riega los pies del Salvador; para manifestar por medio de este torrente, como se explica el Crisóstomo, que la abundancia de lágrimas penitentes debe ser proporcionada á la multitud y enormidad de los pecados. Algunas gotas podrán purificar estas faltas leves, que S. Pablo llama pajas; mas un promontorio enorme de crímenes que la concupiscencia ha levantado



como un muro de division entre el cielo y nosotros, son necesarios rios de lágrimas para echarlo por tierra.

Deseo pues me digais si expiais asi vosotros vuestros crímenes. ¡Ah! yo os veo demasiado sensibles en la menor desgracia: observo que el miedo de la menor pérdida ó revés de fortuna os turba; que la muerte de un padre, de un hijo, de un marido, os hace por lo comun derramar inconsolables lágrimas. Mas la pérdida de la gracia, la ruina de vuestra alma, la idea del fuego eterno del infierno, la privacion de la vista de Dios por una eternidad, ¿todo esto no lo mirais de ordinario con total indiferencia? ¡Ó quién diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar de dia y noche los pecados de mi pueblo!

La pecadora, señores, no contenta con derramar tiernas lágrimas á los pies de Jesucristo, los enjuga con sus cabellos, que tantas veces habian

sido instrumentos de su vanidad, y objeto favorito de sus mayores cuidados. Para purificar sus labios, que con frecuencia habian manchado su alma, besa los pies del Salvador; y lo que tenia por mas precioso para su adorno; es decir, estos perfumes esquisitos que consagraban su idolatrado cuerpo á la sensualidad y á la delicadeza, los emplea en los pies de Jesucristo: *unguento ungebat*. Asi executó lo que S. Pablo ordenó despues á los fieles; esto es, que todo lo que ha servido al pecado sirva tambien á la penitencia: *servire exhibuistis iniquitati; exhibite servire penitentiae, et justitiae*.

En este lugar del Apóstol, dice S. Juan Crisóstomo, se trata de reducirnos á la modestia cristiana, y á los estrechos límites de la honestidad: se os exhorta á que vengais como la pecadora del evangelio, á enjugar los pies de Jesucristo con vuestros cabellos; esto es, á arrojar de vosotros

ese luxu profano que os ha hecho tantas veces culpables y reas de la pérdida de muchas almas. Es ademas necesario, que todo lo que hasta aqui habeis empleado en este luxu escandaloso lo consagreis al alivio de los pobres. En pocas palabras: todo lo que os ha servido para ofender al Señor debe servirlo en lo sucesivo para satisfacerle y desagraviarlo; pues segun la expresion de S. Gregorio, hablando de la pecadora, aun los holocaustos de vuestra penitencia deben ser tomados en los instrumentos de vuestros pecados. Esta será una penitencia dirigida por la sabiduria, proporcionada en los medios; y animada siempre por el amor será sincera.

No fue, señores, una máscara de penitencia, como la de muchos pecadores, que la simulan por algun tiempo, la que conduxo á esta pecadora á los pies de Jesucristo. Fue un ardiente amor lo que la estimuló; y yo desearia poderos entrar en los sen-

timientos de su corazon, para que reformaseis el vuestro sobre este gran modelo. El de esta pecadora era un corazon verdaderamente contrito; un corazon penetrado de dolor, y tal como el Señor lo pide por sus profetas; esto es, un corazon que Dios ha ablandado con la suavidad de su gracia; un corazon contrito y humillado, como el que David presentaba al Señor; un corazon, dice San Agustin, lleno de horror contra sí mismo, de una humillacion esencial á la verdadera penitencia; un corazon en fin enteramente mudado, cual Isaías lo pedia á Israel; es decir, que deteste soberanamente todos los objetos del pecado; mutacion indispensable de una verdadera penitencia.

Tal era el espíritu de esta pecadora. Amó mucho, dixo el Salvador: *dilexit multum*. De aqui debemos concluir que todo lo que manifestó exteriormente era nada en comparacion de lo que pasaba en su alma. Amó



*mucho*: de donde se sigue, dice un sabio, que las lágrimas que derramó aún no eran suficientes para manifestar el dolor de su corazón: se sigue, que la humilde disposición que tomó solo era un débil símbolo de la humillación de su alma; y aun el uso que hizo de los objetos de su vanidad no designaban completamente el horror que la inspiraban: *dilexit multum*. Porque amó mucho, dice San Cipriano, que cuando exteriormente sacrificó su lujo y sus adornos á los pies de Jesucristo, su corazón mismo era el altar, sobre el cual ofrecia la víctima: *dilexit multum*.

Y si me preguntais en qué ocasión habia ella recibido esta flecha del amor divino, os diré con San Agustin, que fue al acabar de oír aquel bello discurso que Jesucristo habia hecho á los judíos. Los rasgos de misericordia y de dulzura con que el mismo Señor se habia dibuxado, hirieron su corazón, dice este padre.

¡Ah, cuánto seria de desear que vos, mi buen Jesus, os dignaseis dirigir en esta hora las mismas flechas de amor que á esta feliz muger á todos los pecadores, para que os amarán mucho! ¿Pero qué digo? ¿No son igualmente fuertes y penetrantes las flechas que el Salvador os arroja clavado en una cruz por vuestro amor, para borrar el decreto de vuestra condenacion, y abriros con su muerte las puertas del cielo? ¿No sale del fondo de ese sagrado tabernáculo, donde real y verdaderamente reside, un fuego de amor, capaz de abrasar vuestros corazones? ¿No os espera, como al hijo pródigo, con los brazos abiertos para vestiros la estola de su gracia? ¿No ha jurado solemnemente que no quiere la muerte de ningun pecador? Consolaos pues con el juicio que hizo él mismo de la pecadora: segunda parte de este discurso. Seguidme atentos.

II. Por poco que reflexemos sobre

las circunstancias de esta conversion, hallamos de parte de Jesucristo un juicio de bondad, capaz de atraer á penitencia á todos los pecadores. Un juicio asimismo de justicia para que formemos idea de nuestras penitencias; y para decirlo de una vez, un juicio de misericordia y de justicia al mismo tiempo, capaz de instruir á los pecadores en la doble obligacion que Dios les impone. Reflexemos brevemente con un célebre orador. Una famosa pecadora que se ha distinguido por su profanidad, su luxo y sus desórdenes, viene á Jesucristo: no solo se arroja á sus pies, sino que lo toca. Jesus la recibe y la sufre, á pesar de que se expone al juicio injurioso del Fariseo. Toma en fin su defensa y la absuelve. Nada olvideis, os ruego, de estos rasgos de bondad.

Para estimularos pues á penitencia no pienso valerme ahora de las amenazas que fulmina un Dios ofen-

dido contra los pecadores impenitentes. Prefiero en este momento manifestaros los rasgos mas dulces de su bondad. Venid pues á los pies de Jesucristo, que está pronto á recibirnos como á la pecadora del evangelio. ¿La detiene un solo instante, ó la reprehende al acercarse? ¿Ah! ¿cómo podría ejecutarlo con la que él habia esperado por tanto tiempo? ¿Se habia limitado á esperarla? ¿Cuántas veces la habia solicitado por el movimiento interior de su gracia? ¿Cuál debió ser su alegría al ver que la ardiente flecha de su caridad habia hecho una profunda herida en el corazon de esta pecadora, que la habia penetrado de dolor, y que encendida en su amor estaba postrada á sus pies? ¿Ah! creedme, señores: tiene Jesus mas alegría al verla arrepentida y postrada, que odio habia concebido contra sus desórdenes; y siente en sí mismo mas deseo de absolverla, que ella de recibir el perdon. ¿Quién no



admira y aprovecha esta inefable bondad? Por mas pecadores pues que seais, desea Jesucristo vuestra salvacion con mas ardor, que la suya el mayor de los santos.

¶ Pero temed que este exceso de misericordia se convierta algun dia en rigurosa justicia por no haber querido cooperar de vuestra parte á su gracia. Pero ; ó mi Dios! La ingratitud, que entre nosotros pasa por un monstruo abominable, es mirada por los mundanos como una accion indiferente cuando se termina á Vos. Esta adorable paciencia de nuestro Salvador en sufrir nuestros desórdenes, esperando nuestra penitencia, ha dado mas de una vez ocasion á los libertinos y hombres carnales de censurar la divina Providencia, y de hacer juicios los mas injuriosos á la misericordia de Dios y á su bondad. Hé aquí una constante figura. Un fariseo, dice el evangelio, escandalizado de la libertad de la pecadora, y

de la favorable acogida que halló en Jesucristo, dixo entre sí: *si este hombre fuera profeta, supiera quien es la muger que lo toca.* Asi, dice S. Agustin, juzgan los impios: raiocinio falso, que aun cuando quiera suponerse justo, no es conforme con la misericordia de nuestro Salvador. Este disimula, porque es el gran Profeta enviado principalmente por su Eterno Padre á llamar los pecadores á penitencia, á consolarlos en su penitencia, y á compensar su penitencia con la indulgencia y remision de sus pecados: *dissimulans peccata hominum propter pœnitentiam.*

Su providencia, señores, parece estar dormida; pero disimula, porque su misericordia encadena á su justicia, y espera vernos penitentes; de que le resulta, para decirlo asi, una suma alegría. ¿ Mas hasta cuándo retardaremos esta penitencia? ¿ Cuándo daremos á nuestro buen Jesus la satisfaccion de que pronuncie sobre

nosotros, como á favor de la pecadora, la remision de nuestros pecados? ; Quién pudiera, mugeres profanas, hombres afeminados; quién pudiera deciros en nombre del Salvador: vuestros pecados estan perdonados! ; O si yo pudiera haceros sentir todo el consuelo que esta breve expresion encierra! Mas esto solo pueden percibirlo los corazones penitentes. ; Pero qué digo? Deberé yo persuadirme que vuestro pecado os complace de tal suerte, que no deseais ser perdonadas? ; Deberé creer que mirais con tanta indiferencia la amistad de vuestro Dios, que no deseais recobrarla? ; Será posible que seais tan insensibles á su ódio, que rehuséis recibir el perdón que de buena voluntad os ofrece: *remittuntur tibi peccata tua*; ó podré creer que vuestra pasion os lleva hasta el extremo de renunciar de la bienaventuranza que nos adquirió Jesucristo con su sangre?

No me atrevo á confirmarme en un juicio tan poco ventajoso ácia vosotras, ni á persuadirme ameis mas vuestras profanidades, que la dulce y amable paz que el Señor os ofrece, y que está pronto á deciros como á la pecadora: *vade in pace*: ; paz inefable! que excede á todos los sentidos: *quæ exuperat omnem sensum*. Pero nosotras, me parece os oigo decir, nosotras frecuentamos esta iglesia en calidad de penitentes, y sin embargo esta paz que Jesucristo dió á la pecadora nos es desconocida.

; Ah! ; qué quereis os responda? ; Habeis llorado vuestras culpas; habeis arrojado vuestros adornos profanos; habeis amado al Señor con corazon contrito y humillado? En esta hipótesi, dice un sabio, tendreis á vuestro favor el juicio de justicia de nuestro amabilísimo Redentor, que hizo por sí mismo la apología de la pecadora, refutando al Fariseo. Mas por lo que á vosotras hace, ; qué jui-



peccio formará Jesucristo de vuestras penitencias, si despues de haberos visitado largos años confesar en las solemnidades, y aun de haberos tal vez visitado estando en peligro de muerte, os ve como á los impios en un perpetuo círculo, del pecado á la penitencia, de la penitencia al pecado, sin ninguna enmienda?

Juzgad, os ruego, pecadores, juzgad vosotros mismos si os debo consolar con el exemplo de la pecadora del evangelio. ¿Veis esta muger? Jesucristo la absuelve, y rebate al que la condena. Pero advertid que es una verdadera penitente; porque al punto que el Señor la llama con su auxilio, ella se apresura y viene á pedirle su gracia: viene libre, viene voluntaria, para confusion vuestra: he dicho *para confusion vuestra*, porque mas de una vez es necesario que los horrores de la muerte, ó las leyes severas de la Iglesia, sostenidas por terribles anatemas, os obliguen á venir

á los pies del ministro de la reconciliacion. ¿Qué juicio pues quereis se forme de esta vuestra penitencia? No la gradúo de imposible; pero sí de expuesta y difícil, por no decir presuntuosa y temeraria. ¿No veis á esta pecadora? *¿Vides hanc mulierem?* Ella abandona al punto su profanidad y todo el aparato de su luxo escandaloso y profano; detesta el pecado, dexa la ocasion, y se adhiere á su Redentor, arrepentida, llorosa y amante. ¿Habeis dado vosotras estas muestras, mugeres profanas? ¿Habeis lavado los pies á Jesucristo con lágrimas penitentes? ¿Le habeis ungió con el bálsamo del amor, como expone el Crisóstomo? ¿Pecadores! no os engañeis, dice el Apóstol; pues *Dios no será burlado.*

Oid con atencion, os ruego, al mismo Jesucristo, que en muy breves palabras os va á instruir en lo que debéis á vuestro Dios, y en lo que se ha dignado empeñarse á vuestro fa-

vor en orden á vuestra justificacion: y hé aqui lo que llamo juicio de misericordia, y al mismo tiempo de justicia. Un acreedor, dixo Jesucristo al Fariseo, tenia dos deudores: el acreedor es Dios, y nosotros todos somos los deudores. Mas la deuda de todos no es la misma: uno debe cincuenta denarios, y otro quinientos. Por exemplo, Simon el Fariseo, á quien el Señor habla, es un orgulloso lleno de la idea de su propia justicia, aunque por otra parte hombre austero é irreprehensible en su conducta. La pecadora del evangelio es una escandalosa, responsable á Dios del libertinage de toda una ciudad. Ninguno de los dos tiene con qué pagar. Es menester que el acreedor caritativamente remita á ambos la deuda por entero. ¿Quién pues lo ama mas, dice el Salvador? Juzgo, respondió Simon, que es aquel á quien mas perdonó. Jesucristo aprobó su respuesta, diciendo: *bien has juzgado; rectè judicasti.*

¿Quién no conoce por esta breve expresion la misericordia de Dios sobre nosotros? ¿Y quién no ve que ella debe ser la medida de nuestra gratitud? Es verdad que el Señor olvida, para decirlo así, los crímenes del penitente que absuelve; mas al pecador conviene acordarse de ellos para detestarlos; para sujetar con su arrepentimiento aquella concupiscencia que sus pecados inflamaron, y no está aún extinguida; para excitarse á vengar la justicia de Dios, que aunque por la buena confesion nos perdona la pena eterna, pero no el reato de pena temporal que corresponde á cada culpa; para inflamar en fin mas y mas el amor al Señor con respecto á la deuda remitida.

Asi lo han practicado los mas ilustres penitentes de todos los siglos: un David adúltero y homicida, que perdonado por Dios tenia sin embargo presente siempre su pecado delante de sus ojos para detestarlo é implo-



234 SERMONES VARIOS,  
rar la divina misericordia ; un Paulo, perseguidor de la Iglesia, que convertido por Jesucristo en vaso de eleccion, se juzgaba indigno de llamarse apóstol, y castigaba su cuerpo para reducirlo á servidumbre ; un Pedro, que por haber negado á su Maestro, de cabeza del apostolado quedó reducido á miserable apóstata ; pero que á pocos instantes, á influxo de una mirada saludable, fue convertido á la gracia del Salvador, y confirmado en el privilegio de su vicario y cabeza visible de su Iglesia sobre la tierra ; ¿ no lloró amargamente su pecado todo el resto de su vida, hasta derramar su sangre en defensa de la divinidad de Jesucristo ? Un Agustino, una Margarita de Cortona, y para omitir otros muchos, la pecadora de nuestro evangelio, aunque restituidos á la gracia del Señor en fuerza de su sincera penitencia y de su amor, ¿ no lloraron sus culpas el resto de sus dias ?

PANEGÍRICOS Y MORALES. 235  
¡ Ah ! esta feliz muger, conocida hasta entonces por sus desórdenes, lo fue en lo sucesivo por su amor y austeridad de penitencia, sin que el evangelio, como reflexiona S. Ambrosio, vuelva á llamarla pecadora : solo habla de la estrecha y tierna amistad que conservó despues con Jesucristo. Esta muger que habia sido el escándalo de toda una ciudad, añade este padre, vino á ser un apóstol de la penitencia, no solo en la ciudad, sino en la Galiléa, en la Judéa, y exemplar á todo el mundo. Esta muger, dice S. Agustin, ganó de tal suerte el corazón de Jesucristo, que nada rehusa que le pide. Considerad á esta muger á los pies de la cruz, mas fuerte que los apóstoles mismos, recibiendo sobre sí las últimas gotas de la sangre de Jesus, para acabar de lavar sus crímenes, como se explica el Crisóstomo. ¿ Y no fue esta dichosa muger la que por su amor mereció ser uno de los primeros testigos de su Resurreccion ? ¿ No podré yo inferir de aqui

que la penitencia de esta pecadora fue generosa, sabia, sincera, segun el juicio de bondad, de misericordia y de justicia, que para instruccion nuestra manifestó el Señor en la conversion de esta feliz muger, acreditando que donde habia abundado el pecado sobreabundase la gracia?

Imitemos pues, señores, el exemplo de esta pecadora, si queremos ser felices como ella. En Dios no hay aceptacion de personas: su Unigénito murió por todos; su gracia á todos se extiende, y con ella lo podemos todo: correspondedla fielmente, seguidla, prestadla con rendimiento vuestro corazon, para que obre en él frutos dignos de una penitencia generosa, sincera, permanente, que atraiga la misericordia del Señor sobre vosotros. Amad en fin y servid á Dios en esta vida, para recibir sus bendiciones en la eterna, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

## NOTA.

Al publicar este Tom. XV. de mis Sermones varios, exíge la justicia y la buena fe recuerde á mis lectores lo que protesté en el prólogo del Tom. I. ; á saber, que habia hecho unos apuntamientos, extractos, ó como una especie de lugares comunes de varios autores, asi nacionales como extrangeros, que me servian para todo, refundiendo en propio caudal y substancia los pensamientos y sentencias ajenas. En los discursos pues de este tomo me he valido con frecuencia de algunos pensamientos y materiales de Jarry, Burdalue, Jard, Ballet, Charaud, Ciceri y algun otro anónimo que trataron de la materia. No los cito en el discurso por sus nombres, por no ser costumbre, ni conveniente citar en el púlpito otras autoridades que las de la escritura, la tradicion, los concilios, decisiones de la Iglesia y



padres. Mas para suplir esta falta uso de las expresiones : *como dice un sabio , como se explica un célebre orador &c.* Hago esta sincera confesion, para que no se me arguya de plagio , ni de que me visto de las plumas de la corneja. Por lo demas , el que tenga á mano estos libros conocerá con evidencia mi trabajo. Todo en fin lo sujeto al juicio de nuestra madre la Iglesia , y á la correccion de los sabios. Pridie kalendas septembris MDCCCXVI.

*M. Fr. Sebastian Sanchez  
Sobrino.*

## Í N D I C E

De los Sermones que contiene este tomo.

|                                                      |         |
|------------------------------------------------------|---------|
| Panegírico de S. Benito.                             | Pág. 1. |
| Sermon de santa Ana.                                 | 29.     |
| Sermon de la Santísima Trinidad.                     | 56.     |
| Sermon sobre la educacion cristiana.                 | 84.     |
| Discurso sobre el tiempo comparado con la eternidad. | 120.    |
| Panegírico de N. P. S. Francisco de Asis.            | 147.    |
| Panegírico de S. Juan Bautista.                      | 180.    |
| Sermon de la Magdalena.                              | 206.    |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

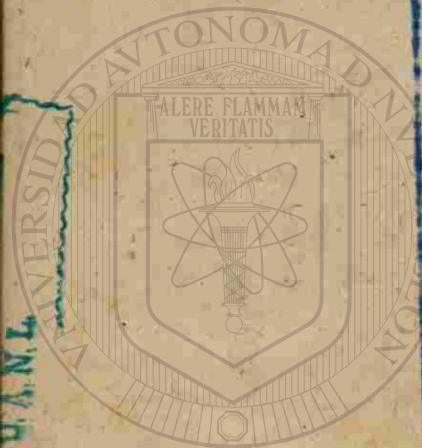
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Roberto MICROFILMADO 1958



U.A.N.L.



RECIBIDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TO  
ALL  
VERITATIS

DIRECCIÓN





UNIVERSITY OF NEW  
ENGLAND LIBRARY